

La estrella de los cheroquís

FORREST CARTER

A person wearing a patterned poncho stands on a rocky cliff, looking out over a vast mountain range under a sunset sky. The scene is bathed in the warm, golden light of the setting sun, with the mountains in the distance appearing as soft silhouettes against the glowing horizon. The person's poncho features a prominent geometric pattern, likely a traditional Cherokee design. The overall mood is contemplative and majestic.

Lectulandia

Pequeño Árbol es un niño huérfano de cinco años que, durante la época de la Depresión, es enviado a vivir junto a sus abuelos en los Montes Apalaches. Es demasiado pequeño para comprender el mundo que le rodea. Pero el tiempo que pasará con ellos, envuelto en un paisaje de ensueño, le indicará que el camino de la verdadera sabiduría consiste en aceptar el curso natural de la vida.

El abuelo es un hombre mayor, un descendiente de escoceses y de cheroquis que culpa a los políticos de todos los problemas del mundo. Ama a su nieto, y con mucha ternura y con un gran sentido del humor, le transmite la importancia de mantener viva la memoria de los antepasados. Le enseña los secretos de la destilación del *whisky* y a burlar la rigidez de la ley seca que imperaba por entonces. La abuela, por su parte, es una cheroqui auténtica, una mujer que siempre ha vivido en las montañas. Atesora un legado milenario sobre las propiedades curativas de algunas plantas y posee un conocimiento exquisito sobre el comportamiento de todos los animales. Con ellos también están Willow John, un indio anciano cuya tristeza por haber perdido la tierra en la que nació le conmueve hasta las lágrimas, y el señor Wine, un vendedor ambulante judío que le enseña matemáticas y las leyes del tiempo.

Así, gracias a todos ellos, *Pequeño Árbol*, tal como lo han apodado sus abuelos, aprenderá a ver el mundo con una mezcla de admiración y sorpresa. Aprenderá a ver la dimensión más noble de las personas, pero también aprenderá a desconfiar de las autoridades, de los poderosos y de los fanáticos religiosos. Consciente de que el sendero de la sabiduría requiere de muchos esfuerzos y de una confianza absoluta en sí mismo, *Pequeño Árbol* emprenderá entonces el camino que le lleve a encontrarse en armonía con su entorno, con la voz profunda que emerge de la tierra.

La estrella de los cheroquis es la novela que consagró a Forrest Carter. En 1976, apenas fue publicada, se convirtió en un fenómeno literario.

Inmediatamente cautivó el corazón de miles de lectores, que se sintieron fuertemente atraídos por esta bellísima historia que, a través de los ojos de un niño, descubre los secretos de la naturaleza.

Con un estilo sencillo, hecho de una prosa breve pero altamente descriptiva, en *La estrella de los cheroquis*, ya considerada como un clásico, Forrest Carter despliega un mapa encantador, con personas que se caracterizan por un sentido humano, sensible y vital. A partir de estos elementos construye a

un personaje que, como Huckleberry Finn, se ha alzado como uno de los personajes más queridos de la literatura norteamericana: *Pequeño Árbol*.

Llevada a la gran pantalla por Richard Friedenberg en 1997, *La estrella de los cheroquis*, no obstante, es algo más una historia entrañable sobre las enseñanzas que se conservan en la memoria de los tiempos y se transmiten de generación en generación. Es, también, una novela hermosa y poética, un tratado sobre la sabiduría que brota de uno mismo y que invita a escuchar el murmullo silencioso de la naturaleza, y a saberse parte de ella.

Lectulandia

Forrest Carter

La estrella de los cheroquis

ePub r1.2

Prometheus 05.10.14

Título original: *The education of Little Tree*
Forrest Carter, 1976
Traducción: María Dolores Romero
Fotografía de cubierta: Marcia Keegan (The Image Bank)
Diseño de cubierta: Estudio SM

Editor digital: Prometheus
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

A los cheroquis

1 Pequeño Árbol

MAMÁ sobrevivió un año a la muerte de papá. Así fue como me fui a vivir con abuelo y abuela cuando tenía cinco años.

Según me contó ella, los demás parientes armaron algo de jaleo a causa de esto, después del funeral.

Estuvieron discutiendo en grupo durante mucho rato en el jardincillo de nuestra cabaña de la colina acerca de dónde debería ir yo, mientras se repartían la cama pintada, la mesa y las sillas.

Abuelo no decía nada. Se mantuvo apartado a un lado del jardincillo, separado de los demás, y abuela se quedó tras él. La mitad de la sangre de abuelo era cheroqui, así como toda la de abuela.

Se irguió sobre el resto de la gente, alto —medía un metro noventa—, con su gran sombrero negro y su brillante traje, también negro, que sólo utilizaba para ir a la iglesia y para los funerales. Abuelo mantuvo un momento los ojos fijos en el suelo, y luego me miró por encima de la gente. Fui hacia él y me agarré a su pierna con fuerza. No me soltaría aunque intentaran separarme.

Abuela me dijo que no lloré ni grité nada; simplemente me agarré, y tras un largo rato de estar ellos tirando y yo sujetándome, él bajó su gran mano y la apoyó sobre mi cabeza.

—Dejadle —dijo, y los demás me dejaron.

Hablaba muy raramente delante de la gente, pero cuando lo hacía los demás escuchaban.

Bajamos de la colina, en la oscura tarde invernal, y anduvimos por la carretera que conducía hacia la ciudad. Abuelo iba delante, a un lado de la carretera; mis ropas, dentro de un hatillo, colgaban de su hombro. Enseguida aprendí que cuando alguien iba detrás de él tenía que ir trotando. Abuela iba detrás de mí y de vez en cuando se levantaba las faldas para poder seguir su ritmo.

Cuando llegamos a las calles de la ciudad, continuamos andando de la misma manera, siguiéndole siempre, hasta que llegamos a la parada del autobús. Estuvimos allí un rato largo. Abuela leía los letreros con las direcciones de los autobuses cuando éstos pasaban. Abuelo dijo que ella sabía leer tan bien como cualquier otra persona. Justo cuando empezaba a anochecer, leyó la dirección de nuestro autobús.

Esperamos a que todo el mundo se hubiese subido, y fue una buena cosa, pues en cuanto entramos en el autobús comenzaron los problemas. Abuelo entró el primero y se puso en el centro. Abuela estaba de pie en el último escalón, dentro del autobús. Abuelo sacó el monedero del bolsillo del pantalón, dispuesto a pagar.

—¿Dónde están sus billetes? —preguntó el conductor en voz tan alta que todos

los viajeros del autobús se incorporaron en sus asientos para mirarnos. A abuelo esto no le molestó lo más mínimo. Le dijo al conductor que queríamos pagar y abuela le susurró que le explicase adónde íbamos. Se lo dijo.

El conductor señaló el precio, y mientras abuelo contaba el dinero con cuidado, pues había poca luz, se volvió hacia la gente, levantó la mano derecha y dijo: «¡How!», y se rió; todos se rieron. Yo me sentí mejor sabiendo que era amable y que no se enfadaba porque no tuviésemos billete.

Nos fuimos a la parte de atrás del autobús y, al pasar, vi a una mujer que debía de estar enferma. Tenía negra la parte que rodea los ojos, de una forma que no era natural, y su boca estaba manchada de sangre roja. Cuando pasamos por su lado se puso la mano ante la boca y la quitó luego gritando muy fuerte: «¡Wa... hoooo!». Pensé que el dolor se le había pasado muy rápidamente, pues se rió luego y todos los demás hicieron lo mismo. El hombre que iba sentado a su lado también se rió y le dio una palmada en la pierna. Llevaba un gran alfiler de corbata muy brillante, por lo que me figuré que tenía dinero y podría llamar a un médico si lo necesitaba.

Me senté entre mis abuelos, que unieron sus manos. Me sentí bien y me quedé dormido.

Ya era noche cerrada cuando bajamos del autobús en una carretera de grava. Mis abuelos comenzaron a andar, él siempre delante, y yo los seguí. Hacía un frío horroroso. La luna había salido. Parecía media sandía y alumbraba la carretera, que serpenteaba hasta perderse de vista.

Hasta que dejamos la carretera y empezamos a andar por caminos de carreta llenos de hierba por el centro, no me fijé en las montañas. Eran oscuras y sombrías, y la media luna estaba justo encima de una de las cimas, tan alta que había que doblar el cuello hacia atrás para verla bien. Me estremecí a causa de la negrura de las montañas.

Abuela dijo detrás de mí:

—Wales, se está cansando.

Él paró y se volvió. Me miró. El gran sombrero proyectaba una sombra sobre su cara.

—Cuando se ha perdido algo importante, es mejor fatigarse —dijo.

Se dio la vuelta y comenzó a andar otra vez, pero ahora era más fácil seguirle.

Iba más despacio, por lo que supuse que él también estaba cansado.

Tras un rato largo pasamos del camino de carretas a un sendero que se dirigía hacia las montañas. Parecía que íbamos directamente contra una de ellas, pero a medida que avanzábamos, yo veía que las montañas se abrían y se curvaban sobre nosotros.

Empezaron a resonar nuestras pisadas a causa del eco, dejándose oír a nuestro alrededor murmullos y silbidos entre los árboles, como si todo hubiese cobrado vida.

Hacía calor. A nuestro lado se oyó un ruido. Una rana saltaba sobre las rocas, parando y volviendo a saltar. Estábamos en una hondonada entre las montañas.

La media luna se perdió de vista, escondida tras la cresta de la montaña, arrojando una luz plateada sobre el cielo. La luz se reflejaba en las crestas y daba la impresión de que estábamos bajo una cúpula.

Abuela comenzó a tararear una cancioncilla detrás de mí. Supe que era india y no necesitaba letra para que su significado estuviera claro; me hizo sentirme seguro.

Un perro aulló tan de repente que di un respingo. Lo hacía de forma continuada y lastimera, interrumpiéndose con algunos lamentos, que el eco se encargaba de repetir cada vez más a lo lejos, en las montañas.

Abuelo dijo:

—Debe de ser la vieja «Maud». Ya no tiene ni siquiera el olfato de un perro faldero y depende sólo de su oído.

Al cabo de un minuto estábamos rodeados de perros, que correteaban a nuestro alrededor y me olfateaban para percibir el nuevo olor. La vieja «Maud» volvió a aullar, esta vez muy cerca, y abuelo dijo:

—¡Cállate, «Maud»! —y entonces se dio cuenta de quién era y vino corriendo y saltando hacia nosotros.

Cruzamos un riachuelo, pasando sobre un tronco que servía de puente, y allí estaba la cabaña, hecha de troncos, construida bajo grandes árboles, con la montaña en la parte de atrás y con un porche en la parte delantera.

Tenía un gran vestíbulo abierto en sus extremos y separando las habitaciones. Algunos lo llamaban «la galería», pero los amigos de la montaña lo llamaban «la perrera», pues los perros correteaban por allí. A un lado había una gran habitación en la que se cocinaba, se comía y se vivía la mayor parte del tiempo, y al otro lado de la perrera había dos dormitorios: uno era el de mis abuelos; el otro, el mío.

Me tumbé sobre una suave piel de ciervo curtida, puesta en un marco de madera de nogal. A través de la ventana abierta podía ver los árboles del otro lado del riachuelo iluminados por una luz fantasmal. Me acordé de mamá, pensando en el lugar tan extraño en que me encontraba.

Una mano empezó a acariciarme la cabeza. Era abuela, que estaba sentada en el suelo a mi lado. Llevaba una gran falda. Su pelo, trenzado, con algunos cabellos plateados, le caía desde los hombros hasta el regazo. Miró a través de la ventana y comenzó a cantar lenta y suavemente:

*Han estado sintiendo su llegada
los árboles, el bosque, el viento,
y con su canto le da la bienvenida la montaña.
Pequeño Árbol, no te tienen miedo;
saben que tu corazón está lleno de ternura.*

Pequeño Árbol, nunca estarás solo, es su balada.

*Escucha, la pequeña y muy traviesa Lay-nah,
jugando a charlar y hacer espumas
allá arriba, en la montaña, baila.*

Éste es su canto a la luna:

hoy, a un hermano hemos recibido.

Es Pequeño Árbol. Qué hermoso es nuestro niño.

*Awi-usdi, el mimoso cervatillo,
y Min-e-lee, codorniz de bellas plumas,
y hasta Kagú, la corneja, ríen, cantan:*

Pequeño Árbol es un regalo divino,

es un torrente de fuerza y dulzura;

Pequeño Árbol, siempre estaremos contigo.

Cantaba y se mecía despacio hacia adelante y hacia atrás. Yo podía oír hablar al viento y cantar a *Lay-nah*, la corriente, contando cosas sobre mí a todos mis hermanos.

Yo sabía que era *Pequeño Árbol*, y estaba contento de que me amasen y me quisieran. Me dormí y no lloré.

2 *La vida*

ABUELA había necesitado las tardes de toda la semana para hacer los mocasines. Se sentaba en la mecedora, que crujía con su peso, trabajando y canturreando mientras la madera de pino crepitaba en la chimenea. Con un cuchillo curvo cortó la piel de ciervo, que cosió por los bordes. Cuando terminó, mojó los mocasines en el agua. Me los puse mojados, hasta que se secaron. Anduve con ellos de un lado para otro hasta que estuvieron suaves y ligeros como el aire.

Esa mañana me calcé los mocasines después de haber saltado dentro de mis pantalones de peto y de haberme abrochado la chaqueta. Estaba oscuro y hacía frío; era demasiado pronto, incluso para que el viento de la mañana se dejara sentir entre los árboles.

Abuelo había dicho que podía ir con él al sendero alto si me levantaba a tiempo, y añadió que él no iba a despertarme.

—Un hombre se despierta por su propia voluntad —me dijo, y me había sonreído.

Pero hizo mucho ruido al levantarse, chocando contra la pared de mi cuarto y hablando de forma innecesariamente alta a abuela. Le oí y salí el primero, esperando con los perros en la oscuridad.

—De manera que estás aquí —dijo, pareciendo sorprendido.

—Sí, señor —contesté lleno de orgullo.

Señaló con el dedo los perros, que saltaban y correteaban a nuestro alrededor.

—Vosotros os quedáis —ordenó.

Metieron el rabo entre las piernas lloriqueando suplicantes, y la vieja «Maud» comenzó a aullar. Pero no nos siguieron. Se agruparon inconsolables y observaron cómo nos alejábamos del claro.

Había subido por el sendero bajo que seguía el lecho de la corriente, serpenteando hasta desembocar en un prado donde abuelo tenía un establo en el que guardaba su mula y su vaca. Aquí comenzaba el sendero alto, que se bifurcaba hacia la derecha por la ladera de la montaña, yendo siempre hacia arriba su trazado. Yo trotaba detrás y sentí la inclinación del camino.

Pude notar también algo más, como abuela me había dicho que pasaría. *Mon-olah*, la madre tierra, entró en mí a través de mis mocasines. Pude sentir cómo empujaba y se hinchaba en ciertos lugares, y se encogía y cedía en otros... y las raíces, que constituían las venas de su cuerpo, y el agua, que era como su sangre y que circulaba dentro de ella. Estaba cálida y elástica y me sentía botar sobre su pecho.

El aire frío hacía que mi aliento se condensara. El riachuelo ya estaba bastante abajo. De algunas ramas desnudas de los árboles goteaba agua del deshielo de pequeños carámbanos, y a medida que subíamos comenzamos a ver hielo en el

sendero. Una luz gris disipó ligeramente la oscuridad.

Abuelo se detuvo y señaló a un lado del sendero.

—Aquí está la pista de los pavos, ¿la ves?

Me arrodillé y vi las huellas. Pequeñas marcas, como palitos que se unieran en un punto central.

—Ahora —dijo— prepararemos la trampa.

Salió del camino hasta que encontró un agujero.

Lo limpiamos bien, sacando primero las hojas. Luego empuñó su largo cuchillo y con él hizo un hoyo profundo en el suelo esponjoso. Quitamos la tierra y la esparcimos entre las hojas. Cuando el agujero era tan hondo que superaba mi estatura, abuelo me sacó y tapó el hoyo con ramitas, esparciendo muchas hojas por encima. Luego, con su cuchillo, hizo un caminito que llegaba hasta la pista de los pavos. Cogió algunos granos de maíz indio rojo de su bolsillo y los echó por el caminito, poniendo un puñado en el agujero.

—Ahora nos vamos —dijo, y volvimos a subir por el sendero alto.

El hielo crujía bajo nuestros pies. La montaña, frente a nosotros, se acercaba más a medida que el vacío iba pareciendo un pequeño resquicio, dejando ver el riachuelo como el filo de un cuchillo de acero hundido en el fondo del valle.

Nos sentamos sobre las hojas, fuera del sendero, justo cuando el primer rayo de sol tocó la cima de la montaña, al otro lado del valle. Abuelo sacó de su bolsillo una galleta ácida y carne de ciervo para mí, y mientras comíamos miramos la montaña.

El sol tocó la cima como una explosión, mandando sus rayos luminosos por el aire. El intenso brillo de los árboles cubiertos de escarcha hacía daño a los ojos, y resbalaba hacia abajo por la montaña, como una ola silenciosa, a medida que el sol hacía retirarse la oscuridad de la noche hacia el valle. Una corneja vigilante graznó, avisando que estábamos allí.

Entonces, la montaña palpité y dio señales de estar respirando, inundando el aire de nubecillas de vapor. El sol y la brisa despojaban a los árboles de su rígida armadura de hielo.

Abuelo observó, igual que yo, y escuchó cómo aumentaban los sonidos con el viento de la mañana, que producía un zumbido bajo entre los árboles.

—Está reviviendo —dijo, suave y bajo, sin quitar sus ojos de la montaña.

—Sí, señor —dije—, está reviviendo.

Entonces me di cuenta de que abuelo y yo nos entendíamos de una forma que la mayoría de la gente no conocía.

Las sombras de la noche se retiraron sigilosamente a través de una pequeña pradera cubierta de hierba y brillante de sol. La pradera estaba sobre la ladera de la montaña. Abuelo me señaló unas codornices revoloteando y saltando sobre la hierba, comiendo semillas. Luego me hizo mirar hacia arriba, en dirección al helado cielo

azul.

No había nubes, pero al principio no vi la pequeña mancha que apareció por el borde de la montaña. Creció. Seguía la dirección del sol, para que su sombra no apareciera antes que él. El pájaro aceleró su vuelo por la ladera de la montaña. Parecía un esquiador que fuera sobre las copas de los árboles, con las alas medio dobladas... como una bala marrón... más y más rápido, en dirección a las codornices.

Abuelo masculló:

—Es el viejo *Tal-con*, el gavilán.

Las codornices se asustaron y aceleraron su vuelo en dirección a los árboles. Pero una fue demasiado lenta. El gavilán atacó. Unas plumas volaron por los aires y luego los dos pájaros cayeron al suelo. La cabeza del gavilán subía y bajaba sobre su presa. Enseguida salió volando con la codorniz muerta entre sus garras; subió por la ladera, hasta que desapareció tras la cima.

Yo no lloré, pero debía notárseme que estaba triste, pues abuelo dijo:

—No te entristezcas, *Pequeño Árbol*. Así es la vida. *Tal-con* cogió la codorniz más lenta y, por tanto, ésta no tendrá hijos, que también serían lentos. *Tal-con* come miles de ratas que se alimentan de los huevos de codorniz; de todas, de las rápidas y de las lentas; así es como *Tal-con* vive según la vida. Él también ayuda a las codornices.

Abuelo desenterró con su cuchillo una raíz dulce del suelo y la peló, de forma que empezó a gotear el líquido que almacenaba en invierno. La cortó por la mitad y me dio la parte más gruesa.

—Es la vida —dijo suavemente—. Coge sólo lo que necesites. Cuando caces el ciervo, no cojas el mejor. Coge el más pequeño y el más lento, y entonces el ciervo crecerá fuerte y siempre te dará carne. *Pakoh*, la pantera, lo sabe, y tú también debes saberlo.

Luego se rió:

—Tan sólo *Ti-bi*, la abeja, guarda más de lo que puede usar... Por eso le roban el oso y el mapache... y el cheroqui. Así ocurre con la gente que guarda y que engorda cogiendo cosas que no necesita. Los otros se lo quitarán. Y habrá guerras... y ellos pronunciarán grandes discursos, intentando coger más de lo que comparten. Dirán que una bandera les da derecho a hacer esto... y morirán hombres a causa de sus palabras y de la bandera..., pero ellos no cambiarán las reglas de la vida.

Regresamos por el sendero. El sol estaba ya justo sobre nosotros cuando llegamos a la trampa de los pavos. Los podíamos oír aun antes de ver la trampa. Allí estaban graznando y haciendo ruido, alarmados.

—No hay ninguna tapa sobre el agujero. ¿Por qué no inclinan sus cabezas para ver que hay un hoyo, y así no caerían dentro?

Abuelo estiró su brazo dentro del agujero y sacó un gran pavo que no cesaba de

graznar; ató sus patas con un cordel y me sonrió.

—El viejo *Tei-qui* es como algunas personas. Como se lo sabe todo, nunca mira hacia abajo para ver qué hay a su alrededor. Tiene la cabeza demasiado alta para poder aprender algo.

—¿Como el conductor del autobús? —pregunté.

No podía olvidar al conductor molestando a abuelo.

—¿El conductor del autobús? —parecía extrañado; luego se rió, y siguió riéndose mientras volvía a meter la cabeza en el agujero para coger otro pavo.

—Sí —bromeó—, como el conductor del autobús. Parecía un poco gallito, ahora que me acuerdo. Pero eso es asunto suyo. Si quiere ir por ahí haciendo el tonto, nosotros no debemos pensar en ello.

Tumbó los pavos con las patas atadas sobre el suelo. Había seis, y señaló hacia ellos:

—Todos tienen más o menos la misma edad... Eso puede saberse por el grosor de sus crestas. Sólo necesitamos tres. Así que elige, *Pequeño Árbol*.

Anduve a cuatro patas a su alrededor y los estudié bien. Tenía que ser cuidadoso. Volví a inspeccionarlos, hasta que escogí los tres que me parecían más pequeños.

Abuelo no dijo nada. Quitó los cordeles de las patas de los otros, que volaron rápidamente hacia la parte baja de la montaña. Se colgó dos pavos sobre la espalda.

—¿Puedes llevar el otro? —preguntó.

—Sí, señor —dije, sin estar seguro de haber obrado bien. Una ligera sonrisa le iluminó la cara:

—Si no fueras *Pequeño Árbol*... te llamaría *Pequeño Gavilán*.

Le seguí por el camino abajo. El pavo era pesado, pero yo aguantaba bien su peso. El sol había caído en dirección a la montaña más lejana, y se filtraba a través de las ramas de los árboles, haciendo dibujos dorados por donde íbamos andando. El viento había cesado en aquel atardecer invernal y pude oír a abuelo delante de mí silbar una cancioncilla. Me hubiera gustado vivir siempre ese momento... pues sabía que le había agradado. Había aprendido el sentido de la vida.

*La tarde del invierno me sorprende andando en la montaña
caminando por el sendero empinado,
dejando allá abajo, muy abajo, mi pobre cabaña,
rastreado la senda de los pavos.
Cheroqui, aquí vives tu cielo anticipado.*

*Éxtasis al ver nacer la mañana,
escuchar el murmullo en la arboleda.
La vida le nace a Mon-o-lah, la tierra,
y el pueblo cheroqui vive de ella enamorada.*

*Aprendo que la vida y que la muerte están aquí, cada día,
que ambas son dos hermanas gemelas,
que conocer a Mon-o-lah es estar siempre en la vida,
que el alma cheroqui la tienes así siempre muy cerca.*

3 Sombras en la pared de la cabaña

EN las veladas de aquel invierno nos sentábamos enfrente de la chimenea de piedra. La madera que cogíamos de los árboles podridos crepitaba y chisporroteaba a causa de la resina que tenía. Proyectando en la pared sombras que saltaban y se contraían para luego volver a agrandarse, hacían que las paredes cobrasen vida con fantásticas apariciones y desapariciones que crecían y se encogían. Había largos silencios mientras observábamos las llamas y las sombras bailarinas. Abuelo solía romper el silencio con alguno de sus comentarios acerca de «las lecturas».

Dos veces por semana, en las noches de los sábados y los domingos, abuela encendía la lámpara de aceite y leía en voz alta. Encender la lámpara era un lujo, y estoy seguro de que lo hacían por mí. Teníamos que ser cuidadosos con el aceite. Una vez al mes, abuelo y yo bajábamos al pueblo y yo llevaba la lata de aceite tapando el agujero con una raíz, de forma que ni una sola gota se caía en el camino de regreso. Costaba veinticinco centavos llenarla, y demostraba que tenía mucha confianza en mí dejándome llevarla hasta la cabaña.

Cuando íbamos, siempre llevábamos una lista de libros que abuela había hecho: abuelo enseñaba esta lista a la bibliotecaria y devolvía los libros de la semana anterior. Me imagino que no conocía los nombres de los autores modernos, pues la lista siempre tenía el nombre de Shakespeare, cualquier cosa suya que no hubiésemos leído, pues tampoco sabía los títulos. Algunas veces, esto le causaba a abuelo muchos problemas con la bibliotecaria. Ella cogía diferentes historias de Shakespeare y leía los títulos. Si abuelo no los recordaba, tenía que leer una página. A veces le decía que continuase leyendo y la bibliotecaria leía varias páginas. En ocasiones, yo recordaba la historia antes que él, y entonces le tiraba de la pernera de su pantalón y le indicaba que ya habíamos leído ese libro. Poco a poco se convirtió en una especie de concurso. Abuelo intentaba decirlo antes de que yo le reconociera, y luego cambiaba de idea; esto confundía a la bibliotecaria.

Al principio se molestaba un poco y le preguntaba para qué quería libros si no sabía leer. Le explicó que abuela nos los leía. Desde entonces nos hacía una lista de lo que habíamos leído ya. Era simpática y sonreía cuando entrábamos por la puerta. Una vez me dio un bastoncito de caramelo rojo, que me guardé hasta que salimos fuera. Lo partí en dos pedazos y lo compartí con abuelo. Él sólo cogió un trozo pequeño, pues yo no lo había partido exactamente por la mitad.

Siempre estábamos mirando en el diccionario. Yo tenía que aprender cinco palabras por semana, empezando por las primeras letras. Era un ejercicio trabajoso, porque, además, mientras hablaba durante esa semana, tenía que intentar hacer frases utilizando estas palabras. ¡Qué complicado cuando todas las palabras que uno

aprende comienzan por A o por B!

Pero también había otros libros: uno era *La caída del Imperio romano...*, y había autores, como Shelley y Byron, que abuela no conocía. Pero la bibliotecaria mandaba también libros de esos autores.

Abuela leía despacio, inclinando su cabeza sobre el libro, con sus largas trenzas, que le llegaban casi hasta el suelo. Abuelo se mecía con un movimiento lento adelante y atrás, y cuando llegábamos a un fragmento interesante dejaba su balanceo.

Cuando abuela leía *Macbeth*, yo veía el castillo y las brujas cobrando vida en las sombras de la pared, y me acercaba todavía más a la mecedora de abuelo. Él dejaba de moverse cuando llegábamos a la parte de las puñaladas, la sangre y todo eso. Decía que nada de eso hubiese ocurrido si la señora de Macbeth hubiese hecho lo que debe hacer una mujer y no hubiese metido las narices donde sólo le correspondía meterlas a su marido; además, no era una señora y no sabía cómo, en un libro, podían llamarla así. Hablaba así por la emoción de la primera lectura. Después, tras haber meditado la historia en su mente, comentó que sin duda alguna había algo que no estaba bien en la mujer, y se negó a llamarla señora. Aunque añadió que una vez vio una cierva en celo que no pudo encontrar su ciervo, correr como loca chocándose contra los árboles y finalmente ahogarse en el arroyo. Conjeturó que no había forma de saberlo, pues Shakespeare no lo indicaba, pero creía que toda la culpa se le podía echar a Macbeth, porque parecía que el hombre no tenía voluntad propia y era un indeciso.

Se preocupó por el tema considerablemente, pero al final decidió que la mayor parte de la culpa la tenía la señora Macbeth, pues podía haber mostrado la maldad de su corazón de otra forma, como golpeándose la cabeza contra la pared o algo así, en vez de ir por ahí matando a la gente.

Abuelo estaba del lado de Julio César en su asesinato. No estaba de acuerdo con todo lo que había hecho, porque además no sabía todo lo que César había hecho, pero opinaba que Bruto y los suyos eran la panda más baja y rastrera de la que nunca había oído hablar, por la forma en que habían atacado a Julio César, amparándose en su número y apuñalándole hasta causarle la muerte. Le parecía que si tenían alguna disputa con César, deberían haberlo discutido e intentado resolverlo. Se acaloró tanto que abuela tuvo que calmarle diciendo que todos los presentes estábamos a favor de César y que, por tanto, no tenía con quién discutir, y de cualquier forma, había pasado hacía tanto tiempo, que dudaba de que pudiese hacerse nada ahora.

Pero cuando de verdad tuvimos problemas fue con George Washington. Para entender lo que él significaba para abuelo, hay que saber algunos de los antecedentes.

Abuelo tenía todos los enemigos que tiene un hombre de la montaña. Además era pobre, aunque no lo iba pregonando, y gran parte de su sangre era india. Me imagino que hoy a los enemigos se les apostillaría «el sistema», pero abuelo, al sheriff o al

agente federal o estatal, o a cualquier político de la clase que fuera, les llamaba «la ley», lo que para él equivalía a una serie de monstruos poderosos, a quienes no les importaba lo más mínimo la vida de los demás.

Aseguraba que era «un hombre adulto cuando se enteró de que hacer güisqui iba contra la ley». Dijo que había tenido un primo que nunca lo supo y se fue a la tumba sin saberlo. Contaba que su primo sospechaba que la ley siempre estaba en su contra, porque no había votado «correctamente», pero nunca pudo saber bien cuál era la forma de votar correctamente. Siempre pensó que su primo tuvo una muerte prematura de tanto preocuparse durante la época de elecciones sobre cuál era la mejor forma de votar. Se puso tan nervioso, que comenzó a beber en demasía, lo cual acabó matándole. Echaba la culpa de su muerte a los políticos, quienes, según decía, eran los responsables de prácticamente todas las muertes de la historia.

Leyendo un viejo libro de historia, años más tarde, descubrí que abuela se había saltado los capítulos de George Washington luchando contra los indios, y que sólo había leído las cosas buenas acerca de él para dar a abuelo alguien a quien admirar. Sin embargo, no tenía el menor respeto por Andrew Jackson ni, como dije, por ningún otro político que yo recuerde.

Después de escuchar las lecturas de abuela comenzó a referirse a George Washington en muchos de sus comentarios..., considerándole como un ejemplo esperanzador de que podía haber algún hombre bueno dentro de la política.

Hasta que abuela se descuidó y leyó algo acerca del impuesto del güisqui.

Leyó el pasaje en el que se decía que Washington pensaba poner impuestos a los fabricantes de güisqui e iba a decir quién podía hacer güisqui y quién no. Leyó otro párrafo en el que Mr. Thomas Jefferson le decía a Washington que eso era algo equivocado, que los pobres granjeros de la montaña tenían muy poca tierra, y no podían cultivar todo el grano que podían cultivar los grandes terratenientes de las llanuras. Leyó que Mr. Jefferson le explicó que la única forma en que los campesinos de las montañas podían sacar algún beneficio del grano era fabricando güisqui. El asunto había causado problemas en Irlanda y en Escocia —de hecho, el sabor tostado que tiene el güisqui escocés se debe a que algunos granjeros tuvieron que huir apresuradamente de los hombres del rey, teniendo que dejar las calderas del grano en el fuego—. Pero George Washington no quiso escuchar y aprobó el impuesto sobre el güisqui.

Fue un duro golpe para abuelo. No siguió balanceándose, pero no dijo nada; simplemente miró el fuego con una mirada perdida en sus ojos. Abuela se sintió mal después de haberlo leído, le dio unas palmaditas en el hombro y le puso la mano alrededor de la cintura cuando se fueron a la cama. Yo me sentí casi tan mal como él.

Un mes más tarde, cuando íbamos de camino hacia el pueblo, fue cuando me di cuenta de cuánto le había afectado el suceso. Habíamos bajado por el sendero, yendo

él delante, para luego ir por el camino de carretas..., y finalmente por la carretera. De vez en cuando pasaba algún coche, pero abuelo nunca prestaba atención, pues jamás dejaba que nadie le llevara. De repente un coche paró a nuestro lado. Era un coche abierto, sin ventanas y tenía una lona por encima. El hombre que iba dentro estaba vestido como un político, y yo sabía que abuelo no iba a querer montar, pero me llevé una sorpresa.

El sujeto sacó la cabeza fuera de la ventanilla y gritó:

—¿Quieren que los lleve?

Abuelo dudó sólo un momento; luego dijo «gracias», y entró, indicándome que subiera atrás. Bajamos por la carretera y fue emocionante para mí sentir lo rápido que íbamos.

Abuelo se mantenía tan derecho como un palo; para ir sentado en el coche con el sombrero puesto, resultaba demasiado alto. No se lo quiso quitar, así que no tuvo más remedio que inclinarse, con la espalda en ángulo respecto al parabrisas. Esto producía la impresión de que estaba estudiando la carretera y la forma en que conducía el político, lo que puso a éste nervioso. Abuelo no le estaba prestando la menor atención. Finalmente, el político dijo:

—¿Van al pueblo?

Abuelo respondió:

—Sí —y seguimos el viaje.

—¿Es usted granjero?

—Algo —fue la respuesta.

—Yo soy catedrático de la Universidad del Estado —aseguró el conductor, y noté que estaba orgulloso de decirlo.

Yo estaba sorprendido y contento de que no se tratara de un político. Abuelo no dijo nada.

—¿Es usted indio?

—Sí.

—¡Oh! —dijo el catedrático, como si eso lo explicara todo.

De repente, abuelo giró la cabeza hacia el catedrático y dijo:

—¿Qué es lo que sabe usted acerca del impuesto que ponía George Washington a los fabricantes de güisqui? —parecía que iba a abofetear al catedrático.

—¿El impuesto del güisqui? —gritó muy alto.

—Sí, el impuesto del güisqui.

—No sé —contestó—. ¿Se refiere al general George Washington?

—¿Hubo más de uno? —preguntó sorprendido.

También me había dejado asombrado a mí.

—Nooo... —dijo el catedrático—, pero no sé nada del tema.

Aquello me pareció algo sospechoso, y pude ver que a abuelo tampoco le

satisfacía mucho. El catedrático miró al frente y me dio la impresión de que cada vez íbamos más deprisa. Abuelo seguía estudiando la carretera a través del parabrisas, y entonces comprendí por qué había dejado que le llevaran en coche.

Volvió a hablar, pero no había mucha esperanza en su voz:

—¿Sabe usted si el general Washington se hizo alguna vez una herida en la cabeza? Habiendo intervenido en tantas batallas, quizá alguna bala le dio en la cabeza.

El catedrático no le miró, y cada vez se le notaba más nervioso.

—¡Ah! Eso es —gritó—. Yo doy clase de inglés; no sé nada acerca de George Washington.

Llegamos a las primeras casas del pueblo y abuelo dijo que nos bajábamos. No estábamos cerca de ningún sitio de los que íbamos. Cuando nos bajamos a un lado de la carretera, se quitó el sombrero para agradecer al catedrático, que, apenas habíamos tocado el suelo, había desaparecido entre una nube de polvo. Abuelo dijo que era la educación que esperaba de un tipo como aquél. Estaba de acuerdo en que el catedrático actuaba de una forma sospechosa, y que podía haberse tratado de un político haciéndose pasar por un catedrático, pues había oído que la mayoría de ellos estaban locos.

Me contó que se imaginaba que George Washington se había hecho una herida en la cabeza en alguna de las batallas, lo que podía ser la explicación de cosas como el impuesto sobre el güisqui. Dijo que él tenía un tío al que una mula dio una coz en la cabeza, y que desde entonces nunca volvió a ser totalmente normal, aunque dijo que él tenía su propia opinión sobre el caso, que nunca había hecho pública: su tío, según su versión, sólo estaba loco cuando quería, como cuando su vecino descubrió juntos en la cama a su mujer y al tío, y éste salió corriendo a cuatro patas como un perro y comenzó a comer tierra. Pero dijo que nadie pudo saber nunca si de verdad estaba loco, o si simplemente se hacía el loco...; por lo menos, el vecino no lo supo. Su tío vivió apaciblemente y murió tranquilo en su cama. De cualquier forma, decía que no era quién para juzgar el caso. La herida de George Washington me pareció una idea razonable, y quizá también fue la causa de sus otros errores.

4 *El zorro y los sabuesos*

ERA una tarde invernal cuando abuelo cogió a la vieja «Maud» y a «Ringer» y los metió en la cabaña. Dijo que no quería que se pusieran en peligro actuando como lo iban a hacer los otros perros. Me imaginé que algo iba a ocurrir. Abuela ya lo sabía; sus ojos brillaban como luces negras. Me vistió con una camisa de ciervo como la de abuelo y me puso la mano en el hombro como le había hecho a él. Yo me sentí mayor.

No pregunté, pero me quedé por allí. Me dio una bolsa de galletas y carne y dijo: —Esta noche me sentaré en el porche, escucharé y os oiré.

Fuimos a la parte delantera de la casa y abuelo silbó a los perros. Salimos atravesando el riachuelo. Los perros nos adelantaban y volvían de nuevo hacia donde estábamos, rápidos y nerviosos.

Mantenia a sus perros sólo por dos razones. Una era su plantación de grano: cada primavera y verano asignaba a la vieja «Maud» y a «Ringer» el trabajo de vigilar, porque los ciervos, mapaches, cerdos y cornejas querían comerse el grano.

Como había dicho, la vieja «Maud» no tenía ningún olfato, y por tanto era inservible para seguir la pista de un zorro, pero tenía un oído muy fino y buena vista y con este trabajo, por lo menos, tenía algo que hacer y podía estar orgullosa pensando que servía para algo. No es bueno que un perro o cualquier otro ser tenga el sentimiento de que no sirve para nada.

«Ringer» había sido un buen perro para rastrear pistas. Ahora se estaba haciendo viejo. Su rabo estaba roto, lo que no le daba un buen aspecto, y no podía ver ni oír bien. Ponía a «Ringer» con «Maud» para que pudiese ayudar y se sintiese útil en su vejez; eso lo dignificaba y el perro andaba con las patas estiradas, sintiéndose muy importante, especialmente en los períodos en que tenía que vigilar el grano.

Mientras el grano maduraba, daba de comer a «Maud» y a «Ringer» en el establo, que no estaba lejos del sembrado. Se estaban allí pacientes. La vieja «Maud» servía de ojos y oídos para «Ringer». Si veía algo en el sembrado, se lanzaba en esa dirección, ladrando como si el grano le perteneciera; «Ringer» la seguía haciendo lo mismo.

Iban corriendo por entre los cereales; podía ocurrir que la vieja «Maud» viese un mapache, y luego corriese pasando de largo, pues no podía olerlo..., pero entonces, «Ringer», siguiéndola de cerca, sí lo olfateaba. Ponía su morro sobre el suelo y salía ladrando tras el mapache. Lo perseguía por todo el sembrado, y luego lo seguía hasta que su víctima tenía que subirse a un árbol. Volvía con un aspecto algo triste; pero ni él ni la vieja «Maud» se rendían nunca. Cumplían con su trabajo. La otra razón por la que mantenía sus perros era por simple diversión: para seguir el rastro de los zorros. Nunca usaba perros para cazar. No los necesitaba. Conocía los sitios donde los

animales comían y bebían, conocía sus hábitos y las pistas que dejaban, incluso la forma de pensar y las características de todos los animales, mucho mejor de lo que ningún perro puede aprender.

El zorro rojo corre en círculo cuando es perseguido por los perros. Teniendo su madriguera como centro, corre en un círculo que mide alrededor de una milla de diámetro. Siempre, mientras corre, utiliza trucos: anda de espaldas, se mete en el agua y deja falsas pistas, pero siempre se mantiene alrededor del círculo. A medida que se va cansando, hace el círculo más y más pequeño, hasta que se retira a su madriguera.

Cuanto más corre, más se sofoca, y su lengua echa olores más intensos que los perros olfatean y comienzan a ladrar más y más fuerte. A esto se le llama «pista caliente».

Cuando el zorro gris corre, describe la figura de un ocho, y su madriguera está prácticamente donde se cruza su recorrido cada vez que hace el ocho.

También conocía la forma de pensar del mapache y se reía de sus travesuras y juraba solemnemente que en algunas ocasiones los mapaches se habían reído de él. Sabía por dónde corría el pavo y podía seguir una abeja desde el agua a su colmena con sólo una mirada. Podía hacer que un ciervo se le acercara, pues conocía su natural curiosidad, y podía andar por entre una nidada de codornices sin que éstas moviesen una pluma. Pero nunca las molestaba más allá de lo que necesitaba, y sé que ellas lo entendían.

Vivía con la caza, no de ella. Tenía buenas relaciones con los hombres blancos de la montaña. Pero éstos cogían sus perros e iban de un lado a otro, disparando contra todo, hasta que todos los animales se escondían. Si veían una docena de pavos, los mataban a todos si podían.

Pero le respetaban como un hombre sabio del bosque. Yo podía notarlo en sus ojos y en la forma en que se tocaban el sombrero cuando se encontraban con él en la tienda. Se mantenían, con sus perros y sus rifles, fuera de las hondonadas donde él estaba, y se quejaban de que la caza era cada vez más escasa donde estaban ellos. Abuelo movía a menudo la cabeza, escuchando sus comentarios, y nunca decía nada. Pero me lo dijo a mí. Ellos nunca comprenderían la vida del cheroqui.

Con los perros corriendo detrás, yo trotaba tras él. Era excitante y misterioso cuando el sol se ponía, y la luz variaba de rojo anaranjado a color sangre, cambiando y oscureciéndose constantemente, como si la luz del día estuviese viva, pero muriéndose. Incluso la brisa del crepúsculo producía un silbido sigiloso, como si tuviese cosas que contar que no pudiese decir libremente.

Los animales se iban yendo a sus madrigueras y las criaturas de la noche salían de caza. Cuando pasamos por la pradera, delante del establo, se detuvo, y yo me quedé prácticamente debajo de él.

Una lechuza volaba hacia nosotros, moviéndose a la altura de la cabeza de abuelo.

Pasó a nuestro lado sin hacer ningún ruido, ni un murmullo, ni un roce con sus alas. Se movía silenciosamente, como un fantasma.

—Una lechuza —dijo abuelo—; es la que se oye a veces por la noche y suena como si fuera una mujer quejándose. Va a cazar ratas.

No quería molestar a la vieja lechuza mientras cazaba ratas, y me mantuve entre abuelo y el establo mientras pasábamos.

La oscuridad comenzó a hacerse más profunda y las montañas se acercaban por ambos lados a medida que andábamos. Pronto llegamos a una bifurcación del camino y cogimos el de la izquierda. Ahora el camino era muy estrecho. Sólo había una pequeña senda para avanzar al borde del riachuelo. Abuelo llamaba a este lugar «El Estrecho». Parecía que si uno estiraba los brazos tocaría las montañas por ambos lados.

Subían empinadas, oscuras y adornadas con las copas de los árboles, dejando una pequeña franja de cielo estrellado justo sobre nosotros. Muy lejos, una zurita lanzó su llamada, larga y estridente. Las montañas recogieron el sonido, y mediante el eco lo multiplicaron una y otra vez, llevándolo cada vez más lejos hasta que murió, a tanta distancia, que aquello era más un recuerdo que un sonido.

Todo estaba muy solitario y yo trotaba justo tras los talones de abuelo. Ningún perro se quedó detrás de mí, lo que me hubiese gustado. Se mantenían delante de abuelo, corriendo hacia él de vez en cuando, deseosos de que les mandara tras la pista.

El estrecho se empinó. Empecé a oír ruido de agua. Era un arroyo que cruzaba lo que abuelo llamaba el desfiladero colgado.

Salimos del camino y subimos por la montaña, dejando el arroyo debajo de nosotros. Abuelo lanzó a los perros. Todo lo que tuvo que hacer fue una señal y decir «¡Id!», y salieron, dando pequeños chillidos como los niños cuando van a coger fresas, como él decía.

Nos sentamos junto a un pimpollo que había sobre el arroyo. Hacía calor. Los pimpollos desprenden calor; en verano uno debe sentarse bajo un roble o un nogal o algo así, pues el pino recoge mucho el calor.

Las estrellas se reflejaban en el arroyo, moviéndose con las ondas. Abuelo dijo que pronto comenzaríamos a escuchar a los perros, en cuanto encontrasen la pista del viejo «Slick». Así era como llamaba al zorro.

Estábamos en el territorio del viejo «Slick». Le conocía desde hacía cinco años, más o menos. La mayoría de la gente piensa que todos los cazadores de zorros llegan a cazarlos. Pero no es verdad. Abuelo nunca mató un zorro en su vida. La razón para la caza del zorro la constituyen los perros, el placer de escuchar cómo siguen la pista.

Siempre llamaba a los sabuesos una vez que el zorro se metía en la madriguera. Alguna vez, cuando el viejo «Slick» se moría de aburrimiento, había llegado a ir

hasta la cabaña y se había sentado en el claro de enfrente, esperando que abuelo y los perros fueran tras su pista. A veces, los perros causaban algunas molestias a abuelo, pues se iban ladrando y chillando sin su permiso tras el viejo «Slick» montañas arriba.

Le gustaba perseguir al viejo «Slick» cuando éste estaba malhumorado y no tenía ganas de jugar. Si un zorro quiere meterse en la madriguera, utiliza ingeniosos trucos para alejar a los perros. Cuando tiene ganas de jugar, se mueve por todo el campo.

Lo curioso era que el viejo «Slick» sabía que cuando lo perseguían y él no tenía ganas de jugar, era una especie de castigo por haber estado molestando a abuelo, merodeando por la cabaña.

La luna salió sobre la montaña en cuarto menguante.

Llenó de sombras el terreno entre los pinos, su luz se reflejó en el arroyo e iluminó los pequeños jirones de niebla, dándoles el aspecto de barquitos plateados atravesando El Estrecho.

Abuelo se apoyó en un pino y estiró las piernas. Yo hice lo mismo y puse el saco con los alimentos a mi lado. Era misión mía el cuidar de ellos. No muy lejos sonó un ladrido largo y profundo.

—Ése es el viejo «Rippitt» —dijo abuelo y se rió por lo bajo— y es una maldita mentira. «Rippitt» sabe lo que buscamos... pero no puede esperar. Por eso hace como si hubiese encontrado una pista. Escucha lo falso que suena su ladrido. Sabe que está mintiendo.

Verdaderamente sonaba como él decía.

—Seguro que lo que está diciendo es una maldita mentira —dije.

Podíamos usar ese lenguaje cuando abuela no estaba cerca.

Al cabo de un minuto, los otros perros se dieron cuenta de la mentira, pues ya no ladraban, sino que aullaban a su alrededor. En las montañas llaman a eso un perro farolero. Volvió el silencio.

Al cabo de un rato, un ladrido profundo rompió la calma. Era largo y venía de lejos. Supe desde el principio que éste era el verdadero, pues se notaba nerviosismo en él. Los demás perros lo imitaron.

—Ése es «Blue Boy» —dijo abuelo—; pronto tendrá el mejor olfato de la montaña, y ése es «Little Red», tras él..., y allí está «Bess».

Se oyó otro ladrido, éste algo frenético.

—Y allí está el viejo «Rippitt», continuando al fin.

Ahora, los ladridos sonaban a todo volumen, alejándose cada vez más; el eco los hacía resonar de un lado a otro, hasta que parecía que había perros por todas partes. Luego, todo fue silencio.

—Están en la parte de atrás de la montaña Clinch —aseguró abuelo. Escuché con cuidado, pero no pude oír nada.

Un gavián nocturno emitió un «psss» desde la ladera de la montaña de detrás de nosotros, cortando el aire con un silbido afilado. Al otro lado del arroyo, un búho le contestó: «zu... iu, iueiuuauuu».

Abuelo rió por lo bajo.

—El búho se queda en el valle; el gavián ocupa las cimas. A veces, el viejo gavián se figura que hay fáciles presas cerca del agua, y al búho no le gusta eso.

Un pez saltó en el arroyo, salpicando. Yo estaba empezando a preocuparme.

—¿No se habrán perdido? —le murmuré a abuelo.

—No —dijo—; los oiremos dentro de un minuto y saldrán al otro lado de la montaña Clinch; correrán por esa ladera, delante de nosotros.

Efectivamente. Primero se les oyó muy lejos, débilmente. Luego, cada vez más fuerte. Allí venían ladrando y aullando, faldeando la ladera, yendo hacia donde estábamos. Cruzaron el arroyo en algún punto más abajo. Entonces corrieron por la montaña de detrás de nosotros y volvieron a ir hacia la montaña Clinch. Esta vez corrían por la ladera próxima a la montaña y los oíamos durante todo el tiempo.

—El viejo «Slick» está estrechando el círculo —dijo abuelo—. Esta vez, tras cruzar el arroyo, puede conducirlos justo delante de nosotros.

Estaba en lo cierto. Los oímos chapotear a través del río, no muy lejos de nosotros... y mientras chapoteaban y ladraban, abuelo se sentó, inmóvil, y me cogió del brazo.

—Allí está —murmuró.

Y allí estaba. Apareció por entre unos juncos en el arroyo. Iba trotando, con la lengua fuera y con una larga cola peluda que colgaba descuidadamente tras él. Tenía los orejas puntiagudas y corría cuidadosamente, tomando su tiempo para moverse alrededor de los matorrales. De repente se paró, levantó un pata delantera y se la chupó; luego volvió la cabeza hacia el lugar de donde partían los ladridos de los perros y continuó.

Abajo, enfrente de donde estábamos, había algunas piedras que sobresalían del agua; cinco o seis de ellas llegaban casi hasta el centro del arroyo. Cuando el viejo «Slick» llegó al lugar en donde estaban las piedras, se paró y miró hacia atrás, como si estuviese calculando a qué distancia estaban los perros. Luego se sentó, muy tranquilo, dándonos la espalda y, simplemente, se dedicó a mirar el arroyo. La luna coloreaba intensamente de rojo su pelo. Los perros se iban acercando.

Abuelo me apretó el brazo.

—¡Míralo ahora!

El viejo «Slick» saltó desde el borde del arroyo hasta la primera piedra. Se paró allí un minuto y bailó sobre la piedra. Luego saltó hasta la siguiente y volvió a bailar. Luego, a la siguiente y la siguiente, hasta que llegó a la última, casi en el centro del arroyo.

Entonces volvió, saltando de roca en roca, hasta llegar a la primera piedra. Se le vio escuchar intensamente, saltar al agua y chapotear corriente arriba, hasta que se perdió de vista. Había apurado mucho el tiempo, pues apenas había desaparecido cuando llegaron los perros.

«Blue Boy» iba el primero, con su nariz pegada al suelo. El viejo «Rippitt» le pisaba los talones, y «Bess» y «Little Red», muy juntos, iban detrás. De vez en cuando, uno de ellos levantaba el hocico y lanzaba un «¡uuuuuuuuoooooooooh!», que helaba la sangre.

Llegaron al lugar donde estaban las piedras que sobresalían del arroyo. «Blue Boy» no vacilaba nunca. Allí estaba, saltando de una roca a otra y los demás detrás.

Cuando llegaron a la última piedra en el centro del arroyo, «Blue Boy» se paró, pero el viejo «Rippitt» continuó. Saltó al agua, como si no hubiese ninguna duda de por dónde iba la pista, y comenzó a nadar hacia la otra orilla. «Bess» saltó tras él y también empezó a nadar.

«Blue Boy» elevó el morro y comenzó a olfatear el aire. «Little Red» se quedó allí en la piedra con él. Al cabo de un minuto, «Blue Boy» y «Little Red» saltaron por las piedras en dirección a nosotros. Llegaron a la orilla, yendo siempre «Blue Boy» por delante. Entonces encontró la pista del viejo «Slick», y ladró largo rato. «Little Red» le hizo coro.

«Bess» dio la vuelta mientras todavía estaba nadando y regresó. El viejo «Rippitt» corría de un lado a otro por la otra orilla, totalmente perdido. Aullaba y gruñía, y corría adelante y atrás con la nariz pegada al suelo. Cuando oyó a «Blue Boy», saltó al agua y nadó con mucha fuerza, salpicando sobre su cabeza, hasta que llegó a la orilla y encontró la pista detrás de los demás.

Abuelo y yo nos reímos como locos hasta casi rodar por la ladera. Yo perdí el equilibrio y rodé hasta un matorral. Todavía estábamos riéndonos cuando decidió que nos fuéramos de allí.

Sabía que el viejo «Slick» iba a utilizar ese truco y por eso había elegido ese lugar para escondernos. Añadió que, sin duda alguna, el viejo «Slick» se había sentado por allí cerca para poder observar a los perros. La razón por la que había esperado quieto a que los perros se acercaran era para que el olor estuviese fresco sobre las piedras, seguro de que los sentimientos de los perros iban a poder más que sus sentidos cuando estaban excitados. El truco funcionó bien con el viejo «Rippitt» y con «Bess», pero no con «Blue Boy» y «Little Red».

Abuelo me contó que muchas veces había visto lo mismo: que los sentimientos podían más que la razón, convirtiendo a la gente en tontos tan grandes como lo había sido el viejo «Rippitt». Creo que estaba en lo cierto.

Había amanecido, y yo ni siquiera me había dado cuenta. Bajamos hasta la orilla del arroyo y comimos nuestras galletas ácidas y la carne. Los perros volvían a ladrar

y venían por la ladera, frente a nosotros.

El sol iluminó la montaña, reflejando los árboles en el arroyo; de entre las ramas salieron algunas cornejas y un petirrojo.

Abuelo metió su cuchillo entre la corteza de un cedro e hizo un cucharón doblando un extremo de la corteza. Cogimos agua fría y cristalina del arroyo. Se podían ver los guijarros en el fondo. El agua tenía un sabor a cedro que me dio todavía más hambre. Pero nos habíamos comido ya todas las galletas.

Abuelo continuó diciendo que el viejo «Slick» podía venir por la otra orilla esta vez, y lo podríamos ver de nuevo, pero tendríamos que estar callados. No me moví ni cuando las hormigas subieron por mi pierna, a pesar de lo que me molestaban. Abuelo lo vio y me dijo que me las podía sacudir, que el viejo «Slick» no notaría ese movimiento. Así lo hice.

Un rato después, cuando los perros estaban otra vez cerca, volvimos a ver al viejo «Slick» subiendo despacio por la orilla de enfrente. Abuelo silbó. El viejo zorro se detuvo y miró hacia la otra orilla, hacia nosotros. Estuvo allí un instante, con los ojos rasgados como si estuviese sonriendo; luego resopló y se perdió de vista.

Abuelo aseguró que el viejo «Slick» resoplaba molesto por los inconvenientes que le estábamos causando.

Añadió que algunos tipos le habían contado que habían oído hablar de zorros que se relevan, pero que él los había visto realmente. Me contó que hacía algunos años había estado siguiendo la pista de unos zorros y estaba sentado sobre un nogal en el claro de un bosque.

Un zorro rojo llegó con los perros tras él, se paró ante un tronco hueco y dio una especie de ladrido. Del tronco salió otro zorro, y el primero se guareció. El segundo salió corriendo, llevando a los perros tras su pista. Abuelo se acercó al árbol y realmente pudo oír roncar al zorro, mientras los perros pasaban a pocos metros de él. Añadió que los viejos zorros tienen tanta confianza en sí mismos que no les importa la cercanía de los perros.

Aquí llegaban ya «Blue Boy» y los demás, subiendo por la orilla del arroyo. Ladraban cada dos o tres pasos... Era una pista fresca. Se perdieron de vista y, tras un minuto, un ladrido se destacó de los demás y se convirtió en aullidos y alaridos.

Abuelo se enfadó:

—¡Maldición! El viejo «Rippitt» quiere atajar otra vez y hacerle una trampa al viejo «Slick». Se ha ido y se ha perdido. En las montañas se llama a eso un perro tramposo.

Abuelo opinó que tendríamos que comenzar a ladrar y a gritar para orientar al viejo «Rippitt» hacia nosotros, y eso terminaría con la búsqueda de la pista, pues los demás también vendrían. Así lo hicimos.

Yo no podía emitir aullidos tan largos como los suyos. Eran interminables. Pero lo

hice bastante bien, en opinión del abuelo.

Vinieron rápidamente y el viejo «Rippitt» estaba avergonzado de lo que había hecho. Se quedó andando detrás de los demás, esperando, me imagino, pasar inadvertido. Según abuelo le estaba bien empleado, y quizá esta vez aprendiese que no se puede hacer trampas sin crearse muchos problemas a uno mismo.

El sol marcaba el mediodía cuando abandonamos el desfiladero colgado y fuimos por El Estrecho en dirección a casa. Los perros arrastraban las patas por el camino. Era evidente su agotamiento. Yo también lo estaba y me hubiera resultado bastante difícil aguantar el paso, de no ser porque abuelo también estaba fatigado y andaba despacio.

Al atardecer divisamos la cabaña y a abuela. Había salido al camino para recibirnos. Me cogió en brazos y puso el brazo alrededor de la cintura de abuelo. Me imagino que debía de estar muy cansado, pues me quedé dormido en su hombro y no sé cuándo llegamos a la cabaña.

5 «Te quiero, Bonnie Bee»

CUANDO miro hacia atrás en el tiempo, pienso que abuelo y yo debíamos de ser bastante tontos. No me refiero a cosas como las montañas o la caza; pero sí cuando se trataba de libros o de palabras.

Íbamos siempre a abuela con nuestras dudas, y ella nos las resolvía.

Como la vez en que la señorita nos preguntó en qué dirección debía ir.

Habíamos estado en el pueblo y volvíamos a casa bastante cargados. Llevábamos tantos libros, que nos los repartimos entre los dos. Abuelo estaba alarmado por el número de libros. Dijo que la bibliotecaria nos mandaba demasiados cada mes, y comenzaba a mezclar personajes de las distintas historias.

El mes pasado estuvo discutiendo si Alejandro Magno, apoyado por los grandes banqueros en el congreso, intentó competir con Jefferson. Abuela le había dicho que Alejandro Magno no había sido un político de esa época, y de hecho, ni siquiera vivía ya entonces. Pero a él se le había metido en la cabeza, y tuvimos que volver a pedir el libro de Alejandro Magno.

Estaba razonablemente seguro de que el libro iba a corroborar lo que decía abuela. Yo también estaba bastante seguro, pues nunca la había visto equivocarse en materia de libros.

Convencidos de que ella tenía razón, abuelo había llegado rápidamente a la conclusión de que llevar demasiados libros causaba confusión.

De cualquier forma, yo llevaba uno de los libros de Shakespeare y el diccionario, además de la lata del aceite. Abuelo llevaba el resto de los libros y una lata de café. A abuela le encantaba el café y, como abuelo, pensé que el café nos ayudaría cuando leyésemos Alejandro Magno, pues el tema había sido una preocupación para abuela durante todo el mes.

Estábamos en la carretera del pueblo, yendo yo tras abuelo, cuando un gran coche negro se paró a nuestro lado. Era el coche más grande que yo había visto nunca. Viajaban en él dos señoritas y dos hombres.

Tenía ventanas de cristal, que se metían por dentro de la puerta cuando se bajaban.

Nunca habíamos visto nada igual, y ambos observamos la ventana cuando se bajó y se perdió de vista dentro de la puerta. Más tarde abuelo me dijo que la había mirado de cerca y que había una pequeña ranura en la puerta por donde podía meterse el cristal. Yo no lo vi, pues no era lo suficientemente alto.

La señorita estaba muy bien vestida, con anillos en los dedos y grandes bolas que le colgaban de las orejas.

—¿Por dónde se va a Chattanooga? —preguntó.

Apenas se oía el motor del automóvil.

Abuelo dejó la lata de café en el suelo y colocó sus libros encima para que no se mancharan. Solté la lata del aceite, pues abuelo siempre decía que cuando alguien habla hay que tratarle con respeto y prestarle atención a lo que dice. Después de haber hecho eso, abuelo se quitó el sombrero, lo que pareció sentarle mal a la dama, pues gritó:

—He dicho que por dónde se va a Chattanooga, ¿está usted sordo?

—No, señora; mi oído y mi salud están muy bien hoy, gracias. ¿Cómo está el suyo? —contestó.

Abuelo lo preguntaba muy seriamente, pues era su costumbre interesarse por el estado de la gente.

Nos sorprendimos mucho cuando la mujer hizo gestos, como si estuviese enfadada, quizá porque los otros ocupantes del automóvil se estaban riendo de algo que debía haber hecho.

Gritó más fuerte:

—¿Nos va a decir cómo se va a Chattanooga?

—Sí, señora —contestó.

—Bueno —dijo la señorita—. ¡Dígalo!

—Bien —dijo abuelo—; primero, están ustedes en una dirección incorrecta, en dirección este. Necesitan ustedes ir hacia el oeste. Pero no directamente al oeste, sino ligeramente desviados hacia el norte, más o menos en la dirección en que está aquella montaña... Esto debe llevarlos allí.

Abuelo volvió a ponerse el sombrero y nos agachamos para recoger nuestras cosas.

La señorita sacó la cabeza por la ventanilla:

—¿Lo dice en serio? —gritó—. ¿Qué carretera tomamos?

Abuelo se estiró extrañado:

—Me imagino que cualquiera que vaya al oeste, sin olvidar desviarse un poco hacia el norte.

—¿Quiénes son ustedes, dos forasteros? —gritó la mujer.

Esto le dejó perplejo; también me lo dejó a mí, pues nunca había oído la palabra, y me parece que tampoco él la había oído nunca. Miró a la señorita sin decir nada durante un rato, y luego dijo finalmente:

—Me imagino que sí.

El gran automóvil arrancó, yendo en la dirección en que iba antes, que era la dirección este, el camino erróneo. Abuelo movió la cabeza y dijo que en sus setenta años se había encontrado con gente loca, pero la mujer aquélla superaba a todos. Le pregunté si podía tratarse de un político, pero él dijo que nunca había oído hablar de ninguna mujer que se dedicara a la política, aunque sí podía tratarse de la mujer de

algún político.

Llegamos a los caminos de carreta. Siempre, al volver del pueblo, cuando llegábamos a los senderos yo comenzaba a pensar en algo que preguntarle. Se paraba cuando le hablaban, como ya dije, para prestar atención a lo que se le decía. Esto me daba una oportunidad para ponerme a su altura. Me imagino que yo era pequeño para mi edad —cinco, casi seis años—, pues mi coronilla llegaba un poquito más arriba de sus rodillas, y estaba siempre en un trote continuo tras él.

Me había quedado bastante retrasado, y casi corría para acortar la distancia:

—Abuelo, ¿has estado alguna vez en Chattanooga?

Se paró:

—¡Noooo! —dijo—, pero casi fui una vez.

Llegué hasta donde estaba y solté la lata de aceite.

—Debió ser hace veinte... quizá hace treinta años, supongo —dijo—. Yo tenía un tío que se llamaba Enoch. Era el más joven de los hermanos de mi padre. A veces se emborrachaba y entonces su cabeza se quedaba hueca y desaparecía andando solitario por las montañas. Pero una vez desapareció y pasaron tres o cuatro meses y no supimos nada de él. Preguntamos a los caminantes y nos enteramos de que estaba en Chattanooga, en la cárcel. Yo fui el elegido para ir a buscarle. Pero apareció en la puerta de la cabaña inesperadamente.

Hizo una pausa como para recordar aquello y comenzó a reír.

»—Sí señor, allí apareció, descalzo y con unos harapos, que se sujetaba con la mano, por toda vestimenta. Parecía que había venido rodando por los senderos, pues estaba todo despellejado. Resultó que había hecho todo el camino andando por las montañas.

Se detuvo para volver a reír, y yo me senté sobre la lata de aceite para descansar las piernas.

»—El tío Enoch dijo que había empinado el codo, y no podía acordarse de cómo llegó a Chattanooga, pero que se despertó en un cuarto, en una cama con dos mujeres. Dijo que apenas había comenzado a bajarse de la cama, cuando la puerta se abrió de golpe y apareció un tipo grande y furioso. Decía que una de las mujeres era su esposa y la otra su hermana. Parece que, de una forma o de otra, el tío Enoch quedó asociado prácticamente con toda la familia.

»—El tío Enoch continuó relatando que las mujeres se levantaron y comenzaron a gritarle para que pagara algo al tipo aquél que también le gritaba. Mientras tanto, el tío Enoch intentaba encontrar sus pantalones, pues aunque dudaba de que hubiera algo de dinero en ellos, sabía que tenía un cuchillo, y que el tipo aquel parecía que iba en serio. Pero no pudo encontrarlos. No tenía la más remota idea de lo que podía haber hecho con ellos; como no podía hacer otra cosa, saltó por la ventana. El problema fue que se trataba de un segundo piso y cayó desnudo sobre las piedras. Así

fue como se despellejó.

»—No tenía ninguna ropa, pero se encontró con un visillo que había arrastrado en su caída. Se tapó sus partes con aquel trozo de tela y pensó buscar un sitio donde esconderse hasta que oscureciera. Lo malo es que no pudo encontrar ninguno. Cayó en medio de un montón de gente con prisa, que iban de un lado para otro, que no tenían modales, y le empujaron dos veces. La Ley dio con él, y le metieron en la cárcel.

»—A la mañana siguiente le dieron unos pantalones, una camisa y unos zapatos demasiado grandes para él, y le pusieron con otros tipos a limpiar las calles. Eran menos de una docena, y le parecía totalmente imposible que entre tan poca gente pudiesen limpiar el lugar aquel. Allí tiraban cosas en la calle más deprisa de lo que ellos barrían. No vio ninguna razón para seguir allí, y decidió huir. En la primera oportunidad que tuvo, salió corriendo. Un tipo le sujetó por la camisa, pero la rompió y escapó. También perdió los zapatos, pero conservó los pantalones. Se escondió entre unos árboles hasta la noche. Se orientó por las estrellas y se fue en dirección a casa. Tardó tres semanas en atravesar las montañas, alimentándose de bellotas y nueces, como los cerdos. Cuando el tío Enoch se curó de su borrachera... nunca volvió a acercarse a un pueblo, que yo sepa. Yo nunca he estado en Chattanooga y no pienso ir jamás.

En ese momento tomé la decisión de que yo tampoco iría nunca a Chattanooga.

Estábamos cenando aquella noche cuando se me ocurrió preguntarle una cosa a abuela y dije:

—Abuela, ¿qué significa forastero?

Abuelo dejó de comer, pero no levantó los ojos del plato. Abuela nos miró. Sus ojos titubearon.

—Bueno —dijo—, forasteros son personas que no están en el lugar en donde han nacido.

Conté la historia de la mujer del automóvil, y de cómo había preguntado si éramos forasteros, y abuelo había contestado que suponía que sí. Retiró su plato:

—Yo suponía que no habíamos nacido allí abajo, en la cuneta, lo que nos hacía forasteros. De cualquier forma, es otra de esas absurdas palabras de las que se puede prescindir. Siempre he dicho que existen demasiadas palabras sin sentido.

Abuela estaba de acuerdo. No quería meterse en jaleos de palabras. Por ejemplo, nunca había podido hacer olvidar a abuelo las palabras «ponido» y «tenió». Él decía que *puesto* era algo que había a veces a la entrada del pueblo, donde los granjeros vendían sus productos. Por tanto, había que decir «ponido». También decía que «tuvo» era como una barra con un agujero y que, por tanto, había que decir «tenió». No había forma de hacerle cambiar su idea, pues creía firmemente que la suya, en este caso, era la más correcta.

Opinaba que si hubiera menos palabras habría menos problemas en el mundo. Me dijo en privado que siempre había algún estúpido inventando palabras que sólo servían para causar problemas. Tenía razón.

Daba más importancia al sonido o a la forma de pronunciar una palabra que a su significado. Decía que personas que dijeren distintas palabras podían tener el mismo sentimiento atendiendo sólo a su entonación. Abuela estaba de acuerdo con él, pues de esta forma es como se hablaban entre ellos.

Ella se llamaba Bonnie Bee. Lo supe cuando le oí por la noche decir:

—Te quiero, Bonnie Bee.

Estaba diciendo «te quiero», pero el sentimiento estaba en la entonación.

Y cuando hablaban y abuela decía: «¿Tú me quieres, Wales?», y él contestaba: «Te quiero», lo que quería decir era «te entiendo». Para ellos, amor y comprensión eran la misma cosa. Ella decía que no se puede amar algo que no se entiende, ni se puede amar a la gente ni a Dios si no se los entiende.

Ellos se entendían y, por tanto, se amaban. Abuela decía que la comprensión se hacía más profunda a medida que pasaba el tiempo. Suponía que llegaba a ser algo más allá de cualquier cosa que los mortales pudieran imaginar.

Abuelo decía que la palabra querido tenía antes un significado más amplio y se refería a la gente apreciada. Pero con el egoísmo humano se restringió su uso a un círculo familiar^[1]

Cuando él era niño, su padre tenía un amigo que solía frecuentar su casa. Era un viejo cheroqui llamado Mapache Jack, y era muy arisco y pendenciero. No podía imaginar lo que su padre veía en Mapache Jack.

Iban de vez en cuando a una pequeña iglesia en el valle. Ocurrió un domingo, en tiempo de confesión, cuando los fieles se levantan si piensan que el Señor se lo pide, hablan de sus pecados y cuentan cuánto aman al Señor.

Recordaba que en el templo, delante de los fieles, Mapache Jack se levantó y dijo:

—He oído que hay alguien que habla de mí a mis espaldas. Quiero que sepáis que estoy prevenido. Sé lo que os pasa. Tenéis envidia porque el vicario me ha dado a mí a guardar la llave de la caja de los libros de los salmos. Dejadme deciros que si a alguno no le gusta, tengo buenas razones guardadas aquí, en mi bolsillo.

Mapache Jack se levantó la camisa de ciervo y mostró la culata de una pistola. Estaba muy enfadado.

También comentó que la iglesia estaba llena de hombres duros, incluyendo a su padre, que dispararían a cualquiera en cuanto les molestase lo más mínimo, pero nadie movió una ceja. Su padre se levantó y dijo:

—Mapache Jack, todas las personas que están aquí admiran la forma en que has guardado la llave de la caja de los libros de los salmos. Nunca nadie la guardó tan bien. Si alguien ha dicho algo que no te ha gustado, yo aquí te pido perdón en nombre

de todos los presentes.

Mapache Jack se sentó, totalmente apaciguado y contento, como todos los demás.

En el camino de vuelta a casa preguntó a su padre por qué Mapache Jack podía hablar así, y comentó que se había reído cuando Mapache Jack hablaba de una forma tan importante acerca de la llave de la caja de los libros de los salmos.

Su padre le dijo:

—Hijo, no te rías de Mapache Jack. Escucha: cuando los cheroquis fueron forzados a abandonar sus tierras e ir a las reservas, Mapache Jack era joven. Se escondió en estas montañas y peleó para poder seguir aquí. Cuando llegó la guerra civil pensó que quizá podría pelear en favor de su gobierno y recuperar sus tierras. Luchó bravamente. Perdió las dos veces. Cuando terminó la guerra llegaron los políticos intentando coger lo poco que nos quedaba. Mapache Jack peleó, se escondió y siguió peleando. ¿Ves? ¿Te das cuenta? Vivió un tiempo de luchas. Todo lo que le queda es la llave de la caja de los libros de los salmos. Y si parece pendenciero... Bueno, ya no puede luchar por nada más.

Abuelo me contó que casi comenzó a llorar por Mapache Jack y que, desde entonces, no importaba lo que él hiciera o dijera... Le quería porque le entendía.

Eso era ser querido, y la mayoría de los problemas de la gente vienen de que no lo practican; de eso y de los políticos.

Lo comprendí perfectamente y estuve a punto de llorar yo también por Mapache Jack.

6 Conocer el pasado

ABUELO y abuela querían que yo conociera el pasado, pues «si no conoces el pasado, no tienes futuro; si no sabes dónde ha estado tu gente, tampoco puedes saber a dónde van». Por tanto, me lo contaron en gran parte.

Me contaron cómo llegaron los soldados del gobierno. Cómo los cheroquis cultivaban los fértiles valles y celebraban sus danzas nupciales en primavera, cuando la vida sale del suelo, cuando los gamos y los pavos reales se alegran del papel que desempeñan en la creación.

Cómo celebraban fiestas cuando se recogía la cosecha, cuando las calabazas se hacían grandes y el grano se ponía duro. Cómo se preparaban para las cacerías invernales, consagrándose a la vida.

Me explicaron cómo llegaron los soldados del gobierno y les hicieron firmar un papel. Les dijeron que el papel significaba que los nuevos colonos blancos sabían dónde podían establecerse, y no tomarían la tierra del cheroqui. Y después de haberlo firmado vinieron más soldados del gobierno, con rifles y bayonetas, afirmando que el papel había cambiado las palabras. Ahora decía que los cheroquis debían dejar sus valles, sus casas y sus montañas. Debían irse lejos, en la dirección en que se pone el sol, donde el gobierno tenía otras tierras para el cheroqui, tierras que los blancos no querían.

Rodearon un gran valle con sus fusiles y por la noche con hogueras. Pusieron a los cheroquis en el valle. También trajeron a los de otras montañas, tratándolos como si fueran ganado.

Después de bastante tiempo, cuando tuvieron a todos los cheroquis, trajeron carretas y mulas y les dijeron que podían montar en ellas para ir a las tierras de la puesta del sol. A los cheroquis no les quedaba nada. Pero no montaron, y así conservaban algo. Algo que no puede verse, vestirse o comerse, pero conservaron algo. Y no montaron. Fueron a pie.

Los soldados del gobierno montaron delante de ellos, a sus lados y por detrás. Los hombres cheroquis marcharon a pie y miraron al frente. Nunca bajaron la vista ni miraron a los soldados. Sus mujeres y sus niños los siguieron y tampoco miraron a los soldados.

Lejos, tras ellos, las carretas vacías se balanceaban, haciendo ruido, y no servían para nada. Las carretas no podían robar el alma del cheroqui. La tierra les había sido robada, su casa también, pero el cheroqui no iba a permitir a las carretas que les robaran su alma.

Cuando pasaban por pueblos de hombres blancos, la gente se agrupaba en el camino para verlos pasar. Al principio se reían, pensando en lo tontos que eran por ir

andando cuando las carretas iban vacías. No volvían la cabeza ni hacían caso a las risas, y pronto callaban.

A medida que se alejaban de las montañas comenzaron a morir. Su alma no murió ni se debilitó. Morían los más pequeños, los más viejos y los más enfermos.

Al principio, los soldados les permitían parar para enterrar a sus muertos. Pero luego murieron más, a cientos, a miles. Más de un tercio pereció en el camino. Les dijeron que sólo podían enterrar a sus muertos cada tres días, pues querían darse prisa y terminar con el asunto de los cheroquis. Podían llevar a los muertos en las carretas, pero los cheroquis no pusieron a sus muertos en las carretas. Los transportaron a pie.

El niño pequeño transportaba a su hermanita muerta y dormía a su lado por la noche, en el suelo. Por la mañana la cogía en brazos y continuaba andando.

El marido llevaba a su mujer muerta. El hijo llevaba a su madre muerta, a su padre. La madre llevaba a su bebé muerto. Los llevaban en sus brazos. Y andaban. Y no volvían la cabeza para mirar a los soldados ni a la gente que se ponía al borde de los caminos para verlos pasar. Algunos de éstos lloraban. Pero el cheroqui no lloró. No lloró por fuera, pues el cheroqui no deja ver su alma, de la misma manera que no montaba en las carretas.

Por eso lo llamaron el camino de las lágrimas. No porque lloraran, pues no lo hicieron. Lo llamaron así porque suena romántico y habla de la pena de aquéllos que estuvieron en el camino. Una marcha de la muerte no es romántica.

No puede escribirse poesía sobre un bebé rígido por la muerte, en los brazos de su madre, mirando hacia el cielo con los ojos abiertos, mientras su madre camina.

No pueden cantarse canciones acerca del padre que lleva el cuerpo de su mujer y lo deja por la noche para volverlo a coger por la mañana, y dice a su hijo mayor que lleve el cuerpo del menor. Y no mira..., ni habla..., ni recuerda las montañas.

No serían canciones bonitas. Por eso lo llaman el camino de las lágrimas.

No todos los cheroquis fueron. Algunos, buenos conocedores de la montaña, se escondieron bien al amparo de los valles y las cimas, y vivieron con sus mujeres y niños, siempre moviéndose.

Ponían trampas para cazar, pero a veces no se atrevían a volver a las trampas, pues los soldados habían regresado. Sacaban raíces dulces de la tierra, machacaban las bellotas y hacían comida, preparaban ensaladas de distintas hierbas, y comían la corteza interior de los árboles. Pescaban con las manos en las orillas de los arroyos fríos, y se movían sigilosos como sombras. Eran gente que estaban allí, pero que no se dejaban ver —sólo durante un abrir y cerrar de ojos— ni oír y dejaban muy pocas señales.

Pero de vez en cuando encontraban amigos. La familia del padre de abuelo eran gentes que amaban la montaña. No estaban interesados ni en tierras ni en dinero, pero amaban la libertad de las montañas, como los cheroquis.

Abuela me contó cómo el padre de abuelo conoció a su mujer y a su gente. Había visto un pequeño signo en la orilla de un arroyo. Fue a su casa y trajo un trozo de ciervo y lo dejó allí, en un pequeño claro. Con él dejó su rifle y su cuchillo. Volvió a la mañana siguiente. El trozo de ciervo había desaparecido, pero el rifle y el cuchillo estaban allí, y a su lado había otro cuchillo indio largo, y un *tomahawk*. No los cogió. Trajo mazorcas de maíz y las dejó junto a las armas, se quedó allí y esperó mucho tiempo.

Vinieron despacio, al atardecer, moviéndose entre los árboles, parando y luego volviendo a avanzar. El padre de abuelo alargó la mano, y ellos, una docena en total —hombres, mujeres y niños—, estiraron sus manos y se tocaron. Abuela dijo que todos desconfiaban al principio, pero que acabaron por darse la mano.

El padre de abuelo creció y se hizo muy alto, y se casó con la más joven de las hijas de estos indios. Sujetaron juntos el palo de nogal y lo pusieron en su cabaña, y ninguno de ellos lo rompió mientras vivieron. Ella se adornó el pelo con plumas del cuervo de alas rojas, y por eso la llamaron Ala Roja. Abuela dijo que era más delgada que la rama de un sauce y cantaba por las noches.

Mis abuelos me hablaron de cómo fue mi bisabuelo en sus últimos años.

Era un viejo soldado. Se había unido al aventurero confederado John Hunt Morgan para luchar contra el poderoso monstruo sin cara que era el gobierno, que amenazaba a su gente y su cabaña.

Su barba era blanca. Con la edad comenzaba a flaquear, y cuando el viento del invierno soplaba entre las rendijas de su cabaña, las viejas heridas volvían a dolerle. Con el golpe de sable que le había abierto el brazo, el acero había llegado al hueso como un hacha de carnicero. La carne había sanado, pero la médula del hueso latía dolorosamente, recordándole a los hombres del gobierno.

Bebió media botella de güisqui aquella noche, mientras los muchachos calentaban un hierro al rojo, cauterizaban la herida y cortaban la hemorragia. Montó solo otra vez en su silla.

El tobillo era lo peor. Odiaba su tobillo. Estaba hinchado y le molestaba en la parte afectada por una esquirla de metralla. No lo notó al principio. Fue en el salvaje frenesí de una carga de caballería, aquella noche de Ohio. Cuando el caballo se movía veloz y ligero sobre el suelo, no tenía miedo, sólo frenesí, mientras el viento silbaba en su cara. Frenesí que sacaba a la superficie su grito de indio rebelde a través de su garganta, como un bramido salvaje.

Por eso un hombre puede perder media pierna y no enterarse. No se fijó en el tobillo hasta veinte millas más adelante, cuando acamparon en la oscuridad de un valle; desmontó de su caballo y la pierna se le dobló con el peso. La sangre chapoteaba en su bota como en un cubo lleno.

Le gustaba recordar la carga. Su recuerdo ablandaba el odio hacia el bastón y su

cojera.

El peor de sus dolores estaba en la barriga, en el costado, cerca de la cadera. De allí era de donde todavía no se había sacado el plomo. Pellizcaba como una rata mordiendo una mazorca de maíz, día y noche, y nunca cesaba. Le estaba comiendo las entrañas. Pronto tuvieron que estirarle en el suelo de la cabaña de la montaña y abrirle como un toro en una carnicería.

Lo podrido saldría, la gangrena. No usaron anestesia; simplemente unos tragos del licor de la montaña. Y allí murió, en el suelo, en su sangre. No hubo últimas palabras, pero mientras le sujetaban los brazos y las piernas, en su agonía, el viejo cuerpo se arqueó y emitió un grito salvaje de desafío al odiado gobierno; luego murió. El plomo del gobierno había necesitado cuarenta años para acabar con él.

El siglo estaba muriendo. El tiempo de sangre, peleas y muerte, la época que había conocido y en la que había sido medido, estaba muriendo. Venía otro siglo, con otra gente llevando la muerte, pero él codició sólo el pasado del cheroqui.

Su hijo mayor había ido a la reserva; el segundo había muerto en Texas. Sólo quedaba Ala Roja, como al principio, y su hijo pequeño.

Todavía sabía montar. Podía hacer saltar a un caballo morgan sobre una valla de cinco listones de altura. Todavía anudaba la cola de los caballos, cosa fuera de uso ya, para que ningún pelo cayera y pudieran seguirle.

Pero los dolores eran cada vez mayores, y el licor no los calmaba como había hecho antes. Estaba llegando el tiempo de que le abrieran en el suelo de la cabaña y él lo sabía.

El otoño estaba muriendo en las montañas de Tennessee. El viento se llevó las últimas hojas del roble y del nogal. Estuvo aquella tarde invernal con su hijo, a media ladera, sin admitir que ya no podía subir a la montaña.

Observaron los árboles desnudos, destacando en la cima, sobre el cielo. Como si estuviesen estudiando la inclinación del sol invernal. No se miraron.

—Me imagino que no te voy a dejar mucho —dijo, y rió suavemente—. Lo mejor que puedes hacer con esa cabaña es usarla para leña.

Su hijo estudió la montaña.

—Supongo —contestó.

—Tú eres un hombre hecho y derecho y con familia —continuó el viejo—; yo no me quedaré con vosotros mucho tiempo..., defiende las cosas en que creemos. Mi época se ha ido, y ahora te espera algo que no conozco. Yo no sabría cómo vivir ahora..., no mejor que Mapache Jack. Tienes poco para hacer frente a lo que viene..., sólo las montañas; ellas no cambiarán y yo las quiero. Sé honrado con tus sentimientos.

—Sí —contestó el hijo.

El débil sol se había puesto tras la cima y el viento soplaba fuertemente. Al viejo

le resultó difícil decirlo..., pero por fin lo dijo:

—Y... yo... te quiero, hijo.

El hijo no habló, pero pasó su brazo alrededor de los viejos y flacos hombros. Las sombras del valle eran ahora oscuras y daban a las montañas un color negro a ambos lados. Anduvieron despacio, el anciano apoyado en su bastón, hasta llegar a la cabaña. Fue el último paseo que abuelo dio con su padre.

Yo he estado muchas veces en sus tumbas, muy juntas en una ladera de robles blancos, donde las hojas cubren el suelo hasta la altura de la rodilla en otoño, hasta que los crueles vientos invernales las barren; donde sólo las más bellas violetas indias florecen en primavera, tímidas ante la presencia de las almas eternas.

El palito de la boda está todavía allí, de madera de nogal y nudoso, sin romperse aún y adornado con las marcas que hicieron cada vez que tuvieron una pena, una alegría, un problema que habían solucionado.

Y sus nombres están escritos en tamaño muy pequeño en el palo. Hay que agacharse para poder leer: «Ethan y Ala Roja».

7 *Billy Pino*

EN el invierno transportábamos hojas y las poníamos sobre el sembrado del cereal. En la parte de atrás del valle, pasado el establo, el sembrado se extendía a ambas orillas de la corriente.

Abuelo había limpiado un trozo de la ladera de la montaña. Las inclinaciones, como abuelo llamaba a las partes en cuesta del sembrado, no producían buen grano, pero él sembraba allí, a pesar de todo. No había mucha tierra llana en el valle.

A mí me gustaba coger hojas y meterlas en los sacos de arpillera. Eran muy ligeros. Los tres nos ayudábamos a llenar los sacos. Abuelo podía transportar dos y a veces hasta tres sacos. Intenté transportar dos, pero no podía avanzar mucho. Las hojas me llegaban a las rodillas, y eran para mí como nieve marrón, manchada con las pintas amarillas de las hojas de arce y las pintas rojas del árbol del caucho y de los demás arbustos.

Salíamos del bosque y esparcíamos las hojas sobre el campo. Y también agujas de pino. Abuelo decía que algunas agujas de pino eran necesarias para hacer la tierra ácida, pero no demasiadas.

Nunca trabajábamos tanto tiempo o tan fuerte como para que la labor se hiciese pesada. Normalmente nuestra atención se iba a otro asunto.

Abuela veía raíz de iris y comenzaba a desenterrarla. Eso la llevaba a ver ginseng... o raíz de columbo... o sastrás... u orquídeas. Las conocía todas y tenía un remedio para cada enfermedad de las que he oído hablar. Sus remedios funcionaban bien, pero algunos de los tónicos preferiría no haberlos tenido que probar.

Abuelo y yo, normalmente, encontrábamos nueces o castañas, y a veces también almendras negras. No es que las buscásemos especialmente; simplemente las encontrábamos. Entre el tiempo que perdíamos recolectando frutos y el que pasábamos comiendo u observando un mapache o un pájaro carpintero, el transporte de hojas cundía poco.

Cuando volvíamos al atardecer cargados con nueces, raíces y otros frutos parecidos, abuelo maldecía por lo bajo, para que no le oyera abuela, y luego anunciaba que el próximo día no haríamos tantas tonterías y que estaríamos todo el tiempo llevando hojas, lo cual no me gustaba demasiado. Pero nunca ocurría así.

Saco a saco, cubrimos todo el sembrado con hojas y agujas. Tras una suave lluvia, cuando las hojas se habían pegado ligeramente al suelo, abuelo unció al arado al viejo «Sam», el mulo, y dimos la vuelta a las hojas, dejándolas bajo la tierra.

Digo dimos, pues me dejó arar un poco. Tenía que levantar los brazos sobre mi cabeza para llegar a los asideros del arado, y la mayor parte del tiempo me la pasaba

colgado de ellos.

A veces se salía de la tierra y patinaba sin arar. El viejo Sam tenía paciencia conmigo. Se paraba cuando yo estaba colocando el arado en la buena posición y luego avanzaba en cuanto yo decía «¡Arre!».

También tenía que empujar para que el arado se mantuviera dentro de la tierra; de esa forma, entre tirar para abajo y empujar, aprendí a mantener mi barbilla alejada de la barra que había entre los asideros, pues continuamente me daba golpes que me hacían bastante daño.

Abuelo nos seguía, pero me dejaba hacerlo a mí. Si se quería que el viejo «Sam» se moviera hacia la izquierda, había que decir «¡Jau!», y si se quería que se moviera hacia la derecha había que decir «¡Yee!». Si el viejo «Sam» se desviaba un poco hacia la izquierda, yo decía «¡Yee!», pero era un poco duro de oído, y continuaba desviándose. Abuelo me ayudaba: «¡Yee! ¡Yee! ¡Por todos los malditos diablos! ¡Yee!», y el viejo «Sam» volvía a la derecha.

El problema era que el viejo «Sam» lo oyó tantas veces que comenzó a relacionar las maldiciones de abuelo con el «¡Yee!», y no se iba a la derecha hasta que oía todo, imaginando que para ir a la derecha tenía que escuchar la frase completa. Esto condujo a un aumento considerable de las maldiciones que yo tuve que comenzar a decir para poder arar. Todo iba bien hasta que abuela me oyó y riñó mucho a abuelo por ello. Esto redujo considerablemente mi trabajo con el arado cuando ella estaba por allí cerca.

El viejo «Sam» estaba tuerto del ojo izquierdo y cuando llegaba al final del campo nunca quería girar hacia la izquierda, imaginando que se iba a chocar contra algo. Siempre giraba hacia la derecha. Cuando se ara, girar hacia la derecha funciona bien a un lado del campo, pero al otro lado hay que hacer un círculo completo, sacando el arado del campo, pasar sobre arbustos, matas y otros obstáculos. Abuelo decía que debíamos tener paciencia con «Sam», pues estaba viejo y tuerto. Y yo la tenía, pero odiaba los giros a un lado del campo, especialmente cuando había una buena maraña de zarzas esperándome.

Una vez, abuelo estaba llevando el arado por entre un montón de ortigas y pisó en el hueco de un árbol. Era un día cálido, y dentro del hueco del árbol había un avispero. Las avispas se le colaron por dentro del pantalón. Salió corriendo y chillando en dirección al riachuelo. Vi salir las avispas y también me eché a correr. Abuelo se lanzó al agua, moviendo la pernera de su pantalón y maldiciendo al viejo «Sam», fuera de sí.

Pero el viejo «Sam» se quedó calmado y esperó hasta que abuelo se calmó también. El problema era que no podíamos acercarnos al arado, pues las avispas estaban muy agitadas y volaban a su alrededor.

Nos quedamos en medio del campo y abuelo intentó llamar al viejo «Sam» para

hacer que se alejara de las avispas.

Abuelo gritaba:

—Ven aquí, «Sam»; venga, chico.

Pero el viejo «Sam» no se movía. Sabía lo que tenía que hacer y prefería tumbarse en el suelo a seguir arando. Abuelo lo intentó todo, maldijo a voz en cuello, se puso a cuatro patas y comenzó a relinchar como un mulo. Pensé que sus relinchos eran casi iguales que los de «Sam». Éste movió las orejas hacia adelante, le miró enfadado, pero no se movió. Yo también intenté relinchar, aunque no supiera hacerlo tan bien como abuelo. Cuando se dio cuenta de que abuela había venido y nos estaba mirando, paró de rebuznar.

Tuvo que ir al bosque, coger unas ramas secas, prenderles fuego y echarlas dentro del agujero del árbol. Esto alejó las avispas del arado.

Cuando íbamos de vuelta a la cabaña aquella noche, abuelo dijo que para él era un misterio saber si el viejo «Sam» era el mulo más tonto del mundo o el más listo. Nunca lo pude averiguar tampoco.

Sin embargo, me gustaba arar. Me hacía crecer. Cuando íbamos andando por el camino hacia casa, me parecía que mis pasos se estaban haciendo más grandes, detrás de abuelo. Me alabó mucho delante de abuela, mientras cenábamos. Ella estaba de acuerdo en que parecía que me estaba convirtiendo en un hombre.

Estábamos sentados cenando una de esas noches, cuando los perros empezaron a ladrar. Salimos todos al porche y vimos venir a un hombre por el camino. Era un tipo de buen aspecto, casi tan alto como abuelo. Lo que más me gustaba eran sus botines: eran amarillos brillantes, con los calcetines doblados por encima y sujetos con cordones. Los pantalones de peto le llegaban justo por encima de los calcetines. Vestía una chaqueta negra corta y una camisa blanca. Se cubría con un pequeño sombrero y llevaba una maleta alargada. Mis abuelos le conocían.

—Es Billy Pino —dijo abuelo.

Billy Pino saludó moviendo la mano.

—Ven y pasa un rato con nosotros.

Billy Pino se paró en la puerta.

—Bueno, yo pasaba por aquí... —dijo.

No podía imaginarme hacia dónde iba, pues más allá de nuestra cabaña sólo había montañas.

—Quédate a cenar con nosotros —dijo abuela, y cogió a Billy Pino por el brazo y subió con él los escalones. Abuelo cogió su maleta y fuimos todos a la cocina.

Enseguida me di cuenta de que a mis abuelos les gustaba Billy Pino. Se sacó cuatro batatas del bolsillo de la chaqueta y se las dio a abuela, que hizo un pastel con ellas enseguida, del que Billy Pino se comió tres trozos. Yo me comí uno y esperaba que él no se comiera el último pedazo que había quedado. Nos levantamos de la mesa

para sentarnos delante de la chimenea y dejamos el trozo de pastel en un plato, sobre la mesa.

Billy Pino se rió mucho y dijo que yo iba a ser más alto que abuelo, lo que hizo que me sintiera bien. Comentó que abuela estaba más guapa que la última vez que la había visto, y esto le gustó a ella y a abuelo también. Billy Pino empezó a caerme bien, a pesar de haberse comido tres trozos de pastel. Al fin y al cabo, eran sus batatas.

Nos sentamos todos alrededor del fuego. Abuela en su mecedora y abuelo echado hacia delante en la suya. Me imaginé que iba a decir algo. Preguntó:

—Bueno, ¿qué noticias traes?, ¿cómo es que estás por aquí?

Billy Pino se reclinó sobre las dos patas traseras de su silla. Se tiró del labio inferior con el pulgar y otro dedo y abrió una latita para poner tabaco sobre su labio. Les ofreció la lata a mis abuelos. Declinaron la invitación con un gesto. Billy Pino se tomaba su tiempo. Escupió hacia el fuego.

—Bueno —dijo—, parece que quizá haya encontrado algo que me va a venir muy bien.

Volvió a escupir en el fuego y nos miró.

No sé de qué se trataba, pero me imaginé que era algo importante.

Abuelo también se lo figuró, pues preguntó:

—¿De qué se trata, Billy Pino?

Billy Pino volvió a recostarse en la silla y miró hacia el techo. Cruzó las manos sobre el estomago.

—Creo que fue el miércoles pasado... Nooo, era martes, pues había estado tocando en el baile de Jumpin Jody el lunes por la noche; sí, era el martes. Fui al pueblo el martes. ¿Conoces al policía de allí, Smokehouse Turner?

—Sí, sí, le he visto —dijo abuelo impaciente.

—Bueno —dijo Billy Pino—. Yo estaba hablando con Smokehouse, cuando paró en la gasolinera un gran coche reluciente. Smokehouse no le prestó atención..., pero yo sí. Dentro venía un tipo vestido de una forma sospechosa, como si fuera de la gran ciudad. Salió del coche y le dijo a Joe Holcomb que le llenara el depósito. Le observé todo el tiempo. Miraba a su alrededor constantemente de una forma desconfiada. Me di cuenta enseguida. Me dije: «Ése es un *criminal* de la gran ciudad». ¿Sabéis? —dijo Billy Pino—. No se lo dije a Smokehouse. Sólo me lo dije a mí mismo; luego le dije a Smokehouse: «Sabes que yo estoy en contra de entregar gente a la ley..., pero con los criminales de las grandes ciudades es diferente, y aquel tipo de allí me parece muy sospechoso». Smokehouse estudió al tipo y dijo: «Puede que tengas razón, Billy Pino. Vamos a echar un vistazo», y cruzó la calle en dirección al coche.

Billy Pino volvió a poner la silla sobre sus cuatro patas, escupió en el fuego y estudió los leños unos instantes. Yo estaba muy impaciente por saber lo que había

ocurrido con el criminal.

Billy Pino terminó de estudiar la leña y dijo:

—Como sabéis, Smokehouse no sabe leer ni escribir, y como yo tengo una caligrafía bastante bonita, le seguí por si acaso me necesitaba. El tipo nos vio llegar y volvió a meterse en el coche. Nos acercamos y Smokehouse se agachó y, por la ventanilla, le preguntó educadamente sobre qué era lo que estaba haciendo en el pueblo. El tipo estaba nervioso, se veía a las claras, y dijo que estaba de camino hacia Florida. Aquello me pareció muy sospechoso.

También me lo pareció a mí, y vi a abuelo asentir con la cabeza.

Billy Pino continuó:

—Smokehouse dijo: «¿De dónde es usted?». Contestó que era de Chicago. Smokehouse insinuó que suponía que todo estaba en regla, y que el individuo aquel podía abandonar el pueblo. El aludido afirmó que así lo haría. Pero mientras tanto... —Billy Pino guiñó los ojos a mis abuelos—, mientras tanto, yo había dado la vuelta al coche y había anotado la matrícula. Llamé a Smokehouse aparte y le dije: «Dice que es de Chicago, pero tiene la matrícula de Illinois». El viejo Smokehouse saltó sobre él, como una mosca sobre un pastel. Sacó al criminal del coche y le preguntó claramente: «Si es usted de Chicago, ¿por qué lleva una matrícula de Illinois en el coche?». Smokehouse sabía que le tenía. Cogió al criminal fácilmente. No sabía qué decir después de haber mentado. Intentó escaparse con no sé qué excusa, pero en honor a la verdad hay que decir que al viejo Smokehouse no es fácil que se le escape nadie.

Billy Pino estaba ahora muy excitado:

—Smokehouse metió al criminal en la cárcel y dijo que iba a comprobarlo. Probablemente den por él una gran recompensa y yo recibiré la mitad. Por el aspecto que tenía el tipo, probablemente recibiremos una recompensa mayor de lo que Smokehouse y yo esperamos.

Mis abuelos estaban de acuerdo en que el asunto parecía prometedor, y abuelo afirmó no saber nada acerca de criminales de grandes ciudades. Yo tampoco. Todos veían con bastante claridad que ya podía decirse que Billy Pino era rico.

Pero Billy no estaba seguro. Cabía la posibilidad de que la recompensa no fuera demasiado grande. Él no las tenía todas consigo, y no contaba con la piel del oso antes de matarlo.

Era razonable el pensar así.

Añadió que había estado trabajando en otra cosa, por si acaso. Contó que la compañía de tabaco Águila Roja había organizado un concurso, con un premio de 500 dólares para el ganador. Lo suficiente para colocar a un hombre en buena posición para toda su vida. Tenía un papel con las bases del concurso. Todo lo que había que hacer era escribir una carta diciendo por qué le gustaba el tabaco Águila

Roja. Había estado pensando antes de escribir la carta e imaginaba que se le había ocurrido la respuesta mejor que se podía dar.

Billy Pino opinaba que la mayoría de los concursantes dirían que Águila Roja era un buen tabaco, y él también lo decía, pero él iba más lejos. Había escrito que era el mejor tabaco que nunca había probado, e incluso, que nunca probaría ningún tabaco que no fuera Águila Roja mientras viviera. Había utilizado el cerebro. Cuando el director de la compañía Águila Roja leyese su carta, se daría cuenta de que poco a poco volvería a recuperar el dinero del premio, pues Billy Pino usaría continuamente su tabaco, durante toda la vida. Si diesen el premio a alguien que simplemente dijera que Águila Roja es bueno, correrían el riesgo de perder su dinero.

Billy Pino aseguró que a los grandes directores no les gusta correr riesgos con su dinero; por eso eran tan ricos. Se imaginaba que, prácticamente, tenía ya el dinero en el bolsillo.

Abuelo estaba de acuerdo en que el dinero parecía seguro. Billy Pino se acercó a la puerta y escupió fuera el tabaco de mascar. Volvió y cogió el trozo de pastel que quedaba. No me importó mucho, a pesar de que todavía me apetecía, pues como parecía que Billy Pino era rico, pensé que probablemente lo merecía.

Abuelo sacó su botella de licor y Billy Pino dio dos o tres tragos. Él, uno sólo. Abuela tosió y buscó su botella de jarabe para la tos. Abuelo convenció a Billy Pino para que tocara con el violín la canción «Ala Roja». Mis abuelos llevaban el ritmo con los pies. Tocaba muy bien y también cantaba:

*Mira, Ala Roja, el barco de plata, la luna.
Suspira la brisa y lloran las aves nocturnas.
Allá en las estrellas su príncipe duerme.
¿Por qué llora Ala Roja, si su amor no muere?*

Me dormí en el suelo y abuela me llevó a la cama. Lo último que oí fue el violín. Soñé que Billy Pino venía a nuestra cabaña y era rico. Traía un saco a la espalda, lleno de batatas.

8 *El lugar secreto*

CREO que en el riachuelo viven un millón de pequeñas criaturas.

Si uno pudiera ser un gigante y pudiese mirar hacia abajo, sus curvas y su corriente, vería que el riachuelo es un caudal de vida.

Yo era el gigante. Midiendo un poco más de sesenta centímetros, observaba como un gigante los pequeños charcos que se formaban en algunos brazos desviados de la corriente. Las ranas ponían huevos, grandes bolas transparentes de gelatina, con pequeños puntos negros esperando para salir.

Pececillos de roca se lanzaban a cazar escarabajos en el musgo que flotaba en el riachuelo. Cuando se cogía con la mano un escarabajo del musgo, desprendía un olor profundo y suave.

Una vez dediqué una tarde entera a coger escarabajos de agua, aunque sólo conseguí unos cuantos. Es muy difícil cogerlos. Se los llevé a abuela, pues sabía que a ella le encantaban los olores dulces. Siempre ponía madreselva en el jabón que hacía.

Estaba incluso más contenta de ver los escarabajos de lo que yo estaba. Me dijo que nunca había olido nada tan dulce, y no podía imaginarse cómo no había oído hablar de ellos antes.

Durante la cena le habló a abuelo de los escarabajos antes de que yo pudiera hacerlo, y dijo que eran la cosa más agradable que había olido nunca. Abuelo se quedó sin habla. Le dejé olerlos y comentó que había vivido setenta largos años totalmente ignorante de ese olor.

Abuela me explicó que yo había obrado bien, pues cuando se encuentra algo bueno, lo primero que hay que hacer es compartirlo con alguien; de esa forma, las cosas buenas se difunden por todas partes, que es lo justo.

Me mojaba completamente, chapoteando en el riachuelo, pero abuelo nunca me dijo nada. Los cheroquis nunca riñen a sus niños por cualquier cosa que hayan podido hacer en el bosque.

Yo subía, corriente arriba, andando por el agua clara, agachándome mucho por debajo de las cortinas verdes que formaban los sauces llorones que metían la punta de sus ramas en la corriente. Los helechos acuáticos se curvaban sobre el agua, ofreciendo puntos de sujeción a las arañas paraguas.

Esos pequeños seres atan un fino hilo a la rama del helecho, e intentan llegar por dicha rama hasta el otro lado. Si lo consiguen, sujetan el hilo y saltan hacia atrás —a uno y a otro lado— hasta que forman una red color perla sobre la corriente.

Eso, las arañas afortunadas. Si caen en el agua, se las lleva la corriente y tienen que luchar para salir a flote y llegar a la orilla, antes de que un pez del arroyo se las

coma.

Estaba observando en medio de la corriente, cuando vi una pequeña araña intentando pasar con su hilo al otro lado. Había pensado construir la tela más grande de todo el riachuelo y eligió un sitio muy ancho. Sujetó el hilo, saltó al aire y cayó al agua. Fue arrastrada corriente abajo. Luchando por su vida, llegó a la orilla y volvió al mismo helecho. Luego volvió a intentarlo.

La tercera vez que volvió al helecho, anduvo hasta el borde de la rama y se quedó quieta, cruzando sus patas delanteras bajo su barbilla para estudiar el agua. Me imaginé que iba a darse por vencida. Yo estaba ya a punto de irme, pues mi trasero se estaba quedando helado de chapotear en el agua. Se quedó allí, pensando y observando. De repente tuvo una idea y comenzó a saltar, arriba y abajo, sobre la rama. El helecho comenzó a balancearse. Continuó haciendo lo mismo, saltando para mover el helecho hacia abajo, y volviendo a subir. Entonces, de repente, cuando el helecho se elevó, saltó y llegó al otro lado.

9 *El negocio de abuelo*

EN sus setenta curiosos años, abuelo nunca había tenido un empleo en trabajos públicos. Trabajos públicos, para los hombres de la montaña, es cualquier tipo de actividad remunerada con un salario. Él no podía tolerar los salarios. Decía que todo lo que se conseguía era perder el tiempo, sin ganar ninguna satisfacción. Creo que era una idea genial.

En 1930, cuando yo tenía cinco años, un cesto de grano se vendía por veinticinco centavos, y eso si se encontraba a alguien que quisiera comprar un cesto de grano, lo cual no era fácil. Incluso si se hubiera vendido a diez dólares el cesto, nosotros no hubiéramos podido vivir de la venta. Nuestro campo de cultivo era demasiado pequeño.

Sin embargo, abuelo tenía un negocio. Decía que todo hombre debe negociar y debe estar orgulloso de su negocio. Él lo estaba. Su negocio se remontaba a la parte escocesa de su familia, hacía algunos siglos. Abuelo era fabricante de güisqui.

Cuando se habla de fabricantes de güisqui, la mayoría de fuera de las montañas piensa mal de ellos. Pero esos juicios se basan en el comportamiento de los criminales de las grandes ciudades. Éstos contratan a tipos para fabricar güisqui sin importarles la clase de licor que hacen, con tal de que produzcan mucho y rápidamente. Hombres de esta calaña usan potasa o lejía para acelerar la fermentación. Guardan su güisqui en envases de hierro o de hojalata y en radiadores de automóviles que tienen todo tipo de venenos y pueden matar a un hombre.

Abuelo dijo que esos individuos deberían estar colgados. Y añadió que se puede pensar mal de cualquier negocio si se juzga a las peores personas que se mueven en él.

Comentó también que su traje de fiesta estaba tan flamante como el día en que se casó, hacía cincuenta años.

El sastre que lo hizo se sentía orgulloso de su trabajo; sin embargo, había sastres que no eran así. El juicio sobre los sastres depende del sastre al que uno va. Lo mismo ocurre con los fabricantes de güisqui.

Abuelo nunca ponía nada en su güisqui, ni tan siquiera azúcar. El azúcar se utiliza para dar alcohol al licor y poder fabricar más cantidad; pero decía que el güisqui no es puro cuando se hace esto. Él hacía güisqui puro. Tan sólo utilizaba grano.

No tenía ninguna paciencia dejando envejecer el güisqui. Decía que había oído hablar mucho en su vida acerca de cómo mejora el güisqui cuando envejece. Una vez decidió probarlo y puso a reposar algo de güisqui recién hecho durante una semana, y cuando lo probó, sabía exactamente igual que el otro güisqui que bebía inmediatamente después de hacerlo.

Contaba que había tipos que dejaban reposar el güisqui en barriles durante mucho tiempo, hasta que adquiría el color y el olor de los barriles. Añadió que si un maldito estúpido quería el aroma de un barril, lo mejor que podía hacer era meter la cabeza en él y olerlo bien y, luego, beber un trago de güisqui puro.

Abuelo llamaba a esos tipos *huelebarriles*. Dijo que él podía poner agua en un barril, dejarla reposar bastante tiempo y vendérsela a esos individuos, y ellos se la beberían, pues olería como un barril.

Abuelo se enfadaba mucho con la historia de los barriles. Sospechaba que, probablemente, la cosa había comenzado —si pudiera investigarse— por los peces gordos, que podían permitirse dejar reposar el güisqui durante muchos años. De esta forma, presionaban al pequeño productor que no podía permitirse dejar reposar el güisqui muchos años para que adquiriera el aroma del barril. Habían gastado mucho dinero hablando de que su bebida era mejor, pues olía a barril, y consiguieron engañar a muchos idiotas. Pero todavía quedaban gentes razonables que no compraban güisqui que olía a barril y, de esa forma, el pequeño productor podía sobrevivir todavía.

Me explicó que como fabricar güisqui era el único negocio que conocía, y como yo tenía cinco años e iba a cumplir seis, imaginaba que debería aprender el negocio. Cuando fuese mayor, a lo mejor quería cambiar de negocio, pero que siempre sabría hacer güisqui y así tendría un negocio que podría ayudarme.

Vi claramente que nosotros tendríamos que luchar contra los peces gordos que intentaban meter el güisqui reposado en barril en el mercado, pero estaba orgulloso de que me quisiera enseñar el negocio.

El alambique de abuelo estaba en El Estrecho, donde la corriente crece. Estaba metido entre laureles y madre selvas, tan tupidos que un pájaro no podía atravesar por entre las ramas. Estaba orgulloso de él, pues era todo de puro cobre: el caldero, el brazo y el serpentín de refrigeración, que es conocido como el gusano.

Era un alambique muy pequeño, pero no necesitábamos uno más grande. Sólo lo utilizaba una vez al mes, y siempre producíamos once galones. Le vendíamos nueve galones a Mr. Jenkins, dueño de la tienda del cruce, a dos dólares el galón, lo que significaba, como puede verse, mucho dinero producido por nuestro grano.

Eso cubría todas nuestras necesidades, e incluso sobraba un poco de dinero, que abuela guardaba en un saco de tabaco, dentro de un bote. Decía que una parte era mía, pues yo trabajaba mucho y estaba aprendiendo el negocio.

Los otros dos galones nos los guardábamos. A abuelo le gustaba tener algo de su bebida para tomar en ciertas ocasiones y para cuando venía alguna visita, y abuela también utilizaba una parte considerable para preparar su medicina contra la tos. Abuelo decía que también era necesario para combatir la picadura de serpiente, la picadura de araña, las contusiones de talón y muchas cosas por el estilo.

El trabajo de destilar —si se hace correctamente— es muy duro.

La mayoría de la gente que hace güisqui utiliza grano blanco. Nosotros usábamos grano indio, que era el único que cultivábamos. Es de color rojo oscuro, y daba a nuestro güisqui una tonalidad roja clara... que nadie más que nosotros conseguía. Estábamos orgullosos de nuestro color. Todos lo reconocían cuando lo veían.

Pelábamos el grano. Abuela ayudaba y poníamos parte de él en un saco. Echábamos agua caliente sobre el saco y lo dejábamos secar al sol o al lado de la chimenea durante el invierno. Había que dar la vuelta al saco dos o tres veces al día para mover el grano. En cuatro o cinco días le salían brotes.

El resto del grano pelado lo convertíamos en harina. No podíamos permitirnos el lujo de llevarlo a un molinero, pues se quedaba con una parte. Abuelo se había construido su propio molino. Era muy simple: dos piedras puestas una contra la otra. Las hacíamos girar con una manivela.

Acarreábamos con dificultad la harina por el valle, hasta El Estrecho, y de allí al alambique. Teníamos una madera que metíamos en el arroyo y llevaba agua hasta el caldero, que llenábamos hasta las tres cuartas partes de su volumen. Luego, echábamos la harina y encendíamos un fuego bajo el caldero. Usábamos madera de fresno, pues el fresno no produce humo. Abuelo decía que, probablemente, serviría cualquier madera, pero no había por qué arriesgarse. Tenía razón.

Abuelo me había preparado un cajón, que colocamos sobre un tronco al lado del caldero. Yo me ponía sobre el cajón y removía el agua y la harina mientras cocía. No podía ver sobre el borde, y nunca vi exactamente lo que removía, pero abuelo decía que lo hacía muy bien, y que nunca me dejaba quemar ningún montoncito de harina. Ni siquiera cuando mis brazos se cansaban.

Después de cocerlo, lo sacábamos por un grifo que había en el fondo y lo metíamos en un barril. Añadíamos el grano germinado que habíamos molido. Luego cubríamos el barril y lo dejábamos reposar. Reposaba cuatro o cinco días, pero cada día había que ir hasta allí para moverlo. Abuelo decía que aquello estaba trabajando.

Tras cuatro o cinco días se había formado una corteza dura. La rompíamos y, después de eso, ya estábamos preparados para usar el alambique.

Abuelo tenía un cubo grande, y yo, uno pequeño. Pasábamos la cerveza —así es como él llamaba al líquido— del barril al caldero. Abuelo preparaba el caldero, poniéndole el brazo encima, y luego echábamos madera debajo para calentarlo. Cuando la cerveza hervía, el vapor iba por el brazo hasta el gusano, el serpentín de cobre retorcido en espiral. El gusano estaba metido dentro de un barril, y teníamos un dispositivo montado de forma que pasaba agua fría del arroyo por dentro del barril, para refrigerar el serpentín. Esto hacía que el vapor volviera a condensarse en líquido, que salía por el extremo del gusano que asomaba por un agujero del fondo del barril. Por el sitio que salía, teníamos una capa de carbón de nogal que filtraba las

impurezas.

Después de todo esto, se puede pensar que conseguíamos mucho güisqui..., pero sólo teníamos dos galones. Poníamos los dos galones a un lado y metíamos los restos que no se habían convertido en vapor dentro del caldero.

Luego, había que desmontarlo todo. Abuelo llamaba «simples» a los dos galones conseguidos. Decía que no podía hacerse nada más puro. Poníamos los restos y los galones simples en el caldero otra vez, encendíamos el fuego y lo repetíamos todo de nuevo, añadiendo algo de agua. Esta vez sacábamos once galones.

Como dije antes, era un trabajo muy duro y no podía imaginarme cómo había gente que opinaba que los vagos, los que no servían para nada, hacían güisqui. Quienquiera que piense eso, está claro que no ha fabricado güisqui en su vida.

Abuelo era el mejor en su negocio. El güisqui puede estropearse de muchas más maneras que mejorarse. El fuego no debe calentar demasiado. Si se deja fermentar mucho tiempo, se avinagra. Si se deja poco, se consigue un güisqui muy débil. Hay que saber mirar el güisqui y ser capaz de decir cuánto alcohol tiene. Comprendí por qué abuelo estaba tan orgulloso de su negocio, e intenté aprender.

Yo era capaz de ayudar en cosas que él no podía imaginarse. Me metía dentro del caldero después de utilizarlo y lo limpiaba. Intentaba hacerlo siempre muy deprisa, pues solía estar muy caliente. Llevaba madera de cedro, y removía todo. Estábamos siempre muy ocupados.

Cuando nosotros estábamos en el alambique, abuela mantenía los perros encerrados. Abuelo me contó que si alguien venía por el valle, entonces ella soltaba a «Blue Boy» y le mandaba por el camino. «Blue Boy», como tenía el mejor olfato, encontraba enseguida nuestro olor, y llegaba al alambique. Así sabíamos que alguien venía.

Abuelo me contó que empezó usando como mensajero al viejo «Rippitt», pero el perro se comía los restos y se emborrachaba. Lo hacía regularmente. Según él, el viejo «Rippitt» estuvo a punto de volverse adicto al alcohol, y tuvo que cambiar de perro. Utilizó a la vieja «Maud» para que fuera al alambique, pero ésta también se emborrachaba. Por eso cambió a «Blue Boy».

Hay muchas otras cosas que un buen fabricante de güisqui de la montaña debe saber. Hay que tener cuidado en limpiar bien después de utilizar el alambique, pues de lo contrario desprenderá un olor amargo. Abuelo decía que los hombres de la ley eran como perros de caza y tenían un olfato capaz de oler ese aroma amargo a millas de distancia. Se imaginaba que de ahí venía el nombre de perros de la ley. Añadió que si pudiera comprobarse se vería que todos descienden de una raza especial utilizada por los reyes y personajes, como si fueran perros para seguir a la gente. Pero añadía que si alguna vez tenía la ocasión de encontrarse con alguno de ellos, le reconocería, pues también tienen un olor característico... que ayuda a que se los reconozca.

También hay que tener cuidado de no golpear el cubo contra el caldero. En las montañas puede oírse un golpe así a dos millas de distancia, más o menos. Esto me causaba algunos problemas hasta que me acostumbré, pues tenía que meter el cubo en el barril, acarrearlo hasta el caldero, trepar por el tronco y la caja y meter todo el cuerpo para echar el líquido. Pronto aprendí a no golpear mi cubo.

Tampoco se podía cantar o silbar. Pero nosotros hablábamos. Las conversaciones normales se oyen a mucha distancia en las montañas. La mayoría de la gente no lo sabe. Los cheroquis, sí. Pero existe un tono en el que se puede hablar y desde lejos suena como los ruidos de la montaña: el viento entre los árboles y matorrales y a veces el agua de un riachuelo. Así es como hablábamos nosotros.

Escuchábamos a los pájaros mientras trabajábamos. Si los pájaros salen volando y los grillos dejan de cantar, hay que tener cuidado.

Abuelo me dijo que había tantas cosas en que pensar al mismo tiempo, que no debía preocuparme de aprenderlo todo rápidamente. Vendría por sí solo a mi cabeza al cabo de algún tiempo.

Abuelo tenía una marca para su güisqui. La ponía encima de cada bote. La marca de abuelo tenía la forma de un *tomahawk*, y nadie en las montañas la usaba. Cada fabricante tenía la suya propia. Dijo que cuando él dejara de hacer güisqui —lo que probablemente ocurriría alguna vez— yo recibiría la marca. A él le llegó de su padre. En la tienda de Mr. Jenkins había gente que sólo compraba el güisqui de abuelo, con su marca.

De acuerdo con sus palabras, como él y yo éramos ahora más o menos socios, yo tenía ya la mitad de la marca. Ésa era la primera vez que yo poseía algo que pudiera llamar mío. Por eso estaba muy orgulloso de nuestra marca, y estaba dispuesto, igual que abuelo, a no vender nunca güisqui malo con ella. Lo que, efectivamente, nunca hice.

Me parece que una de las veces que pasé más miedo en mi vida fue un día fabricando güisqui. Era el final del invierno, justo antes de la primavera. Estábamos utilizando el alambique por última vez aquel día. Habíamos cerrado los botes de medio galón y los estábamos poniendo en sacos. Siempre poníamos hojas en los sacos para impedir que los botes se rompieran.

Abuelo llevaba siempre dos sacos con la mayor parte del güisqui, y yo un saco pequeño con tres botes de medio galón. Más tarde pude llevar cuatro botes de medio galón. Pero entonces no podía con más de tres. Era una carga muy grande para mí, y al llevarla por el camino me tenía que parar, dejarla en el suelo y descansar. Él también lo necesitaba.

Habíamos terminado de meterlo todo en los sacos cuando dijo:

—¡Maldita sea! Ahí está «Blue Boy».

Allí estaba, echado al lado del alambique con la lengua fuera. Lo que más nos

asustó era no saber cuánto tiempo llevaba allí. Había llegado en silencio y se había tumbado. Yo también dije «¡Maldita sea!». Como ya dije antes, abuelo y yo maldecíamos cuando abuela no estaba por allí.

Abuelo ya se había puesto a escuchar. Los sonidos no habían cambiado. Los pájaros no habían salido volando. Me dijo:

—Coge tu saco y baja por el camino. Si ves a alguien, sal del camino hasta que pasen. Yo me quedo a limpiar el alambique y a esconderlo, y bajaré por el otro lado de la montaña. Nos veremos en la cabaña.

Cogí mi saco y lo eché sobre mi hombro, con tanta fuerza que casi me caí de espaldas, pero salí andando tan rápidamente como pude hacia El Estrecho. Tenía miedo... pero sabía que era necesario. El alambique era lo primero.

Los hombres de la llanura no pueden comprender lo que significa para un hombre de la montaña que le confisquen su alambique. Es tan malo como el incendio de Chicago para los habitantes de esta ciudad. Abuelo había heredado el alambique de su padre, y ahora, a su edad, no era fácil que pudiera sustituirlo. El que se lo confiscasen no significaría sólo el final de nuestro negocio. Nos pondría en una posición en que sería muy difícil sobrevivir.

No había forma de vivir vendiendo el grano a veinticinco centavos, incluso si tuviéramos suficiente grano para vender, que no teníamos, ni incluso si tuviéramos quien lo comprara, que tampoco lo teníamos.

Él no tuvo que explicarme lo necesario que era salvar el alambique. Salí de allí enseguida. Era difícil correr con los tres botes en mi saco.

Mandó a «Blue Boy» conmigo. Yo lo observaba, andando justo delante de mí, pues podía oler cualquier cosa en el viento, antes de que nadie fuera capaz de oír algo.

Las montañas se elevaban mucho a ambos lados de El Estrecho, y sólo había un pequeño espacio para andar al lado de la corriente. «Blue Boy» y yo habíamos llegado casi a la mitad de El Estrecho cuando oímos un gran jaleo en el camino del valle.

Abuela había soltado todos los perros, que subían ahora por el camino ladrando y aullando. Algo andaba mal. Me paré y «Blue Boy» hizo lo mismo. Los perros venían en dirección a nosotros. «Blue Boy» levantó las orejas y el rabo y olió el aire; los pelos se le erizaron en el lomo y comenzó a andar delante de mí, con las patas estiradas. En ese momento agradecí a abuelo el haberme mandado con «Blue Boy».

Aparecieron. Llegaron de repente por la curva del camino, pararon y me miraron.

Me parecieron un ejército, aunque, recordándolo después, creo que no había más que cuatro. Eran los tipos más grandes que había visto nunca y llevaban insignias brillantes en sus camisas. Se pararon y me miraron, como si nunca hubiesen visto nada parecido. Yo también me paré y los miré. Se me quedó la boca seca y mis

rodillas empezaron a temblar.

—¡Hola! —gritó uno de ellos—. ¡Cielos... si es un niño!

—¡Un maldito niño indio! —exclamó otro, lo que no resultaba nada difícil adivinar, pues llevaba mocasines, pantalones y camisa de piel de ciervo y tenía el pelo largo y negro.

—¿Qué llevas en el saco, chico? —preguntó uno de ellos.

Y otro gritó:

—¡Cuidado con el perro!

«Blue Boy» andaba muy despacio hacia ellos. Gruñía y enseñaba los dientes. «Blue Boy» iba en serio.

Comenzaron a andar con cuidado por el camino, hacia mí. Comprendí que no podía pasar entre ellos. Si saltaba al arroyo me cogerían, y si corría por el camino hacia atrás los llevaría al alambique. Nos dejarían sin negocio, y era mi responsabilidad, lo mismo que la de abuelo, salvar el alambique. Decidí irme por la ladera de la montaña.

Hay una forma de correr montaña arriba, si es que alguna vez tienes que correr montaña arriba..., aunque espero que no tengas que hacerlo. Abuelo me había enseñado cómo lo hacían los cheroquis. No hay que correr directamente hacia arriba, hay que hacerlo hacia el lado, con alguna inclinación hacia arriba. Pero casi no se corre sobre el suelo, pues hay que ir poniendo los pies en la parte de arriba de las piedras, de los troncos y de las raíces. Esto da un buen apoyo al pie y no se resbala nunca. Eso fue lo que hice.

En lugar de tomar una inclinación hacia arriba, en dirección contraria a los hombres, lo que me hubiera llevado otra vez a El Estrecho, me dirigí hacia donde estaban, subiendo por la montaña.

Esto me hizo pasar justo por encima de sus cabezas. Salieron hacia mí, corriendo entre la maleza, y uno de ellos casi me cogió del pie cuando pasé. Consiguió agarrar la mata en que me había apoyado, y estuvo tan cerca que creí que estaba a punto de matarme en ese mismo momento. Pero «Blue Boy» le mordió en la pierna. Gritó y se cayó hacia atrás, hacia donde estaban los demás hombres. Yo continué corriendo.

Oí a «Blue Boy», que estaba gruñendo y peleando. Debieron golpearle o darle una patada, pues le oí aullar, pero pronto estaba peleando otra vez. Yo corría todo lo deprisa que podía, que no era mucho, pues los botes me frenaban.

Oí a los hombres subir detrás de mí, pero entonces llegaron el resto de los perros. Pude oír al viejo «Rippitt» gruñir como un loco, y a la vieja «Maud». Sonaba muy terrorífico mezclado con los gritos y las maldiciones de los hombres. Más tarde me contó abuelo que lo oyó todo desde la otra montaña, y que parecía que hubiera estallado una guerra.

Continué corriendo todo lo que podía. Al cabo de un rato tuve que parar. Me

sentía como si me fuera a morir, pero no paré mucho rato. Continué corriendo hasta llegar a la misma cima de la montaña. En la última parte de la escalada estaba tan cansado que tuve que arrastrar mi saco.

Todavía oía a los perros y a los hombres. Volvían hacia atrás por El Estrecho, y luego continuaban en dirección al valle. Era un griterío continuo, como una bola de sonido que rodaba camino abajo, hasta que ya no pude oírla más.

A pesar de que estaba tan cansado que no podía ni tenerme de pie, me sentí muy bien, pues no se habían acercado al alambique y sabía que abuelo estaría contento. Mis piernas estaban muy flojas; me tumbé y me quedé dormido.

Cuando me desperté era de noche. Había salido la luna sobre la montaña de enfrente. Era casi luna llena e iluminaba todo. Oí a los perros. Sabía que abuelo los había mandado a buscarme, pues no ladraban como lo habían hecho en la persecución del zorro. Sus voces eran algo suplicantes, como si quisieran que yo les contestara.

Habían encontrado mi pista, pues subían por la montaña. Silbé y oí cómo ladraban. Al cabo de un minuto me rodeaban por todas partes, chupándome la cara y saltando sobre mí. Incluso había venido el viejo «Ringer», que estaba casi ciego.

Bajé de la montaña con los perros. La vieja «Maud» no pudo esperar y salió corriendo y ladrando para decirles a mis abuelos que me habían encontrado. Supongo que intentaba apuntarse todos los méritos, a pesar de no tener ya ningún olfato.

Cuando bajaba vi a abuela en el camino. Había encendido una lámpara y la sujetaba delante de ella, como si estuviese guiándome a casa. Abuelo estaba con ella.

No subieron por el camino, pero esperaron allí, mirando cómo bajaba con los perros. Me sentí bien. Todavía tenía mis botes y no había roto ninguno.

Abuela apagó la luz y se arrodilló para recibirme. Me cogió tan fuerte que casi tiré los botes. Abuelo dijo que él los llevaría el resto del camino.

Afirmó que él mismo no lo hubiera hecho mejor, con sus setenta años. Aseguró que fácilmente me iba a convertir en el mejor fabricante de güisqui de las montañas.

Añadió que llegaría a ser mejor que él. Yo no lo creí, pero me sentí orgulloso de que lo dijera.

Abuela no dijo nada. Me llevó en brazos el resto del camino. Pero creo que todavía habría podido aguantar andando un poco más.

10 *Negocio con un cristiano*

A LA mañana siguiente, todos los perros continuaban saltando y se paseaban con las patas estiradas llenos de orgullo. Sabían que habían hecho algo útil. Yo también me sentía orgulloso..., pero no lo estaba demasiado, pues sabía que aquello era parte del negocio de la fabricación del güisqui.

El viejo «Ringer» había desaparecido. Abuelo y yo silbamos y gritamos, pero no vino. Anduvimos alrededor de la cabaña, pero no estaba por allí. Decidimos salir a buscarlo con los otros perros. Subimos por el camino del valle y llegamos a El Estrecho, pero no encontramos ni rastro de él. Abuelo dijo que lo mejor que podíamos hacer era recorrer la montaña por el mismo camino que yo había seguido la noche anterior. Así lo hicimos. Primero mirando entre la maleza y luego subiendo por la ladera. «Blue Boy» y «Little Red» lo encontraron.

«Ringer» había chocado contra un árbol. Quizá era el último árbol contra el que había tropezado, pues abuelo dijo que parecía que había topado contra muchos, o que lo habían golpeado con un palo. Su cabeza estaba cubierta de sangre por todas partes y yacía sobre un costado. Tenía la lengua entre los dientes. Estaba vivo. Abuelo lo cogió en brazos y lo bajamos de la montaña.

Paramos en el riachuelo y le limpiamos la sangre de la cara, y le separamos la lengua de los dientes. Tenía pelos blancos en la cara, y cuando me fijé en ellos me di cuenta de que «Ringer» era muy viejo y no debía ir corriendo por las montañas buscándome. Nos sentamos con él al borde del riachuelo y al rato abrió los ojos. Estaban nublados y parecían viejos. Apenas podía ver.

Me incliné sobre la cabeza del viejo «Ringer» y le dije que agradecía mucho que me hubiese buscado por las montañas y que sentía lo que le había pasado. Al viejo «Ringer» no le importaba. Me lamió la cara, haciéndome saber que volvería a hacerlo.

Abuelo me dejó que le ayudara a llevar al viejo «Ringer» por el camino. Él llevaba la mayor parte, pero yo sostenía sus patas traseras. Cuando llegamos a la cabaña le puso en el suelo y dijo:

—El viejo «Ringer» ha muerto.

Y así era. Había muerto en el camino, pero abuelo aseguró que sabía que habíamos ido a buscarle y que iba de regreso a casa, y que se sintió bien. Yo también me sentí algo mejor con su explicación, aunque no mucho.

Abuelo añadió que el viejo «Ringer» había muerto como todos los buenos perros de la montaña quieren morir: en el bosque y haciendo algo útil para los suyos.

Cogió una pala. Llevamos al viejo «Ringer» por el camino del valle hasta el sembrado, que tan orgulloso se sentía de guardar. Abuela vino también, y todos los

perros nos siguieron llorando, con el rabo entre las patas. Yo me sentía de la misma forma.

Abuelo cavó la tumba del viejo «Ringer» al pie de un pequeño roble. Era un sitio muy bonito. Lleno de hojas rojas en el otoño y rodeado por árboles que se llenaban de capullos blancos en primavera.

Abuela puso un saco de algodón blanco en el fondo de la tumba y colocó al viejo «Ringer» encima, envolviéndolo con él. Abuelo puso una tabla grande encima, para que los mapaches no escarbaran. Tapamos la tumba. Los perros estaban allí, conscientes de que era el viejo «Ringer». La vieja «Maud» lloraba. Ella y el viejo «Ringer» habían sido compañeros de tarea en la vigilancia del sembrado.

Abuelo se quitó el sombrero y dijo:

—¡Adiós, viejo «Ringer»!

Yo también dije adiós al viejo «Ringer». Y allí lo dejamos, bajo el roble.

Me sentí muy mal y vacío. Abuelo me dijo que sabía cómo me encontraba, pues él se sentía igual. Pero añadió que todas las cosas que se aman y se pierden producen ese mismo sentimiento. Dijo que la única manera de evitarlo era no amando nunca nada, lo cual era peor, pues entonces se siente uno siempre vacío.

Suponiendo que el viejo «Ringer» no hubiese sido fiel, no estaríamos ahora orgullosos de él. Ése sería un sentimiento peor. Cuando me hiciera viejo, me acordaría del viejo «Ringer», y me gustaría recordarlo. Añadió una cosa curiosa: cuando se recuerda a los que se ha amado, sólo se recuerda lo bueno, nunca lo malo, lo que prueba que lo malo no cuenta.

PERO TENÍAMOS que continuar con nuestro negocio. Llevamos nuestra mercancía por el atajo hasta la tienda de Mr. Jenkins, en el cruce. Abuelo llamaba mercancía a nuestro güisqui.

A mí me gustaba el atajo. Bajamos por el camino del valle y antes de llegar al camino de las carretas giramos a la izquierda y nos metimos en el atajo. Iba por las cimas de las montañas, que parecían estar formadas por dedos gigantescos de manos abiertas que descansaban en la llanura.

Los valles que cruzamos eran poco profundos entre las cimas, y era fácil andar por ellos. El camino tenía varias millas de longitud y pasaba a través de bosques de pinos y cedros, nísperos y madreselvas.

En el otoño, cuando las primeras heladas hacían enrojecer el níspero, de cuando en cuando hacía un alto en el camino y me llenaba los bolsillos de hojas, y luego corría para alcanzar a abuelo. En la primavera hacía lo mismo cogiendo moras.

Una vez, abuelo se paró y me miró mientras cogía moras. Era una de esas veces en que estaba alterado por causa de las palabras y de cómo engañaban a la gente. Me dijo:

—*Pequeño Árbol*, ¿sabías que cuando las moras están verdes están rojas?

Me confundió totalmente, y se rió.

—La gente usa la palabra verde para decir que no están maduras..., pero cuando no están maduras tienen color rojo.

Lo cual es cierto. Abuelo añadió:

—Así es como el uso de las malditas palabras hace que la gente se líe. Cuando oigas a alguien usando sus palabras contra otra persona no hagas caso de lo que dice, pues no tiene ningún sentido. Haz caso a su tono y sabrás, si es algo malo lo que dice, que está mintiendo.

A abuelo no le gustaba usar muchas palabras.

También había nueces, castañas, avellanas y piñones por el camino. Por eso, cualquiera que fuese la época del año, al volver de la tienda del cruce me entretenía recolectando frutos.

Llevar la mercancía a la tienda era un trabajo bastante llevadero. A veces me quedaba más retrasado que abuelo, cuando llevaba mis tres botes en el saco. Cuando esto ocurría, sabía que él estaría sentado en cualquier recodo esperándome, y cuando llegaba hasta él descansábamos.

Cuando transportábamos así la mercancía, yendo de una parada a otra, no era demasiado trabajo. Cuando llegábamos a la última cima, nos sentábamos siempre entre los matorrales, mientras mirábamos si estaba el barril de pepinillos delante de la tienda. Si no había ningún barril de pepinillos delante de la puerta de la tienda significaba que todo andaba bien. Si había alguno colocado delante quería decir que la ley andaba por allí, y no podíamos entregar la mercancía. Todo el mundo en la montaña estaba pendiente del barril de pepinillos, pues los demás también tenían mercancías que entregar.

Nunca vi el barril colocado ante la puerta, pero nunca me olvidé de mirar y buscarlo. Había aprendido que el negocio de fabricar güisqui tenía muchas complicaciones.

Pero abuelo me explicó que todos los negocios tienen sus complicaciones.

Me dijo que si alguna vez había pensado en las complicaciones del dentista, teniendo que mirar todo el tiempo la boca de la gente, día tras día, nada más que bocas. Añadió que con un trabajo así, él se volvería loco, y que el negocio de fabricar güisqui, con todas sus complicaciones, era mucho mejor. No se equivocaba.

ME GUSTABA Mr. Jenkins. Era grande y gordo, y vestía un pantalón de peto. Tenía una barba blanca que le caía por encima del peto del pantalón, pero su cabeza estaba totalmente calva: brillaba como una bola de madera de pino.

Tenía toda clase de cosas en la tienda: grandes paquetes de camisas y pantalones de peto, y cajas llenas de zapatos. Había barriles llenos de galletas, y sobre el

mostrador tenía un gran pedazo de queso. También había sobre el mostrador un frasco de cristal lleno de caramelos y golosinas. Las había de todos los tipos, y parecía que había más de las que nunca podría vender. Nunca vi a nadie comerse ningún caramelo, pero me imagino que algunos vendería, pues de lo contrario no los tendría.

Cada vez que entregábamos nuestra mercancía, Mr. Jenkins me pedía que fuese al montón de leña y metiese algunos troncos en la estufa que tenía en la tienda. Yo siempre lo hacía. La primera vez me ofreció una barrita grande de caramelo, pero yo no podía cogerla simplemente por haberle llevado unos leños. Eso no era ningún trabajo. La volvió a poner en la caja y encontró otra barrita que estaba rota e iba a tirar. Abuelo me dijo que podía cogerla, pues Mr. Jenkins iba a tirarla y eso no beneficiaría a nadie. Así lo hice.

Cada mes encontraba una barrita rota, y supongo que debí comerme todos sus caramelos rotos. Me explicó que eso le ayudaba mucho.

Fue en esta tienda del cruce donde me gasté mis cincuenta centavos. Me había costado mucho tiempo reunirlos. Abuela ponía todos los meses, en un bote aparte, cinco o diez centavos para mí.

Era mi parte en el negocio. Me gustaba llevarlos en el bolsillo cuando íbamos a la tienda del cruce. Nunca los gastaba, y cada vez que volvíamos a casa los ponía en el bote de nuevo.

Me sentía bien llevándolos en el bolsillo a la tienda, y sabiendo que eran míos. Yo tenía puestos los ojos en una caja grande, roja y verde, que estaba con los caramelos. No sabía cuánto costaría, pero pensaba que quizá en las próximas Navidades se la compraría a abuela..., y nos comeríamos lo que hubiese dentro. Pero como ya dije, me gasté antes los cincuenta centavos.

Era más o menos la hora de cenar, un día justo después de haber entregado nuestra mercancía. El sol estaba encima de nosotros, y abuelo y yo estábamos descansando sentados en el porche de la tienda, con la espalda apoyada contra la pared. Había comprado un poco de azúcar para abuela y tres naranjas que tenía Mr. Jenkins. A ella le gustaban las naranjas y a mí también, cuando podíamos comprarlas. Viendo que había tres, sabía que una sería para mí.

Estaba chupando mi barrita de caramelo cuando empezaron a llegar grupos de dos y de tres hombres. Dijeron que iba a venir un político y que iba a pronunciar un discurso. Creí que abuelo no iba a quedarse, pues, como ya he dicho, los políticos no le importaban lo más mínimo. Pero llegó nuestro político antes de que hubiésemos terminado de descansar.

Venía en un coche grande, levantando una gran polvareda por la carretera, de manera que todo el mundo le vio mucho antes de que llegara. Llevaba delante un tipo que conducía el coche, y él salió por la puerta trasera. Había una señorita con él en el

asiento trasero. Mientras hablaba el político, ella tiraba pequeños pitillos, de los que se había fumado una parte. Abuelo me explicó que esos pitillos eran de los que ya venían liados, y eran los que fumaban los ricos, pues eran demasiado vagos para liárselos ellos mismos.

El político dio unas vueltas, estrechando las manos de todos, aunque no estrechó ni la mía ni la de abuelo. Éste comentó que esto era porque se notaba que éramos indios y, por tanto, no teníamos derecho a voto. Por eso no tenía ningún sentido darnos la mano.

Vestía una chaqueta negra y una camisa blanca con un lazo negro alrededor del cuello. Se reía mucho, y parecía que estaba muy contento. Bueno, hasta que se enfadó.

Se puso de pie sobre una caja y comenzó a hablar de cómo iban las cosas en Washington. Según dijo, iban de mal en peor. Dijo que aquello era como Sodoma y Gomorra. Se fue enfadando por momentos, y se desató el lazo del cuello.

Explicó que los católicos estaban detrás de todas las cosas. Dijo que prácticamente tenían el control de todo, y querían poner al Papa en la Casa Blanca. Añadió que los católicos eran las serpientes más peligrosas que habían existido nunca. Que tenían unos hombres llamados curas, que se juntaban con unas mujeres llamadas monjas, y que los hijos que resultaban de esa unión se los echaban a los perros. Dijo que era la cosa peor que nunca había visto u oído.

Comenzó a gritar muy alto, y pensé que las cosas estaban tan mal en Washington que le hacían gritar. Dijo que si no fuera por él, que luchaba contra ellos, llegarían a controlar todo, lo que, a decir verdad, sería desastroso.

Dijo que si eso ocurría, meterían a todas las mujeres en conventos..., y prácticamente liquidarían a todos los jóvenes. No había ninguna forma de frenarlos, a no ser que nosotros le mandásemos a él a Washington, y añadió que, aun así, sería una pelea dura, pues la gente se vendía a ellos por dinero en todas partes. Dijo también que él no cogería dinero. No tenía costumbre de hacerlo, pues estaba en contra de ello.

Siguió diciendo que, muchas veces, le daban ganas de abandonar y dejarlo todo, para vivir tranquilamente como nosotros.

Me sentí culpable de vivir tranquilamente, pero cuando terminó de hablar, se bajó de la caja y comenzó a reír y a estrechar manos de la gente. Parecía que confiaba en poder resolver los problemas de Washington.

Me sentí un poco mejor pensando que iba a llegar allí y acabar con los problemas.

Mientras estrechaba las manos y hablaba con la gente, un tipo se acercó al grupo llevando un pequeño ternero marrón atado con una cuerda.

Se quedó allí observando a la gente y dio la mano dos veces al político, cada vez que pasaba por delante de él. El ternerillo se quedó con las patas abiertas y la cabeza

baja detrás de él. Me acerqué. Lo acaricié, pero no levantó la cabeza. El tipo me miró bajo su sombrero ancho. Tenía unos ojos penetrantes, que casi se cerraban cuando sonreía. Sonrió.

—¿Te gusta mi ternero, chico?

—Sí, señor —dije, y me alejé del ternero, pues no quería que pensara que lo estaba molestando.

—Continúa —dijo de forma cariñosa—. Continúa acariciando el ternero. No le harás daño.

Seguí acariciando al ternero.

El tipo escupió tabaco sobre la espalda del ternero.

—Noto que le caes bien a mi ternero..., mejor que nadie que haya conocido nunca...; parece que quiere irse contigo.

Yo no veía que quisiera venirse conmigo, pero era su ternero y él debía conocerlo. El tipo se puso de cuclillas delante de mí.

—¿Tienes algo de dinero, chico?

—Sí, señor —dije—, tengo cincuenta centavos.

El tipo frunció el ceño y, por su gesto, pude comprender que no le parecía demasiado dinero, y sentí no tener más.

Al cabo de un rato sonrió y dijo:

—Bueno, este ternero vale más de cien veces lo que tú tienes —eso ya me lo imaginaba yo.

—Sí, señor —dije—. Yo no pensaba comprarlo de ninguna manera.

El tipo volvió a fruncir el ceño:

—Bueno —dijo—, soy un hombre cristiano. A pesar de lo que vale este ternero, siento en mi corazón que debe ser tuyo, pues está muy a gusto contigo.

Estuvo un rato pensando y noté que le causaba mucha tristeza tener que separarse del ternero.

—Señor, no voy a quedarme con él, de ninguna manera —dije.

Pero el tipo levantó una mano para pararme. Suspiró.

—Voy a dejarte el ternero, hijo, por cincuenta centavos, pues es mi obligación cristiana y no voy a aceptar una respuesta negativa. Dame, simplemente, tus cincuenta centavos y el ternero es tuyo.

Dicho de esta forma, no podía negarme. Saqué todas mis monedas y se las di. Me alargó la cuerda del ternero y se fue con tanta rapidez que no supe qué dirección tomó.

Me sentí orgulloso de mi becerro, a pesar de que más o menos me había aprovechado de aquel tipo, sacando ventaja de su condición de cristiano. Tiré de mi ternero hasta donde estaba abuelo y se lo enseñé. Abuelo no parecía estar tan orgulloso con el animal como lo estaba yo, pero me imaginé que sería porque era mío

y no suyo. Le dije que la mitad le pertenecía, porque éramos socios en el negocio del güisqui. Pero me gruñó, simplemente.

La gente comenzaba a congregarse alrededor del político y casi todos estaban de acuerdo en que lo mejor era mandarle a Washington para que luchase contra los católicos. Comenzó a repartir papeles. A pesar de que no me dio ninguno, cogí uno del suelo. Tenía su foto. Aparecía sonriendo, como si no hubiera ningún problema en Washington. Parecía muy joven en la foto.

Abuelo dijo que lo mejor que podíamos hacer era irnos a casa. Me metí la foto del político en el bolsillo y tiré de mi ternero mientras andaba detrás de abuelo. Era una tarea difícil. Mi ternero apenas podía andar y yo tiraba de la cuerda lo mejor que podía. Tenía miedo de que si tiraba demasiado de la cuerda, se cayese.

Comencé a preocuparme pensando en si alguna vez conseguiría llegar a la cabaña y si, quizá, el animal estuviese enfermo a pesar de que costaba cien veces lo que yo había pagado por él.

Cuando llegué a la primera cima, abuelo ya estaba abajo. Como no quería quedarme atrás grité:

—Abuelo..., ¿conoces a algún católico?

Abuelo se paró. Tiré con más fuerza del ternero y comencé a ganar terreno. Abuelo esperó hasta que estuve a su altura.

—Una vez vi a uno —me contestó abuelo— en el ayuntamiento.

Nos sentamos y descansamos.

—No parecía demasiado malo..., aunque pensé que había tomado parte en una pelea o algo por el estilo, porque tenía el cuello de la camisa al revés y, probablemente, estaba borracho, pues, si no, se hubiera dado cuenta de que lo llevaba mal. Pero de todas formas parecía un hombre pacífico.

Abuelo se sentó sobre una roca y comprendí que iba a meditar sobre el tema, de lo que me alegré. Mi ternero estaba plantado ante él con las patas delanteras abiertas y respiraba mal.

—De cualquier forma —dijo abuelo—, si coges un cuchillo y te dedicas durante todo el día a escarbar en la bazofia que ha dicho el político, te será muy difícil encontrar un solo grano de verdad. ¿Has notado que el hijo de perra no ha dicho una sola palabra sobre quitar el impuesto del güisqui... o del precio del grano... o cualquier cosa importante?

Era verdad.

Le contesté que había notado que el hijo de perra no había dicho una sola palabra sobre ese tema.

Me recordó que decir hijo de perra era feo y que de ninguna manera debía pronunciar esas palabras delante de abuela. Añadió que no le importaba lo más mínimo que los curas y las monjas se juntasen, que aquello era cosa suya.

También dijo luego, con respecto a lo de dar sus hijos a los perros, que nunca llegaría el día en que una cierva diera su cría a un perro, y menos una mujer. Por eso sabía que se trataba de una mentira.

Los católicos comenzaron a caerme mejor. Me dijo que no dudaba de que los católicos quisieran apoderarse de todo.

Pero añadió que si tienes un cerdo y no quieres que te lo roben, buscas, sencillamente, a diez o doce hombres que quieran robarlo y les pides que te lo guarden. De esa manera, el cerdo estaría tan seguro como en tu propia casa. Me explicó también que las cosas estaban tan mal en Washington que tenían que vigilarse unos a otros todo el tiempo.

Añadió que había tantos que querían mandar que aquello era una pelea continua. Lo peor de Washington, dijo, era que había demasiados políticos viviendo allí.

Me dijo también que aunque nosotros asistíamos a una iglesia baptista, no nos gustaría nada que éstos gobernarán el país, pues ellos estaban totalmente en contra de la bebida, exceptuando un poco para ellos. Añadió que secarían el país.

Vi claramente que había otros peligros además de los católicos. Si los baptistas tomaban el control, nos quitarían el negocio y probablemente nos moriríamos.

Le pregunté a abuelo si los peces gordos que hacían güisqui con aroma de barril no querían también gobernar. Como nosotros les hacíamos la competencia, probablemente nos quitarían el negocio. Me contestó que, sin duda alguna, en Washington trataban de sobornar a políticos prácticamente todos los días.

Sólo había una cosa cierta: los indios nunca gobernarían. Desde luego, no parecía que eso fuera a ocurrir.

Mientras hablaba, mi ternero se tumbó y se murió. Se echó sobre un costado, y así se quedó. Yo estaba delante de abuelo sujetando la cuerda y él hizo una señal y me dijo:

—Tu ternero está muerto —nunca consideró que le pertenecía la mitad.

Me arrodillé e intenté levantar su cabeza para ponerlo de pie, pero era imposible. Abuelo movió la cabeza:

—Está muerto, *Pequeño Árbol*. Cuando algo está muerto..., está muerto.

Así estaba. Me puse en cuclillas al lado de mi ternero y lo miré. Pocas veces recuerdo haberme sentido peor. Mis cincuenta centavos habían desaparecido, y con ellos la caja verde y roja de caramelos. Y ahora también mi ternero, valiendo cien veces lo que yo había pagado por él.

Abuelo sacó su cuchillo, abrió el ternero y le sacó el hígado. Aseguró, mirándolo con atención:

—Tiene manchas y está enfermo. No podemos comerlo.

Me pareció que ya no había nada que yo pudiera hacer por él. No lloré, pero estuve a punto. Abuelo se arrodilló y quitó la piel al ternero.

—Supongo que abuela te dará diez centavos por la piel. Probablemente podrá utilizarla —dijo—, y mandaremos a los perros...; ellos pueden comérselo.

Supuse que aquello era todo lo que podía hacerse con él. Seguí a abuelo por el camino —llevando la piel de mi ternero— hasta llegar a la cabaña.

Abuela no me preguntó nada, pero yo le dije que no podía volver a poner mis cincuenta centavos en el bote, pues me los había gastado en un ternero, que tampoco tenía ya. Abuela me dio diez centavos por la piel y los puse en el bote.

Me fue difícil comer aquella noche, a pesar de lo que me gustaban los guisantes y el pan de maíz.

Mientras comía, abuelo me miró y dijo:

—Sabes, *Pequeño Árbol*: la mejor forma de enseñarte es dejándote cometer errores. Si te hubiera impedido comprar el ternero, siempre habrías pensado que deberías haberlo tenido. Si te hubiese dicho que lo compraras, me habrías culpado después de su muerte. Tienes que aprender por ti mismo.

—Sí, señor —dije.

—Ahora —dijo abuelo—, ¿qué es lo que has aprendido?

—Bueno —dije—, supongo que he aprendido a no negociar con cristianos.

Abuela se rió. Yo no veía la gracia por ninguna parte. Abuelo me miró perplejo. Luego se rió tan fuerte que se atragantó con el pan de maíz. Me figuré que había aprendido algo divertido, pero no sabía lo que era.

Abuela dijo:

—Lo que quieres decir, *Pequeño Árbol*, es que tendrás más cuidado con el próximo tipo que te cuente lo bueno que él es.

—Sí, señora —dije—, supongo que sí.

No estaba seguro de nada..., tan sólo de que había perdido mis cincuenta centavos. Como estaba cansadísimo, me quedé dormido en la mesa y mi cara cayó sobre el plato de la cena. Abuela me limpió los guisantes de la cara.

Aquella noche soñé que los baptistas y los católicos venían hacia nosotros. Los baptistas nos confiscaban el alambique y los católicos se comían mi ternero.

Un gran cristiano estaba allí, sonriente. Tenía una caja de caramelos verde y roja. Me dijo que valía cincuenta veces más, pero que yo podía comprarla por sólo cincuenta centavos. Pero no tenía cincuenta centavos y, por tanto, no podía comprarla.

11 *En la tienda del cruce*

ABUELA cogió un lápiz y un papel y me enseñó cuánto había perdido en mi negocio con un cristiano. Resultó que no había perdido más que cuarenta centavos, porque había ganado diez con la venta de la piel. Puse los diez centavos en el bote, y nunca los volví a llevar en el bolsillo, pues estaban más seguros allí.

El mes siguiente conseguí otros diez centavos y abuela me lo aumentó con cinco más. Con esto ya tenía veinticinco. Estaba volviendo a recuperar el dinero perdido.

A pesar de que había perdido mi dinero en la tienda, siempre me gustaba ir allí a entregar la mercancía, aunque llevar el saco era mucho trabajo.

Aprendía cinco nuevas palabras del diccionario cada semana. Abuela me explicaba el significado, y luego yo tenía que hacer frases con las nuevas palabras. Yo usaba mucho estas frases camino de la tienda. Esto hacía que abuelo se parara, mientras intentaba averiguar lo que yo decía. Así podía alcanzarle y descansar con mis botes. A veces, abuelo desechaba palabras, y decía que no hacía falta que las usara nunca más. Esto me facilitaba bastante el trabajo.

Como cuando llegué a la palabra «disputa».

Abuelo estaba delante de mí. Yo había estado practicando una frase con esa palabra y le grité a abuelo:

—El perro ha tenido una disputa con el gato.

Abuelo se paró. Esperó hasta que llegué hasta donde él estaba y dejé la carga en el suelo.

—¿Qué has dicho? —me preguntó.

—He dicho que el perro ha tenido una disputa con el gato —contesté.

Abuelo me miró tan fijamente que comencé a sentirme mal.

—¿Qué tiene que ver una puta con perros y gatos? —dijo.

Le dije que yo no podía saberlo, pero que la palabra disputa significaba pelea o riña.

Abuelo dijo:

—Bueno, entonces ¿por qué no dices simplemente pelea, en lugar de utilizar disputa?

Le contesté que no sabía, pero que así estaba en el diccionario. Abuelo se alteró mucho. Dijo que el entremetido hijo de perra que había inventado el diccionario, debería ser fusilado.

Continuó diciendo que probablemente el mismo tipo había inventado más de media docena de palabras para decir la misma cosa. Por eso, los políticos podían salirse siempre con la suya, engañando a la gente, y diciendo siempre que ellos no han dicho esto o aquello, o que sí lo han dicho. Siguió diciendo que, si se pudiese

comprobar, el maldito diccionario estaba escrito por un político, o había algunos detrás de él.

Me dijo que podía olvidarme de esa palabra, y así lo hice.

Normalmente, durante el invierno solía haber muchos hombres por la tienda. También solía haberlos durante la época del reposo. La época del reposo solía ser en agosto. Al acabar ese mes, los granjeros han arado y escardado hierbajos de sus sembrados cuatro o cinco veces. El grano es ya lo suficientemente grande como para dejarlo reposar, es decir, ya no hay ni que arar ni que arrancar hierbas, y se espera la época de la siega.

Después de entregar la mercancía, de que pagaran a abuelo, de que yo fuese a buscar algunos troncos para Mr. Jenkins, y de que me diera un trozo de caramelo, nos sentábamos siempre bajo el porche de la tienda con la espalda contra la pared, matando el rato.

Abuelo tenía dieciocho dólares en el bolsillo... de los cuales yo recibiría, por lo menos, diez centavos al llegar a casa. Normalmente llevábamos azúcar o café para abuela...; a veces, un poco de harina de trigo, si las cosas iban bien. Acabábamos de terminar una semana muy dura para el negocio del güisqui.

Siempre me terminaba la barrita de caramelo mientras estábamos sentados. Era un rato muy bueno.

Escuchábamos a los hombres hablar de sus cosas. Algunos decían que había depresión, y que la gente se tiraba por las ventanas. Abuelo nunca dijo nada. Yo tampoco. Pero me explicó que Nueva York estaba lleno de gente, que no tenía el espacio suficiente para vivir, y era muy posible que la mitad de ellos se hubiesen vuelto locos por tener que vivir así. Eso explicaba que la gente saltara por las ventanas.

Normalmente, siempre había alguien cortando el pelo en la tienda. Ponían una silla alta bajo el cobertizo, y un tipo cortaba el pelo a la gente.

Otro hombre —todos le llamaban «viejo Barnett»— sacaba dientes. No hay mucha gente que sepa sacar dientes. Había que hacerlo cuando alguien tenía un diente mal y quería que se lo arrancaran.

A todos les gustaba observar al viejo Barnett mientras trabajaba. Ponía al paciente al que iba a sacar un diente en una silla. Luego calentaba un alambre hasta ponerlo al rojo. Colocaba el alambre sobre el diente y, entonces, sacaba un clavo que colocaba en el diente y con un martillo golpeaba de alguna forma misteriosa. El diente saltaba al suelo. Estaba muy orgulloso de su negocio, y hacía que todo el mundo se alejara un poco mientras trabajaba, para que nadie pudiera captar su truco.

Una vez, otro individuo, de la misma edad aproximadamente que el viejo Barnett —le llamaba Mr. Lett—, vino a que le sacaran un diente malo. El viejo Barnett sentó a Mr. Lett en la silla y calentó el alambre. Lo colocó sobre el diente de Mr. Lett, pero

éste colocó la lengua sobre el alambre. Bramó más fuerte que un toro, y dio una patada en el estómago al viejo Barnett tirándole de espaldas.

El viejo Barnett se enfadó mucho y golpeó a Mr. Lett con una silla en la cabeza. Comenzaron a pelear en el suelo, hasta que todos se metieron y los separaron. Estuvieron un buen rato maldiciéndose el uno al otro —o por lo menos maldecía el viejo Barnett—; no se podía entender lo que decía Mr. Lett, pero estaba muy enfadado.

Finalmente se calmaron, y un grupo de hombres sujetaron a Mr. Lett, sacaron su lengua y le curaron con trementina. Luego se fue. Era la primera vez que vi fallar al viejo Barnett en su intento de sacar un diente, y no se lo tomó a la ligera. Estaba orgulloso de su negocio y fue explicándoles a todos la causa de que no hubiera podido sacar el diente. Dijo que la culpa había sido de Mr. Lett. Creo que tenía razón.

En aquel momento tomé la decisión de no tener nunca un diente malo. Y si lo tenía, nunca se lo diría al viejo Barnett.

En la tienda fue donde vi a la niña pequeña. Venía con su padre cuando no había trabajo o en el invierno. Su padre era un hombre joven que llevaba unos pantalones de peto rotos, y la mayor parte de las veces iba descalzo. La niña pequeña también estaba siempre descalza, incluso cuando hacía frío.

Abuelo me explicó que eran aparceros. Me dijo que los aparceros no poseían ninguna tierra, ni generalmente ninguna otra cosa; a veces, ni siquiera una cama o una silla. Trabajaban la tierra de otra persona, recibían la mitad de lo que el dueño ganaba con su cosecha; aunque normalmente sólo les daban un tercio. Esto se llamaba trabajar a medias o a tercias.

Dijo que cuando les descontaban lo que habían comido durante el año, las semillas y los abonos —que pagaba el propietario de la tierra—, el uso de las mulas y todo lo demás, siempre resultaba que el aparcerero no había ganado nada; sólo la comida, que no solía ser mucha.

Me contó también que cuanto mayor era la familia de un aparcerero, más posibilidades tenían de que un propietario les dejase trabajar sus tierras, pues todos los de la familia podían arrimar el hombro. Una familia numerosa era más rentable. Me explicó que los aparceros intentaban tener familias muy numerosas, pues les era necesario. Las mujeres trabajaban en los campos, cogiendo algodón, cavando y haciendo trabajos parecidos, y dejaban a los niños a la sombra de los árboles o en algún sitio, para que se cuidaran ellos solos.

Los indios nunca harían un trabajo así. Antes se irían al bosque a ganarse la vida cazando conejos que hacer de aparceros. Pero dijo que de una u otra forma la gente se entrampaba y luego no podían salir adelante.

Todo era culpa de los malditos políticos, que se pasaban el tiempo aullando palabras, en lugar de trabajar. Añadió que algunos propietarios de tierras eran malos,

y que otros no lo eran, como en todas partes, pero que siempre ocurría que en el momento de aclarar cuentas, después de recoger la cosecha, había una gran desilusión.

Por eso, los aparceros cambiaban de lugar todos los años. Cada invierno buscaban un nuevo propietario. Se metían en una nueva choza, se sentaban alrededor de la mesa de la cocina por la noche y alimentaban nuevos sueños y esperanzas sobre lo bien que les iba a ir este año, en este lugar.

Seguían pensando eso durante la primavera y el verano, hasta que se recogía la cosecha. Luego renacía la amargura. Por eso cambiaban de lugar todos los años. La gente que no los entendía les llamaba holgazanes, que, como decía abuelo, era otra maldita palabra, igual que llamarles irresponsables por tener tantos hijos, y, sin embargo, tenían que tenerlos.

Fuimos hablando de este asunto durante la vuelta a la cabaña, y pensó tanto sobre ello que estuvimos casi una hora descansando.

También yo reflexioné sobre ello, y vi claramente que abuelo entendía perfectamente a los políticos. Le dije que había que echar a esos hijos de perra. Se calló y me volvió a recordar que «hijo de perra» era una nueva expresión fea, muy fuerte, y si nos la oía decir abuela, nos echaría a los dos de la cabaña. Me lo grabé bien en la cabeza. Era una expresión con mucha fuerza.

La niña pequeña llegó un día y se quedó de pie delante de mí, mientras yo estaba sentado, descansando bajo el porche de la tienda y comiéndome una barrita de caramelo. El padre de la niña estaba dentro de la tienda. La niña tenía el pelo enredado y algunos de sus dientes estaban podridos. Me alegré de que viejo Barnett no la viera. Llevaba un saco de arpillera por vestido, y se quedó mirándome, mientras cruzaba y descruzaba los dedos de los pies en la arena. Me sentí muy mal comiendo mi caramelo, y le dije que podía chuparlo un rato, si no lo mordía; de lo contrario, tendría que volvérmelo a dar. Cogió el caramelo y comenzó a chuparlo de forma normal.

Me explicó que podía recoger cien libras de algodón en un día. Tenía un hermano que era capaz de recoger doscientas, y su madre —cuando se encontraba bien—, trescientas. Sabía que su padre podía recoger quinientas libras si trabajaba también por la noche.

Añadió que ellos nunca ponían piedras en los sacos para hacer trampas en el peso, y toda la familia era conocida como muy honesta.

Me preguntó que cuánto algodón era capaz de recoger yo. Le contesté que nunca había recogido algodón. Ya se lo figuraba, pues todos sabían que los indios eran muy vagos y no trabajaban en nada. Le quité el caramelo. Entonces añadió que no era porque no quisiéramos, sino que éramos diferentes y que seguramente hacíamos otras cosas. Le dejé chupar mi caramelo.

Todavía estábamos en invierno, y me contó que toda su familia estaba preparada para escuchar la tórtola. Era bien sabido, dijo, que la dirección en que se oye la llamada de la tórtola es la que deben tomar al año próximo.

Todavía no la habían oído, pero estaban esperándola en cualquier momento, pues su patrón los había estafado totalmente, y su padre se había enfadado con él. Así que tenían que irse. Me contó que su padre había venido a la tienda para ver si podía hablar con alguien que estuviese interesado en tener en sus tierras una familia conocida por trabajar honestamente y no causar ningún problema. Probablemente, irían al sitio mejor que nunca habían encontrado, pues su padre había dicho que comenzaba a correrse la voz de que eran unos buenos trabajadores, y que, por tanto, al año próximo estarían en un buen sitio.

Añadió que, después de que hubiesen recogido la cosecha en el nuevo sitio al que iban a ir, le iban a comprar una muñeca. Su madre le había dicho que sería una muñeca comprada en una tienda, con pelo de verdad y ojos que se abrían y se cerraban. Y seguramente le comprarían muchas otras cosas, pues serían prácticamente ricos.

Yo le conté que no poseía ninguna tierra, excepto el trozo del valle donde teníamos el sembrado; éramos gente de la montaña y no sabíamos cómo se trabajaban las granjas de la llanura. También le dije que tenía diez centavos.

Quiso verlos, pero le dije que estaban en casa en un bote, que no los llevaba encima porque una vez me había engañado un cristiano y se había llevado mis cincuenta centavos y no quería perder mis otros diez.

Me aseguró que ella era cristiana. Una vez había recibido al Espíritu Santo en una especie de servicio religioso y por ello había sido salvada. Sus padres lo recibían casi siempre que iban, y cuando esto sucedía, hablaban en una lengua desconocida. Siguió diciendo que ser cristiano le hacía a uno feliz, y los servicios religiosos eran el momento mejor porque estabas con el Espíritu Santo. Me dijo que yo iría al infierno porque no había sido salvado.

Vi claramente que era cristiana, pues, mientras, se había comido prácticamente todo mi caramelo. Recuperé lo que quedaba.

Le hablé a abuela de la niña. Le hizo un par de mocasines. La parte de arriba la hizo con un trozo de la piel de mi ternero, dejando los pelos hacia afuera. Eran muy bonitos. Puso dos bolitas rojas encima de cada mocasín.

Al mes siguiente, cuando fuimos a la tienda, le di los mocasines y se los puso. Le dije que abuela los había hecho para ella, y que se los regalaba.

Corrió de un lado para otro por delante de la tienda, mirándose los pies; se notaba que estaba orgullosa de ellos porque paraba a cada paso y limpiaba con los dedos el polvo de las bolitas rojas. Le añadí orgulloso que la piel que tenía pelo era de mi ternero y que se la había vendido a abuela.

Cuando su padre salió de la tienda, le siguió camino abajo, saltando con sus mocasines. Abuelo y yo los observamos. Cuando se habían alejado un poco, el hombre se paró y miró a la niña. Habló con ella y ella me señaló a mí.

El hombre se fue hacia la cuneta y cortó una rama de un arbusto. Sujetó a la niña con una mano y le pegó con la rama en las piernas con mucha fuerza, en la parte de atrás. Lloró, pero no se movió. La pegó hasta que la rama se quedó sin hojas... y todo el que estaba bajo el porche de la tienda los miró..., pero nadie dijo nada.

Luego hizo que la niña se sentase en la cuneta y le quitó los mocasines. Vino andando hacia la tienda llevando los mocasines en la mano. Abuelo y yo nos pusimos de pie. No prestó ninguna atención a abuelo, pero vino hasta mí y me miró. Su cara estaba desencajada y le brillaban los ojos. Me dio los mocasines —yo los cogí— y me dijo:

—Nosotros no aceptamos caridad... y menos de salvajes bárbaros.

Yo estaba asustado. Se dio la vuelta y se fue por el camino, con sus pantalones rotos. Llegó hasta la niña y ésta le siguió. No lloraba. Andaba muy estirada, con la cabeza alta, muy orgullosa, y no se volvió a mirar a nadie. Se veían las grandes marcas rojas de sus piernas. Abuelo y yo nos fuimos.

Por el camino me dijo que no podía soportar a tipos como el aparcerero. Lo único que tenía era orgullo... y no sabía utilizarlo. Me explicó que el tipo pensaba que no podía dejar que a su hijita ni a ninguno de sus hijos les gustasen las cosas bonitas, porque nunca podrían tenerlas. Por eso los azotaba cuando veía que les apetecían cosas que no podían tener... y los azotaba hasta que aprendían. De esta manera, al cabo de algún tiempo, sabían que no debían esperar nada.

Podían esperar la felicidad del Espíritu Santo; tenían su orgullo y esperanza en el próximo año.

Abuelo no me culpaba por no haber entendido lo que pasaba. Me dijo que él tenía ventaja, pues hacía algunos años, cuando iba por un camino cerca de la choza de un aparcerero, vio a un individuo ir hasta donde estaban dos de sus hijas pequeñas, sentadas bajo un árbol y mirando el catálogo de unos almacenes.

El tipo cogió una vara y las azotó hasta que les salió sangre. El bruto aquel tomó el catálogo y se fue detrás del establo. Lo quemó, rompiéndolo primero como si fuera su enemigo. Después se sentó tras el establo, donde nadie podía verle, y lloró. Abuelo me explicó que él había visto aquello y por eso sabía lo que pasaba.

Había que comprenderlos, añadió. Pero la mayoría de la gente no quería —era demasiado trabajo—; por eso utilizaban palabras para ocultar su vagancia y llamaban a los otros holgazanes.

Llevé los mocasines a casa. Los puse bajo mi saco, donde guardaba mis pantalones de peto y mi camisa. No los miré; me recordaban a la niña pequeña.

Nunca volvió a la tienda del cruce, ni tampoco su padre. Supongo que cambiaron

de lugar.

Me imagino que oyeron a la tórtola cantar desde muy lejos.

12 *Una aventura peligrosa*

LAS violetas indias son las primeras flores que aparecen en la montaña al llegar la primavera. Justo cuando uno comienza a pensar que ya no habrá primavera, allí están. De un azul frío, como el viento de marzo, aparecen en el suelo, tan pequeñas que pasan inadvertidas a no ser que se las mire de cerca.

Las recogíamos en la ladera. Yo ayudaba a abuela, hasta que los dedos se nos quedaban entumecidos por el viento helado. Ella las utilizaba para hacer una infusión tónica. Me decía que yo las recogía muy deprisa, y así era.

En el sendero alto, donde el hielo todavía crujía bajo nuestros mocasines, cogíamos agujas de abeto. Abuela las ponía en agua caliente y luego bebíamos la infusión. Es más sano que ninguna fruta y hace que uno se sienta bien. También hacía infusiones con las raíces y las semillas de las coles de las montañas.

En cuanto aprendí, me convertí en el mejor recolector de bellotas. Al principio, llevaba cada bellota que encontraba hasta donde estaba abuela con su saco, pero ella me explicó que podía esperar a tener la mano llena antes de correr hacia el saco. Era un trabajo fácil para mí, pues estaba cerca del suelo y pronto pude coger más bellotas que ella.

Las molía hasta convertirlas en una harina de color amarillo dorado, que luego mezclaba con nueces y avellanas, y freía haciendo unos panecillos pequeños. Jamás he probado nada que sepa tan bien.

Tenía a veces un percance en la cocina y se le caía azúcar en la mezcla. Decía:
—Perdóname, *Pequeño Árbol*. Se me ha caído azúcar en la masa.

Yo nunca decía nada, pero cuando ella hacía eso, siempre me daba un panecillo de más.

Abuelo y yo éramos buenos comilones de estos panecillos.

A veces, a finales de marzo, después de la aparición de las violetas indias, mientras recogíamos cosas en la montaña, el viento frío y crudo cambiaba durante un solo segundo. Acariciaba la cara con tanta suavidad como si se tratara de una pluma. Tenía el olor de la tierra. Se notaba que la primavera estaba en camino.

Al día siguiente o al otro empezábamos a salir para notarlo y aquella caricia volvía. Duraba un poquito más, era más dulce y olía más fuerte.

El hielo se rompía y se derretía en los senderos altos, hinchando el suelo y formando pequeños canalillos de agua que bajaban hasta el riachuelo.

En la parte inferior del valle empezaban a brotar los dientes de león por todas partes, y los cogíamos para utilizarlos como si fueran una verdura. Están muy buenos cuando se mezclan con otras verduras y con ortigas.

Las ortigas son la mejor verdura, pero tienen un inconveniente: que irritan la piel

cuando se tocan las hojas al recogerlas. A veces, a abuelo y a mí se nos pasaba alguna mata de ortigas inadvertida, pero abuela la encontraba y entre todos la cogíamos. Él decía que no conocía nada en esta vida que produciendo placer no tuviese algún inconveniente. ¡Cuánta razón tenía!

La senega tiene una gran flor violeta y un tallo largo que puede pelarse y comerse crudo o cocerse como los espárragos.

La mostaza aparece en la montaña en pequeñas extensiones como si fueran mantas amarillas. Brota en forma de pequeñas cabezas de canario, con hojas color pimienta. Abuela la mezclaba con otras verduras y a veces molía las semillas hasta hacer una pasta, que usábamos como mostaza de mesa.

Cualquier planta que crece salvaje tiene un sabor cien veces más fuerte que la misma cultivada. Sacábamos cebollas salvajes del suelo y con sólo un puñado se conseguía más sabor que con un cesto de las del huerto.

A medida que el aire se va caldeando y llega la lluvia, las flores de la montaña hacen que aparezcan colores por todas partes, como si alguien hubiera tirado cubos de colores por las laderas. Las flores de la belladona tienen corolas redondeadas color púrpura, tan brillante, que parecen de papel pintado. Las campanulas florecen en pequeñas campanillas azules, que cuelgan de tallos finos de enredadera, tapizando rocas y hendiduras. El cáñamo americano tiene grandes flores color lavanda rosado, con el centro amarillo, que crecen abrazando la tierra, mientras que las ipomoeas nocturnas están escondidas en las grietas profundas, con largos tallos inclinados como ramas de sauce con flecos rosas y rojos en las puntas.

Diferentes tipos de semillas crecen a distintas temperaturas en el cuerpo de *Mon-o-lah*. Cuando comienza a calentarse, sólo las flores más pequeñas salen a la superficie. Pero a medida que va adquiriendo más temperatura, crecen flores mayores y la savia comienza a correr dentro de los árboles, haciendo que se hinchen, como una mujer embarazada, hasta que se abren los capullos.

Cuando el aire se hace tan pesado que es difícil respirar, ya se sabe lo que va a venir. Los pájaros bajan de las cimas y se esconden en los valles y en los pinos. Negros nubarrones flotan sobre la montaña, y hay que correr a refugiarse en la cabaña.

Desde el porche observábamos las grandes barras de luz que se mantienen durante un segundo, quizá dos, sobre la cima de la montaña, enviando rayos como tentáculos en todas direcciones, antes de volver a perderse en el cielo con una gran sacudida. Se producía un sonido tan intenso, que parecía que algo se había partido en dos. Luego, los truenos y sus ecos retumbaban en las cimas y en los valles. Un par de veces creí firmemente que las montañas se estaban derrumbando, pero abuelo me aseguró que no iba a suceder ese cataclismo.

Anunciaba la tormenta haciendo rodar piedras desde las cumbres. Los árboles se

doblaban y se enderezaban con las repentinas sacudidas del viento, y la lluvia barría todo, cayendo a cubos de las nubes y dando a entender que había en el cielo una enorme cantidad de agua que pronto se precipitaría sobre la tierra.

La gente que se ríe y dice que de la naturaleza se conoce ya todo y que ésta no tiene alma, no ha estado nunca durante una tormenta primaveral en la montaña. Cuando está dando a luz la primavera lo hace a conciencia, sacudiendo las montañas como cuando una mujer en el parto se agarra a la colcha de la cama.

Si un árbol ha resistido los vientos invernales y ella cree que debe ser liquidado, lo arranca y lo lanza montaña abajo. Pasa sobre todas las ramas de todos los arbustos y de todos los árboles, y después de sentir a través de sus dedos de viento lo fuerte y lo débil, arranca y limpia esto último.

Si la naturaleza piensa que es necesario quitar un árbol, pero éste no se cae con el viento, hace simplemente ¡*guam!*, y todo lo que queda es una antorcha ardiendo por la sacudida del rayo. La naturaleza está viva y sufriendo. Eso es evidente.

Abuelo decía que la naturaleza estaba poniendo en orden —entre otras cosas— cualquier fallo que hubiera habido en el nacimiento de las criaturas del año pasado, de forma que su nuevo parto fuera este año limpio y fuerte.

Cuando la tormenta termina, la nueva vida, pequeña, ligera y tímida, comienza a salir de los matorrales y de las ramas de los árboles. La naturaleza trae la lluvia de abril. Susurra suave y solitaria, levantando bruma en los valles y en los caminos por donde se pasa bajo el lento gotear de las ramas de los árboles.

La lluvia de abril es una buena sensación, excitante, pero también triste. Abuelo me explicó que a él siempre le producía distintos sentimientos. Dijo que era excitante, porque algo nuevo estaba haciendo, y también era triste, porque se sabía que no iba a durar mucho. Pasaría demasiado deprisa.

El viento de abril es suave y cálido como la cuna de un niño. Sopla sobre el manzano silvestre hasta que sus capullos blancos se abren, manchados de rosa. El olor es más dulce que el de la madreselva, y atrae a las abejas que zumban por entre las flores. El laurel de la montaña, de flores rosadas con el cáliz morado, crece por todas partes, desde los valles hasta las cimas, mezclado con esas violetas que tienen pétalos alargados, amarillos y afilados, y un diente blanco que cuelga. A mí siempre me parecieron lenguas.

Luego, cuando abril llega a su punto máximo de calor, repentinamente ataca el frío y el tiempo se mantiene así durante cuatro o cinco días. Esto es necesario para hacer florecer las moras, y se llama el invierno de las moras. Las moras no pueden florecer sin él. Por eso hay años en los que no hay moras. Cuando termina, entonces es cuando brotan los cornejos como bolas de nieve, en las laderas, en lugares donde nunca hubieras pensado que crecían: en un pinar o en un robledal aparece de repente un gran estallido blanco.

Los granjeros blancos recogen los frutos de sus huertos al final del verano, pero el indio recolecta desde el principio de la primavera, cuando empieza a crecer la primera verdura, durante todo el verano y en el otoño, cogiendo nueces y bellotas. Abuelo me explicó que los bosques dan de comer si vives unido a ellos en lugar de destrozarlos.

De todas formas cuesta trabajo. Creo que probablemente yo era uno de los mejores cogiendo bayas, pues podía meterme en medio de una mata y no necesitaba agacharme para llegar hasta el suelo. Nunca me cansé mucho recogiendo bayas.

Había zarzamoras, moras, bayas de saúco, de las que decía abuelo que se hacía el mejor vino, arándanos y gayubas rojas, a las que yo nunca encontré ningún sabor, pero abuela las utilizaba para cocinar. Cuando volvía a casa, lo que más abundaba en mi cubo eran gayubas, pues no me gustaban, y de las demás comía regularmente mientras las cogía. Abuelo también lo hacía. Pero decía que esto no era gastar las bayas, pues tarde o temprano nos las comeríamos. Creo que tenía razón. Sin embargo, las bayas de fitolaca son venenosas, y si se comen se puede quedar uno más muerto que las piedras. Cualquier baya que no se coman los pájaros es preferible no probarla.

Durante el tiempo de la recolección de bayas, mi boca, lengua y dientes tenían continuamente un color azul intenso. Cuando abuelo y yo entregábamos nuestra mercancía, algunos hombres de la llanura que pululaban por la tienda del cruce decían que yo estaba enfermo. Siempre que íbamos, un hombre de las llanuras se preocupaba cuando me veía. Abuelo me explicaba que este hecho demostraba su ignorancia acerca de la recolección de bayas, y que no debía prestarles ninguna atención.

A los pájaros les encantaban las cerezas salvajes. Más o menos por el mes de julio, el sol las había madurado hasta su punto justo.

A veces, con el perezoso sol del verano, después de la cena, cuando abuela dormitaba un poco, nosotros nos sentábamos en la escalera de la puerta trasera. Abuelo solía decir:

—Vamos por el sendero, a ver qué es lo que vemos.

Íbamos camino arriba y nos sentábamos a la sombra de un cerezo, con la espalda apoyada contra el tronco. Observábamos a los pájaros.

Una vez vimos un zorzal dando volteretas sobre una rama, y andar tambaleándose como si fuese un funambulista, hasta que se cayó justo al llegar al final de la rama. Un petirrojo iba muy bien por una rama, pero se tambaleó encima de donde estábamos y aterrizó sobre la rodilla de abuelo. Pió, explicándole lo que pensaba de todo aquello. Luego decidió ponerse a cantar, pero su voz vaciló y dejó de intentarlo. Se fue a un arbusto, dejándonos muertos de risa. Abuelo me dijo luego que se había reído tanto que le dolía el estómago. A mí también me dolía.

Vimos un cardenal rojo comiéndose tantas cerezas que perdió el equilibrio y cayó

al suelo. Lo pusimos sobre el tronco de un árbol para que no lo matara ningún animal por la noche.

Temprano, a la mañana siguiente fuimos al árbol y allí estaba, todavía durmiendo. Abuelo lo despertó y levantó el vuelo, sintiéndose horriblemente mal. Voló alrededor de la cabeza de abuelo una o dos veces, y tuvo que sacudirle con el sombrero un par de veces para que se alejara. Voló hasta el arroyuelo, metió la cabeza dentro del agua y la sacó..., removi6 las plumas y miró alrededor como si fuese a pegar al primero que se encontrara delante.

Abuelo me dijo que el viejo cardenal nos culpaba a él y a mí del estado en que se encontraba, aunque debería darse cuenta de lo que hacía. Le había visto varias veces antes, era buen comedor de cerezas desde hacía tiempo.

Cada pájaro que viene a volar alrededor de la cabaña significa algo. Eso es lo que piensan los habitantes. Puedes creerlo o no. Yo lo creía. Abuelo, también.

Conocía todos los signos de los pájaros. Es de buena suerte tener un chochín viviendo en la cabaña. Abuela tenía un agujerito cuadrado en la esquina superior de la puerta de la cocina, y nuestro chochín salía y entraba por allí, construyendo su nido en la viga que estaba sobre la cocina. Anidó allí, y su pareja le traía comida.

A los chochines les gusta estar alrededor de gente que ama los pájaros. Se ponía cómodo en su nido y nos observaba en la cocina con sus ojillos negros que brillaban a la luz de la lámpara. Cuando yo acercaba una silla y me subía en ella para ver mejor, piaba enfadado, pero no abandonaba su nido.

Abuelo me dijo que al chochín le gustaba mucho asustarme. Así se probaba a sí mismo que probablemente era más importante en la familia que yo.

La lechuza ulula por la noche y no hace más que quejarse. Sólo hay una forma de hacerla callar: se pone una escoba en la puerta abierta de la cocina. Abuela hacía esto y nunca vi que fallara. La lechuza siempre paraba de quejarse.

El cuco canta al atardecer, y se llama así porque canta «cu-cú» una y otra vez, pero si se acerca a la cabaña, significa que nadie va a ponerse enfermo en todo el verano.

El arrendajo azul jugando cerca de la cabaña indica que se van a pasar muy buenos ratos y a divertirse mucho. El arrendajo azul es un payaso y salta en las puntas de las ramas, da volteretas y se burla de otros pájaros.

El cardenal rojo significa que se va a recibir dinero, y la tórtola no significa lo mismo para un hombre de la montaña que para un aparcerero. Cuando oyes una tórtola significa que alguien te quiere y ha mandado a la tórtola para contártelo.

La paloma lamentadora llama tarde por la noche, y nunca se acerca. Llama desde lejos, en la montaña, y su llamada es larga y solitaria. Suena como un lamento. Abuelo decía que, efectivamente, lo era. Decía que si alguien moría y no tenía a nadie en el mundo que le recordara y le llorase, la paloma lamentadora le recordaría y se

lamentaría. Si alguien moría en algún lugar lejano, incluso al otro lado del océano, y había sido un hombre de la montaña, sabía que sería recordado por el lamento de la paloma. Esto tranquilizaba a las personas. A mí también me tranquilizó saberlo.

Abuelo afirmaba que si alguien recordaba a una persona a la que amaba y se hubiese muerto, entonces la paloma no tendría que lamentarse por ella. Entonces se sabía que estaba lamentándose por otra persona, y los lamentos no sonaban tan solitarios. Cuando oí a la paloma, entrada la noche, mientras estaba acostado en mi cama, recordé a mamá. Entonces noté que ya no estaba tan solo.

Los pájaros, igual que todas las demás criaturas, saben si los quieres. Si es así, vienen a tu alrededor. Nuestras montañas y valles estaban llenos de pájaros: sinsontes y mirlos, cuervos de alas rojas y gallinas indias, miseñores, petirrojos y azulejos, colibríes y martines, tantos que no hay forma de hablar de todos ellos.

DURANTE LA PRIMAVERA y el verano dejábamos de poner trampas a los animales. Abuelo decía que no hay forma de que un tipo pueda pelear y buscar pareja al mismo tiempo. Los animales tampoco podían. Incluso si pudieran aparearse mientras los cazábamos, no podrían criar sus cachorros, y luego nos moriríamos de hambre. Durante la primavera y el verano nos dedicábamos a pescar.

Los indios nunca cazan o pescan por deporte; únicamente lo hacen para alimentarse. Abuelo me explicó que ir por ahí cazando por deporte era la cosa más tonta del mundo. Probablemente, todo había sido pensado por los políticos entre guerra y guerra, cuando no estaban matando gente, para así poder seguir matando. Todos los idiotas los habían seguido sin pensar en ello, pero se podría llegar a demostrar que habían sido los políticos los que habían comenzado. Me pareció verosímil.

Hacíamos con juncos cestos para pescar. Tejíamos los juncos y hacíamos cestas, quizá de tres pies de largo. En la boca de las cestas metíamos las puntas de los juncos hacia dentro y los afilábamos. De esta forma, los peces podían entrar en la cesta, y los más pequeños podían salir nadando hacia afuera, pero los grandes no podían pasar por entre las puntas afiladas. Abuela ponía cebo en las cestas.

A veces poníamos gusanos dentro de las cestas. Los gusanos los cogíamos metiendo una pala en el suelo y frotando una madera contra la parte superior de la pala. Los gusanos, entonces, salen a la superficie.

Transportábamos las cestas por El Estrecho hasta el arroyo. Allí las atábamos con una cuerda a un árbol y las hacíamos descender hasta el agua. Al día siguiente volvíamos para recoger nuestra pesca.

Podía haber grandes barbos y percas..., a veces un lucio, y una vez cogí una trucha en mi cesta. Todos estaban muy buenos guisados con mostaza. Me gustaba sacar las cestas.

Abuelo me enseñó a pescar con red. Así fue como, por segunda vez en mis cinco años, casi pierdo la vida. La primera vez fue, por supuesto, trabajando en el negocio del güisqui, cuando casi me atrapa la ley. Estaba totalmente seguro que, de haberme cogido, me hubiesen llevado al pueblo y me hubiesen colgado. Abuelo me explicó que probablemente no lo hubiesen hecho, porque nunca había conocido un caso igual. Pero hablaba así porque no los había visto. No le estaban persiguiendo a él. Esta vez, sin embargo, estuvo a punto de perder la vida él también.

Era al mediodía, cuando es el mejor momento para pescar con las manos. El sol da de pleno en el arroyo y los peces van hacia las piedras de las orillas para buscar la sombra.

Entonces es cuando hay que tumbarse en la orilla, meter las manos en el agua y buscar los agujeros de los peces. Cuando se encuentra uno, hay que meter las manos suavemente y despacio, hasta que se encuentra el pez. Si se tiene paciencia, se pueden mover las manos por los costados del pez y éste se quedará quieto mientras lo tocan.

Luego hay que sujetarlo por detrás de las agallas y por la cola, y sacarlo del agua. Se necesita algo de tiempo para aprender.

Ese día abuelo estaba tumbado en la orilla y había sacado ya un barbo. Yo no encontraba ningún agujero, así que avancé un poco por la orilla. Me tumbé y metí las manos en el agua buscando algún agujero. Oí un sonido a mi lado. Era un silbido que comenzó lentamente y se hizo cada vez más rápido hasta acabar en un chirrido.

Volví la cabeza en dirección al sonido. Era una serpiente de cascabel. Estaba preparada para atacar, con la cabeza en el aire y mirándome, a menos de seis pulgadas de mi cara. Estaba paralizado por el terror. No podía moverme. Era más gorda que mi pierna, veía cómo se movían sus costillas bajo la piel reseca. Estaba enfadada. Nos miramos el uno al otro. Sacaba la lengua —casi rozándome la cara— y sus ojos brillaban, rojos y perversos.

El final de su cola empezó a agitarse más y más deprisa, haciendo el chirrido cada vez más agudo. Su cabeza, en forma de una gran «V», comenzó a oscilar ligeramente hacia delante y hacia atrás, decidiendo qué parte de mi cara golpear. Sabía que estaba a punto de atacar, pero no podía moverme.

Apareció una sombra sobre la serpiente y sobre mí. No le había oído venir, pero sabía que era abuelo. Despacio y con calma, como si estuviera hablando del tiempo, abuelo dijo:

—No vuelvas la cabeza. No te muevas, *Pequeño Árbol*. No parpadees.

Yo no hice nada. La serpiente elevó más la cabeza, preparándose para golpear. Pensé que nunca acabaría de elevarse.

Entonces, de repente, la gran mano de abuelo se metió entre mi cara y la cabeza de la serpiente. La gran mano se quedó allí. La serpiente se elevó más. Comenzó a silbar y agitó la cola, produciendo un sonido chirriante. Si abuelo movía la mano..., o

se acobardaba, la serpiente me hubiera picado directamente en la cara. Yo también lo sabía.

Pero no vaciló. La mano se mantuvo firme como una roca. Podía ver las grandes venas de la parte de atrás de la mano de abuelo. Había gotas de sudor brillando sobre la piel cobriza. No se notaba ni un temblor ni un movimiento en la mano.

La serpiente atacó deprisa y con fuerza. Golpeó la mano de abuelo como una bala, pero la mano de abuelo no se movió. Vi los colmillos, afilados como agujas, enterrarse en la carne cuando las mandíbulas de la serpiente cogieron la mitad de su mano.

Abuelo movió su otra mano, cogió a la cascabel por detrás de la cabeza y apretó. La serpiente se levantó del suelo y se enrolló alrededor de su brazo. Azotó su cabeza con la cola y le golpeó la cara. Pero abuelo no soltaba. Apretó más y más con la mano, hasta que oí el crujido de la columna vertebral. Entonces la tiró al suelo.

Abuelo se sentó y sacó su largo cuchillo. Se hizo unos cortes en la mano, donde le había mordido la serpiente. La sangre le corría por la mano y por el brazo. Me arrastré hasta él, pues me sentía muy débil y no creía que pudiera andar. Me levanté, apoyándome en su hombro. Estaba chupando la sangre de los cortes de la mano y escupiéndola en el suelo. No sabía qué hacer y dije:

—Gracias, abuelo.

Abuelo me miró y sonrió. Tenía sangre en la boca y en la cara.

—Maldito infierno —dijo abuelo—. Le hemos enseñado a esa hija de perra, ¿no es así?

—Sí, señor —dije, sintiéndome mejor—. Le hemos enseñado a esa hija de perra.

No recordaba haber colaborado mucho en esa enseñanza.

Su mano comenzó a crecer y a crecer. Se estaba poniendo azul. Sacó su cuchillo y cortó la manga de la camisa de ciervo. El brazo era dos veces más grueso que el otro. Me asusté.

Se quitó el sombrero y se abanicó la cara.

—Hace más calor que en el infierno —dijo—, para ser esta época del año.

Tenía una cara muy rara. Ahora se le estaba poniendo azul el brazo.

—Voy a llamar a abuela —dije, y salí corriendo.

Me miró, y, luego, sus ojos miraron a la lejanía.

—Supongo que voy a descansar un poco —dijo totalmente calmado—. Iré dentro de un momento.

Bajé por El Estrecho. Me imagino que no tocaba el suelo más que con las puntas de los dedos de los pies. No podía ver bien, pues mis ojos estaban nublados por las lágrimas, a pesar de que no lloré. Cuando llegué al camino del valle, me ardía el pecho como si tuviera fuego. Comencé a caerme corriendo por el valle abajo, a veces dentro del riachuelo, pero continuaba rápidamente. Dejé el sendero y acorté por entre

los matorrales. Sabía que abuelo se estaba muriendo.

Parecía que la cabaña se había vuelto loca y daba vueltas, cuando llegué al claro e intenté decirle a abuela lo que pasaba..., pero no salía nada de mi boca. Por la puerta de la cocina caí en sus brazos.

Me sujetó y me roció la cara con agua fría. Me miró fijamente y dijo:

—¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde?

Intenté decir algo:

—Abuelo se está muriendo... —murmuré—, serpiente de cascabel..., arroyo.

Abuela me soltó en el suelo, lo que me dejó sin el poco aire que tenía.

Cogió una bolsa y desapareció. Todavía puedo verla, con su falda, con las trenzas volando detrás de ella y sus pequeños mocasines que apenas tocaban el suelo. ¡Cómo corría! No había dicho nada, ni «¡cielos!», ni nada. No vaciló ni miró alrededor. Yo estaba a cuatro patas a la puerta de la cocina y le grité:

—¡No le dejes morir!

No paró, siguió corriendo por el camino. Grité tan alto como pude y mi voz resonó por todo el valle:

—¡No le dejes morir, abuela! —supongo que no iba a dejarle morir de ninguna manera.

Solté los perros, que salieron corriendo detrás de abuela, ladrando todo el camino. Corrí tras ellos tan rápido como pude.

Cuando llegué allí, abuelo estaba tumbado en el suelo. Abuela le había levantado la cabeza y los perros formaban un círculo alrededor, gimiendo. Sus ojos estaban cerrados y su brazo casi negro.

Abuela había vuelto a hacerle cortes en la mano y chupaba, escupiendo sangre en el suelo. Cuando aparecí, señaló hacia un abedul:

—Quítale la corteza, *Pequeño Árbol*.

Cogí el cuchillo largo de abuelo y descortecé el árbol. Abuela hizo un fuego, utilizando la corteza para iniciarlo, pues ardía como papel. Sacó agua del arroyo, puso una lata sobre el fuego y comenzó a poner raíces y semillas dentro, y también algunas hojas que había sacado de la bolsa. Yo no conocía todo lo que abuela estaba utilizando, pero las hojas eran de lobelia. Abuela dijo que eran para ayudarle a respirar.

El pecho de abuelo se movía lenta y trabajosamente. Mientras la lata se calentaba, abuela se puso de pie y miró a su alrededor. Yo no había visto nada..., pero a cincuenta metros, contra la montaña, había una codorniz anidando en el suelo. Se desabrochó su larga falda y la dejó caer al suelo. No llevaba nada debajo. Sus piernas parecían las de una chica joven, con músculos alargados moviéndose bajo su piel cobriza.

Ató la parte de arriba de la falda y la de abajo. Luego, se fue hacia el nido de

codorniz como un murmullo de viento. En el momento exacto —ella lo sabía— la codorniz voló de su nido y ella tiró su falda sobre el ave.

Cogió la codorniz y, mientras todavía estaba viva, la abrió en canal desde la pechuga hasta la cola, y la colocó, dando aletazos todavía, sobre la mordedura de abuelo. Mantuvo la codorniz aleteando sobre la mano de abuelo un largo rato y, cuando la quitó, el interior de la codorniz estaba verde. Era el veneno de la serpiente.

La noche se acercaba y abuela seguía haciendo cosas. Los perros se sentaron en círculo, observando. Llegó la noche y yo tenía que vigilar el fuego. Me dijo que teníamos que mantener caliente a abuelo y que no podíamos moverle. Se volvió a quitar la falda y la puso sobre él. Yo me quité la camisa de piel de ciervo y también se la eché encima. Me estaba quitando los pantalones, pero dijo abuela que no era necesario, pues mis pantalones eran tan pequeños que apenas podrían cubrir uno de los pies de abuelo.

Mantuve el fuego. Me pidió que encendiera otro fuego al lado de la cabeza de abuelo y tuve que mantener los dos. Se tumbó al lado de abuelo, agarrándole, pues me dijo que el calor de su cuerpo ayudaría..., así que yo también me tumbé junto al otro costado, a pesar de que pensé que mi cuerpo no era demasiado grande para calentar a abuelo. Pero abuela me dijo que ayudaba. No podía morir.

Le expliqué cómo había sucedido, y que yo creía que la culpa era mía por no haber mirado bien. Abuela me explicó que no era culpa de nadie, ni siquiera de la serpiente de cascabel. No podíamos buscar la culpa a cosas que ocurrían sencillamente. Esto hizo que me sintiera algo mejor, aunque no mucho.

Abuelo comenzó a hablar. Era otra vez un niño, corriendo por las montañas, y contaba muchas historias. Abuela me explicó que esto era debido a que estaba recordando mientras dormía. Estuvo hablando toda la noche. Justo antes del amanecer se calmó y comenzó a respirar regularmente y con más facilidad. Le dije a abuela que estaba claro que no se iba a morir. Me respondió que no moriría. Entonces decidí dormirme acurrucado en su brazo.

Me desperté con la salida del sol..., justo cuando la primera luz tocaba la montaña. Abuelo se levantó de repente. Me miró y luego la miró a ella. Dijo:

—¡Dios Santo! Bonnie Bee, no me puedo tumbar sin que te agarres a mí desnuda.

Abuela le dio una bofetada cariñosa y se rió. Se levantó y se puso la falda. Yo sabía que abuelo estaba ya bien, pues no quiso irse a casa sin quitarle la piel a la serpiente. Abuela me haría un cinturón con la piel. Así lo hizo.

Nos dirigimos hacia El Estrecho y desde allí a la cabaña, con los perros corriendo por delante. Abuelo tenía las rodillas un poco débiles y se apoyaba en abuela, que le ayudaba a andar. Yo correteaba por detrás de ellos, sintiéndome mejor que nunca me había sentido desde que llegué a las montañas.

A pesar de que abuelo nunca habló de cuando puso su mano entre mi cara y la

serpiente, me imaginé que, después de abuela, probablemente, me quería a mí más que a nadie en el mundo, incluso más que a «Blue Boy».

13 *La granja del claro*

AQUELLA noche en el arroyo, mientras estaba tumbado al lado de abuelo, me sorprendí de ver que él había sido alguna vez un niño. Pero así era.

Durante la noche, su mente retrocedió hacia el pasado y volvía a ser un niño. Tenía nueve años en 1867 y corría por las montañas. Su madre, Ala Roja, era completamente cheroqui, y a él le educaron como a todos los jóvenes cheroquis, lo que significaba que podía andar todo lo que quisiera por las montañas.

La tierra estaba ocupada por los soldados de la Unión, y gobernada por políticos. Su padre había luchado en el lado de los perdedores. Tenía enemigos..., así que apenas se aventuraba fuera de las montañas. Abuelo hacía los recados necesarios en el pueblo, pues nadie prestaba atención a un muchacho indio.

En uno de sus paseos encontró el pequeño valle. Era profundo, situado entre altas montañas y cubierto de hierba y arbustos, entremezclado de parras. Hacía mucho tiempo que no se había plantado nada en el valle, pero pudo notar que alguna vez había estado cultivado, pues estaba limpio de árboles.

Al final del valle había una casa cerca de las montañas. Tenía un porche en ruinas y había ladrillos caídos al lado de la chimenea, debido a la acción del tiempo. No prestó ninguna atención a la casa. Luego comenzó a ver vida alrededor, y supo que alguien estaba viviendo allí. Bajó más de las montañas para mirar a través de los arbustos a la gente que estaba alrededor de la casa. No eran demasiados.

No había ninguna gallina en el lugar, como ocurre en la mayoría de las granjas de la gente blanca, o una vaca que ordeñar, o una mula para arar. No había más que algunas herramientas de labranza rotas a un lado de un viejo establo. La gente tenía el mismo aspecto que el lugar.

La mujer le pareció frágil y agotada. Tenía dos hijas, que todavía tenían peor aspecto, niñas pequeñas con caras de viejas. Estaban sucias, tenían el pelo enredado y sus piernas eran flacas como cañas.

Un hombre negro, viejo, vivía en el establo. Estaba calvo y sólo tenía una línea de pelo blanco alrededor de la cabeza. Se imaginó que estaba a punto de morir, pues arrastraba los pies, sin andar apenas, y tenía la espalda encorvada.

Estaba a punto de irse cuando vio a otra persona. Era un hombre que vestía lo que quedaba de un harapiento uniforme gris. Era alto y únicamente tenía una pierna. Salió de la casa, cojeando sobre una rama de nogal que había atado a lo que le quedaba de su otra pierna. Observó cómo el hombre de la pierna sola y la mujer iban hasta el establo. Se ataban sobre ellos mismos arneses de cuero. Abuelo no podía imaginarse lo que estaban haciendo hasta que los vio irse al valle de delante de la casa.

El hombre negro los seguía, llevando un arado. Enfrente de la casa comenzaron a

agacharse y a tirar del arnés. El viejo intentaba guiar el arado. Pensó que debían de estar locos, intentando arar como una mula. Pero continuaron tirando. No avanzaban mucho —apenas unos cuantos pasos—, pero tiraban. Paraban y volvían a empezar.

No lo hacían demasiado bien. Si el hombre negro inclinaba el arado en exceso, se hundía mucho en el suelo y no podían avanzar. Tenían que retroceder, mientras el viejo tiraba del arado, se caía y se volvía a levantar, intentando colocar bien el arado. Los surcos que hacían eran demasiado superficiales y pensó que nunca lograrían arar el campo.

Se fue aquella misma tarde, cuando todavía estaban dedicados a ello y seguían tirando y remolcando. Volvió a la mañana siguiente para ver. Estaban ya en el campo cuando llegó a su escondite. Todavía no habían arado suficiente suelo para que se destacara de los matorrales. Mientras observaba, el arado se enganchó en una raíz y el viejo se cayó al suelo. Estuvo así mucho tiempo, apoyado sobre las manos y las rodillas, antes de levantarse. Entonces fue cuando abuelo vio a los soldados de la Unión.

Se alejó hasta un escondite mejor y mantuvo los ojos en los soldados. No le dieron miedo, a pesar de que sólo tenía nueve años. Era indio, capaz de moverse entre la patrulla sin que éstos le vieran, y él lo sabía.

Había una docena de hombres en la patrulla, todos montados a caballo. Los guiaba un hombre grande con galones amarillos en el brazo. Se pararon todos al cobijo de los pinos, observando también cómo araban. Miraron un rato. Luego se perdieron de vista.

Abuelo fue a pescar en un arroyo y regresó al anochecer con sus peces. Ellos seguían con su trabajo, pero iban tan lentos y estaban tan cansados que prácticamente andaban a gatas. Los ojos de halcón de abuelo descubrieron una mancha amarilla entre los árboles. Era el guía de la patrulla de soldados del día anterior, mirando entre los pinos. Estaba solo y observaba. Abuelo se marchó a su casa.

Se pasó toda la noche imaginando cosas. Creía que aquel soldado de la Unión con sus galones amarillos pensaba hacer las mayores barbaridades y decidió avisar a la gente de la vieja casa que los estaban observando. A la mañana siguiente se encaminó hacia allí, pensando hacerlo.

Llegó a su escondite; pero era tímido con la gente. Esperó un rato mientras pensaba la manera de hacerlo. Ellos estaban en el campo, tirando otra vez de aquel viejo arado. Había decidido ya que se acercaría corriendo al campo, gritaría lo que quería decirles, y luego se marcharía corriendo otra vez. Pero era demasiado tarde. Volvió a ver al soldado de la Unión con los galones amarillos.

Estaba quieto, escondido entre los pinos, y tenía otro caballo a su lado, pero no había nadie montándolo. Cuando se acercó vio que no era un caballo, sino una mula. Era la peor mula que había visto jamás. Tenía las caderas marcadas, al igual que las

costillas. Sus orejas caían sobre la cara huesuda, pero era una mula. El soldado conducía la mula por delante de él. Justo cuando llegó al final del bosque, golpeó a la vieja mula con un látigo y ésta salió corriendo por el campo. El soldado se quedó en el bosque, sobre su caballo.

La mujer fue la primera en ver la mula. Tiró su arnés y miró hacia la mula que corría por el campo. Luego gritó:

—¡Dios todopoderoso! ¡Una mula, nos envía una mula!

Salió corriendo tras la mula, saltando por entre los matorrales. El viejo negro también salió corriendo, cayéndose de vez en cuando e intentando recobrar el tiempo perdido.

La mula corría directamente hacia donde estaba escondido abuelo. Cuando se acercó, saltó moviendo los brazos, y la mula volvió al campo, intentando llegar al otro lado del bosque. El soldado había dado una vuelta con su caballo, y asustó a la mula para que volviera al campo. Ni abuelo ni el soldado habían sido vistos, pues la mujer y el negro tenían los ojos fijos en la mula.

El hombre de la pierna sola intentaba correr, y la rama de nogal se le clavaba en el suelo y le hacía caerse. Las dos niñas también corrían, gritando y tratando de dirigir la mula, que no sabía adónde ir y pasó corriendo entre todos ellos. La mujer la agarró de la cola. La mula la tiró, pero ella siguió agarrada y el animal la arrastraba por entre los matorrales, rompiéndole el vestido. El negro saltó hacia la mula y se agarró a su cuello. Volaba como un muñeco de peluche, pero continuó agarrado, como si en ello se le fuera la vida. La mula se rindió y paró.

El hombre cojo y las niñas se acercaron. El hombre puso un cabezal de cuero en la cabeza de la mula, acariciándola y dándole golpecitos, como si fuera la mejor mula del mundo. Abuelo pensó que a la mula empezaba a gustarle todo aquello.

Después, todos se arrodillaron en el campo, haciendo un círculo alrededor de la mula, y estuvieron así un buen rato, inclinando la cabeza hacia el suelo.

Les vio uncir la mula al arado. Primero araba uno tras la mula, luego otro, incluso las niñas. Miró desde los matorrales, manteniendo un ojo en el soldado, que también los miraba desde el bosque.

El valle se convirtió en algo que abuelo continuó observando con regularidad. Tenía que ver cómo araban. En tres días terminaron una cuarta parte del campo.

En la mañana del cuarto día vio al soldado de la Unión tirar un saco al borde del campo. El hombre cojo también le vio. Levantó un poco la mano para saludar, como si no estuviera demasiado seguro de que debía hacerlo. El soldado hizo lo mismo y se perdió en el bosque. Era un saco de simiente.

A la mañana siguiente, cuando abuelo llegó al valle, el soldado había desmontado delante de la casa. Estaba hablando con el hombre de la pierna sola y con el viejo negro. Abuelo se acercó para oírlos.

Al poco tiempo, el soldado estaba arando con la mula. Tenía las riendas atadas y enganchadas alrededor de su cuello y abuelo pudo ver que conocía bien el oficio. De vez en cuando paraba la mula. Se agachaba y cogía un puñado de tierra fresca y la olía. A veces incluso la probaba. Luego, apretaba la tierra en la mano y continuaba arando.

Resultó que era sargento y antes había sido granjero de Illinois. Generalmente no podía ir a arar hasta casi el anochecer, cuando podía dejar su puesto en el ejército. Pero iba a arar casi todos los días.

Una tarde llevó con él a un asistente muy flaco. Parecía demasiado joven para estar en el ejército. Comenzó a ir por allí con el sargento todas las tardes. Llevaba pequeñas matitas. Eran manzanos.

Plantaba uno al borde del campo y trabajaba en él durante una hora, dejándolo preparado y regándolo. Aplastaba el suelo a su alrededor, lo podaba, hacía una valla de madera como protección para el árbol y luego se alejaba y lo miraba como si fuera el primer manzano que veía en su vida.

Las dos niñas le ayudaban y, al cabo de un mes, había rodeado todo el campo de manzanos. Resultó que era de Nueva York y allí se dedicaba a cultivar manzanos. Cuando plantó todos los manzanos, los demás habían sembrado grano en el campo arado.

Una vez, abuelo dejó por la noche una docena de barbos en el porche.

A la noche siguiente habían guisado los barbos y se los estaban comiendo en una mesa situada bajo un árbol.

A veces, mientras comían, el sargento o la mujer se levantaban y hacían señas en dirección a las montañas, invitando a abuelo. Sabían que un indio había dejado el pescado, pero nunca podían verle; tan sólo hacían señas a las montañas. Al no ser indios, no sabían cómo distinguir los colores del bosque. Abuelo nunca se acercó a ellos, aunque dejó más peces. Los colgaba de alguna rama de los árboles cercanos, pues le daba miedo entrar en el porche.

Me explicó que les dejaba peces, pues al no ser indios y, por tanto, ignorantes, probablemente se morirían de hambre antes de recoger la cosecha.

El flaco asistente y las niñas pequeñas sacaban agua del pozo al anochecer todos los días. Transportaban los cubos salpicando agua y regaban los manzanos. Mientras ellos hacían eso, los demás escardaban las malas hierbas del sembrado. Se dio cuenta de que al sargento de la Unión le gustaba tanto arrancar hierbajos como arar. El grano creció de un color verde oscuro, lo que significaba que era una buena cosecha. A los manzanos les salieron brotes verdes.

Llegó el verano y los días eran largos y el anochecer llegaba lentamente. El sargento y el asistente podían trabajar dos o tres horas antes de tener que regresar a sus puestos.

En el frescor del anochecer, justo cuando los cucos comenzaban a cantar, se ponían todos de pie delante de la casa y miraban el campo. El sargento fumaba su pipa y las dos niñas se ponían tan cerca del flaco asistente como podían. Sus manos siempre estaban manchadas de tierra, de trabajar alrededor de los manzanos, pues no se fiaba de hacer el trabajo en sus manzanos con una azada.

El sargento sujetaba la pipa en la mano:

—Es buena tierra —decía mirando intensamente el campo, como si fuera a comerse el suelo si pudiera.

—Sí —decía el hombre de la única pierna—. Es buena tierra.

—La mejor cosecha que he visto nunca —decía el viejo negro.

Decía aquello cada anochecer. Abuelo dijo que se acercó más, pero todo lo que hacían era estar allí y mirar los campos... y decir las mismas cosas todas las tardes, como si el campo fuera una maravilla natural a la que todos debían mirar. El asistente flaco decía siempre:

—Esperad un año, cuando los manzanos comiencen a florecer... Nunca habréis visto nada parecido.

Las niñas pequeñas se reían, lo que les hacía parecer más pequeñas.

El sargento señalaba con su pipa:

—El año que viene, deberíamos limpiar de matorrales aquel pequeño terreno contra las montañas. Serán, probablemente, tres o cuatro acres de sembradío.

Abuelo podía ver que el pequeño valle empezaba a estar bien y, prácticamente, ya no podía hacerse nada más en él. Casi habían hecho todo. Comenzó a perder interés en el asunto. Pero entonces llegaron los Reguladores.

Llegaron una tarde montados a caballo, cuando el sol estaba todavía alto. Eran una docena. Llevaban uniformes brillantes y rifles. Representaban a los políticos que habían hecho nuevas leyes y habían elevado los impuestos.

Cabalaron hasta la casa y clavaron un palo delante. En el palo pusieron una bandera roja. Abuelo sabía lo que significaba esa bandera. La había visto en los pueblos. Significaba que algún político quería aquella propiedad y entonces elevaban los impuestos de tal manera que no pudieran pagarse. Entonces ponían la bandera roja, lo que significaba que se quedaban con la propiedad.

El hombre de la pierna sola, la mujer, el viejo negro y las chicas dejaron de trabajar cuando vieron a los Reguladores y fueron hacia la casa con sus azadas. Se juntaron delante del edificio. Abuelo vio que el hombre tiraba la azada y se metía en la casa. Salió enseguida y traía un viejo mosquetón en las manos. Apuntó con él a los Reguladores. El sargento de la Unión llegó a caballo. El asistente flaco no venía con él. El sargento bajó de su caballo y se interpuso entre los Reguladores y el hombre. Entonces dispararon y el sargento retrocedió, mirando sorprendido y con dolor. Se le cayó el sombrero al suelo.

El hombre de la pierna sola disparó su mosquetón y dio a uno de los Reguladores; éstos comenzaron a disparar. Mataron al hombre, que cayó en el porche. La mujer y las niñas pequeñas corrieron hacia él gritando. Intentaron levantarlo, pero abuelo sabía que estaba muerto, pues su cuello estaba flácido.

Vio al negro corriendo hacia los Reguladores, mientras blandía su azada. Le dispararon dos o tres veces, y cayó tumbado sobre el mango de la azada. Luego se marcharon.

Abuelo se fue rápidamente por el camino. Estaba seguro de que los Reguladores iban a rodear la zona para comprobar que nadie los había visto. Le contó a su padre lo sucedido imaginándose que habría problemas, pero no los hubo.

Abuelo descubrió en el pueblo cómo justificaban los políticos su acción. Dijeron que aquello parecía una revolución y que necesitarían ser reelegidos para poder frenarla, y también necesitarían más dinero para lo que parecía una guerra. La gente se preocupó y les dijo a los políticos que continuaran con su plan.

Un hombre rico se quedó con el trozo de tierra. Abuelo nunca supo qué había ocurrido con la mujer y las niñas. El hombre rico contrató aparceros. Con el tiempo que hacía y la calidad de la tierra del valle, no se podían cosechar manzanas en cantidad suficiente para hacer mucho dinero; así que talaron los manzanos.

Corrió la voz de que el asistente de Nueva York había desertado del ejército. Se dijo que era un cobarde y que colaboraba con la revolución.

Abuelo dijo que metieron al sargento en una caja para mandarle con sus pertenencias a Illinois, y que cuando fueron a prepararle y a vestirle una de sus manos estaba cerrada. Intentaron abrirle el puño, pero no pudieron. Finalmente utilizaron unas herramientas para poder hacerlo. Consiguieron abrirle la mano, pero dentro no encontraron nada de valor. Tan sólo había un puñado de tierra oscura.

14 Una noche en la montaña

ABUELO y yo pensábamos a la manera de los indios. La gente que conocí después me decía que eso es ingenuo —pero yo ya lo sabía— y recordaba lo que él decía de las palabras. Si es ingenuo, no importa, pues también es bueno. Me dijo que siempre me serviría... Como así ha sido. Como la vez que los hombres de la gran ciudad hicieron un viaje a nuestras montañas.

La mitad de la sangre de abuelo era escocesa, pero pensaba a la manera india. Eso ocurría también con otros, como el gran *Águila Roja*, Bill Weatherford o *Emperador McGilvery* o *McIntosh*. Se entregaron a la naturaleza como los indios, sin tratar de dominarla o de modificarla, simplemente viviendo con ella. Amaban esa idea, y amándola empezaron a diferenciarse del hombre blanco.

Me contó que los indios solían llevar mercancía para intercambiar con los hombres blancos, y la ponían a sus pies. Si veían que al hombre blanco no le gustaba nada, cogían sus mercancías y se iban. El hombre blanco no acababa de entender esta costumbre. Llamaba a quien la practicaba un dador indio, queriendo decir que daba y luego lo volvía a quitar. No es así. Si el indio regala algo, no hace ninguna ceremonia; simplemente lo deja para que se lo encuentre aquél a quien se le quiere dar algo.

Me explicó que el indio levanta la palma de la mano en señal de paz, demostrando que no lleva armas. Eso le parecía lógico, pero para el resto de la gente era muy divertido. Creía que el hombre blanco hacía lo mismo cuando daba la mano. Así, además, se veía si el individuo que decía ser amigo llevaba un arma escondida en la manga. Abuelo no estrechaba la mano a menudo, porque decía que no le gustaba que alguien intentara ver si llevaba un arma escondida en la manga, después de haberse presentado él como un amigo. Era no confiar en absoluto en la palabra de un hombre.

Me explicó también que el origen de que la gente dijera «*How*^[2]» cuando veía a un indio, y luego se riera, provenía de dos siglos antes. Cada vez que un indio se tropezaba con un hombre blanco, el hombre blanco comenzaba a preguntarle: ¿cómo te sientes?, o ¿cómo está tu gente?, o ¿cómo te va?, o ¿cómo es la caza en el lugar donde vives?, y otras preguntas similares. De esta manera, el indio llegó a creer que la palabra favorita del hombre blanco era «cómo». Por eso, por educación, cuando se encontraba con un hombre blanco, lo primero que hacía era decir *how*, y luego dejaba al hijo de perra hablar de lo que quisiera. La gente que se reía de eso se reía de un indio que intentaba ser cortés y considerado.

Habíamos llevado nuestra mercancía a la tienda del cruce y Mr. Jenkins nos dijo que habían estado allí dos hombres de la gran ciudad. Dijo que eran de Chattanooga y conducían un gran automóvil negro. Querían hablar con abuelo.

Miró a Mr. Jenkins por debajo de su gran sombrero:

—¿Gente de los impuestos?

—No —dijo Mr. Jenkins—. No eran gente de la ley. Dijeron que se dedicaban al negocio del güisqui. Habían oído que tú eres un buen productor y querían ponerte al frente de un gran alambique. Decían que podías hacerte rico trabajando para ellos.

No dijo nada. Cogió algo de café y azúcar para abuela. Llevé los leños y cogí mi trozo de caramelo de las manos de Mr. Jenkins, que tenía curiosidad por saber lo que él iba a decidir sobre aquel asunto. Pero le conocía demasiado bien para preguntarle.

—Dijeron que volverían —aseguró Mr. Jenkins.

Abuelo compró un poco de queso... Me alegré mucho, pues me gustaba. Salimos de la tienda y no nos quedamos descansando en el porche, sino que nos dirigimos directamente al camino. Abuelo andaba deprisa. No me dio tiempo a coger bayas y tuve que comerme el caramelo mientras iba en un continuo trote tras él.

Cuando llegamos a la cabaña, habló de los hombres de la gran ciudad con abuela. Dijo:

—Tú quédate aquí, *Pequeño Árbol*. Yo voy al alambique a taparlo un poco más. Si vienen, házmelo saber —salió andando por el camino del valle.

Me senté en el porche, esperando a los hombres de la gran ciudad. Apenas se había perdido de vista, cuando vi a los hombres y se lo dije a abuela. Ésta se mantuvo apartada, en la perrera, y les vimos llegar por el camino y pasar el puente.

Llevaban buenas ropas, como los políticos. El hombre grande y gordo llevaba un traje gris y una corbata blanca. El hombre flaco vestía un traje blanco y una camisa negra que brillaba. Llevaban sombreros de gran ciudad, hechos con paja fina.

Anduvieron hasta el porche, aunque no subieron los escalones. El hombre grande sudaba mucho. Miró a abuela.

—Queremos ver al viejo —dijo.

Supuse que estaba enfermo, pues respiraba mal y era difícil verle los ojos. Estaban hundidos en su cara congestionada.

Abuela no dijo nada, ni yo tampoco. El hombre grande se volvió hacia el hombre flaco:

—La india vieja no entiende inglés, Slick.

Mr. Slick miraba alrededor por encima del hombro, a pesar de que yo no vi nada detrás de él. Tenía una voz aguda.

—Al diablo con la vieja —dijo—; no me gusta este sitio, Chunk, está demasiado adentrado en las montañas. Vámonos de aquí.

Mr. Slick tenía un pequeño bigote.

—¡Cállate! —dijo Mr. Chunk.

Mr. Chunk se echó atrás el sombrero. No tenía pelo. Me miró. Yo estaba sentado en una silla.

—El niño parece un cachorrillo —dijo—. A lo mejor entiende inglés. ¿Entiendes inglés, niño?

—Supongo que sí —contesté.

Mr. Chunk miró a Mr. Slick:

—¿Has oído eso...? Dice que supone que sí.

Les hizo gracia aquello y se rieron mucho. Vi que abuela fue hacia la parte de atrás y soltó a «Blue Boy». Salió por el valle, buscando a abuelo.

Mr. Chunk dijo:

—¿Dónde está tu padre, niño?

Le dije que no recordaba a mi padre, que vivía allí con mis abuelos. Mr. Chunk quería saber dónde estaba abuelo y yo señalé el camino. Se metió la mano en el bolsillo, sacó un dólar y me lo ofreció.

—Puedes ganar este dólar si nos llevas a donde está tu abuelo.

Tenía los dedos llenos de grandes anillos. Vi claramente que era rico, que podía permitirse gastar un dólar. Lo cogí y me lo metí en el bolsillo. Hice cuentas. Incluso compartiéndolo con abuelo, recuperaría los cincuenta centavos que me había quitado el cristiano.

Me sentí muy bien guiándolos por el camino. Pero según íbamos andando, comencé a pensar. No podía llevarlos al alambique. Los llevé por el sendero de arriba.

A medida que subíamos, me sentía a disgusto y no tenía la menor idea de lo que iba a hacer. Sin embargo, Mr. Chunk y Mr. Slick se encontraban muy animados. Se quitaron las chaquetas y anduvieron detrás de mí. Llevaban una pistola cada uno, sujeta al cinturón. Mr. Slick dijo:

—Conque no recuerdas a tu padre, ¿eh, chico?

Me paré y le dije que no tenía el menor recuerdo suyo. Mr. Slick dijo:

—Eso te convierte en un bastardo, ¿no, chico?

Yo dije que suponía que sí, aunque todavía no había llegado a esa palabra en el diccionario y, por tanto, no la conocía. Ambos se rieron hasta que comenzaron a toser. Yo también me reí. Parecían tipos graciosos.

Mr. Chunk dijo:

—Debe de haber muchos animales.

Le dije que teníamos montones de animales en la montaña..., gatos monteses y jabalíes, y abuelo y yo habíamos visto una vez un oso.

Mr. Slick quiso saber si habíamos visto alguno últimamente. Le contesté que no, pero habíamos visto huellas. Señalé un árbol, donde un oso había estado limpiándose las garras.

—Hay una huella aquí —dije.

Mr. Chunk saltó hacia un lado, como si le hubiese picado una serpiente. Chocó

con Mr. Slick y le tiró al suelo.

—Maldito seas, Chunk. ¡Casi me tiras por el precipicio! Si me hubieras empujado hasta allí abajo... —Mr. Slick señaló el valle. Él y Mr. Chunk se inclinaron y miraron hacia abajo. Apenas se podía ver el arroyo, muy lejos debajo de nosotros.

—¡Dios todopoderoso! —dijo Mr. Chunk—. ¿A qué altura estamos? Diablos, si alguien se escurre en este camino, se rompe el cuello.

Le dije a Mr. Chunk que no sabía a qué altura estábamos, pero que me imaginaba que era bastante. Nunca había pensado en ello.

Cuanto más arriba subíamos, más tosían. Cada vez se iban quedando más detrás de mí. Una vez di la vuelta para buscarlos y me los encontré tumbados bajo un roble blanco. El roble blanco estaba rodeado de hiedra venenosa por sus raíces. Estaban tumbados en medio de la hiedra.

La hiedra venenosa es muy bonita y muy verde, pero es mejor no tumbarse encima de ella. Hace que le salgan a uno ronchones por todo el cuerpo y causa molestias que duran meses y meses. No les dije nada sobre la hiedra venenosa. Ya estaban en ella y no se podía hacer nada. Era mejor no preocuparlos.

Mr. Slick levantó la cabeza:

—Escucha, pequeño bastardo, ¿cuánto tenemos que andar?

Mr. Chunk no levantó la cabeza. Se quedó allí sobre la hiedra venenosa con los ojos cerrados. Les dije que ya casi estábamos allí.

Había estado pensando. Sabía que abuela mandaría a abuelo por el camino en mi busca. Por eso, cuando llegásemos a la cima de la montaña les diría que nos sentásemos a esperar, que abuelo estaría allí al momento. Me imaginé que todo iría bien y podría quedarme con el dólar, pues más o menos los había llevado hasta abuelo.

Comencé a subir por el sendero. Mr. Slick ayudó a Mr. Chunk a levantarse de la hiedra venenosa y comenzaron a moverse detrás de mí. Dejaron sus chaquetas bajo el árbol. Mr. Chunk dijo que las recogerían a la vuelta.

Llegué a la cima mucho antes que ellos. El sendero alto era parte de muchos otros senderos, viejos caminos hechos por los cheroquis. Las sendas recorrían las montañas, se bifurcaban, bajaban por la montaña al otro lado, y se volvían a bifurcar cuatro o cinco veces en la bajada. Abuelo me había dicho que los senderos continuaban cerca de cien millas, adentrándose en las montañas.

Me senté bajo un arbusto, donde el camino se bifurcaba. Por un lado se llegaba a la cima de la montaña, y por el otro, se bajaba por la ladera opuesta. Pensé esperar allí a Mr. Chunk y a Mr. Slick y que todos juntos aguardáramos a abuelo.

Tardaron mucho tiempo. Cuando por fin llegaron a la cima, Mr. Chunk tenía el brazo sobre los hombros de Mr. Slick. Probablemente se había hecho daño en un pie, pues cojeaba mucho.

Mr. Chunk decía que Mr. Slick era un bastardo. Lo cual me sorprendió, pues Mr. Slick no había dicho nada de que él era un bastardo. Decía también que Mr. Slick era el que había ideado contratar a tipos de la montaña para que trabajasen para ellos. Mr. Slick afirmó que la idea de contratar a ese maldito indio era de Mr. Chunk, que era un hijo de perra.

Hablaban tan alto, que pasaron a mi lado sin verme. No tuve oportunidad de decirles que debíamos esperar, ya que abuelo me había enseñado a no interrumpir a la gente mientras habla. Bajaron por el sendero del otro lado de la montaña. Los estuve mirando hasta que desaparecieron entre los árboles, dirigiéndose hacia una grieta profunda que había entre las montañas. Pensé que era mejor esperar a abuelo.

No tuve que aguardar demasiado. «Blue Boy» fue el primero en aparecer. Le vi oliendo mi pista y llegó moviendo la cola. Al cabo de un minuto oí cantar a un cuco. Sonaba exactamente igual que el cuco..., pero como todavía no estaba anocheciendo supe que era abuelo. Yo también imité al cuco, casi con la misma perfección.

Vi cómo se movía su sombra bajo los árboles iluminados por la última luz del día. No iba por el camino y, si él no quería, nadie era capaz de oírle. Al cabo de un instante estaba allí. Me alegré de verle.

Le conté que Mr. Slick y Mr. Chunk habían bajado por el sendero y también todo lo que recordaba de la conversación que habíamos tenido mientras subíamos. Gruñó y no dijo nada, pero sus ojos se entornaron un poco.

Abuela nos había puesto comida en un saco y nos sentamos bajo un cedro y comimos. Había pan de maíz y barbo cocido, que está muy rico comido en la alta montaña. Terminamos con todo.

Le enseñé el dólar y le dije que si Mr. Chunk creía que había cumplido con mi trabajo, me lo podría guardar. Le dije también que en cuanto encontrásemos cambio, podría quedarse él con la mitad. Dijo que yo había cumplido con mi trabajo, pues allí estaba él para ver a Mr. Chunk. Y que podía quedarme con el dólar completo.

Le hablé a abuelo de la caja verde y roja de la tienda de Mr. Jenkins y le dije que pensaba que, probablemente, no costaría mucho más de un dólar. Él creía lo mismo. Oímos un grito a lo lejos. Venía de la grieta de la montaña. Nos habíamos olvidado completamente de nuestros visitantes.

Estaba anocheciendo, los cucos comenzaban a cantar en la ladera de la montaña. Abuelo se puso de pie y colocó sus manos alrededor de la boca.

—¡Guuuuuuuuuuuuuuuuuuuuu! —gritó montaña abajo. El sonido rebotó en la otra montaña tan fuerte como si abuelo estuviera allí. Luego rebotó en la grieta y se fue por los valles, haciéndose cada vez más débil. No había forma de saber de dónde venía el sonido. Apenas habían desaparecido los ecos cuando escuchamos tres disparos de pistola que procedían de la grieta. El sonido rebotó y se alejó.

—Pistolas —dijo abuelo—. Están contestando con disparos de pistola.

nunca se sorprendía.

Le expliqué que abuelo quería que preparara comida para él y para mí, en una bolsa de papel, y que preparase también algo para Mr. Chunk y para Mr. Slick y lo pusiera en un saco. Comenzó enseguida a preparar la comida.

Había preparado ya la nuestra, y estaba friendo pescado para Mr. Chunk y Mr. Slick, cuando me acordé de contarle lo que habían dicho. Mientras se lo estaba explicando, quitó de repente la sartén del fuego y cogió una cazuela, que llenó de agua. Metió dentro el pescado de Mr. Chunk y Mr. Slick. Me imaginé que había decidido cocer su pescado en vez de freírlo, pero nunca la había visto utilizar polvos de raíces para cocinar, y esta vez estaba echando bastantes en la cacerola. El pescado comenzó a hervir.

Le conté a abuela que parecían ser tipos muy divertidos. Le dije que al principio pensé que se reían de que yo fuese un bastardo, pero resultó que, probablemente, se reían de que Mr. Slick también lo fuera. Oí que se lo recordaba Mr. Chunk.

Abuela puso más polvo de raíces en la cazuela. Le hablé del dólar, de que abuelo había dicho que había cumplido con mi trabajo, y que me lo podía guardar. Metió el dólar en el bote, pero no le dije nada de la caja roja y verde. Que yo supiera, no había ningún cristiano por allí, pero tenía que tomar precauciones.

Abuela hirvió el pescado hasta que el vapor se hizo denso. Sus ojos estaban húmedos y se sonaba la nariz. Me explicó que suponía que era a causa del vapor. Puso el pescado para los tipos de la ciudad en un saco, y salí en dirección al sendero alto. Soltó todos los perros, que se vinieron conmigo.

Cuando llegué a la cima de la montaña no vi a abuelo. Silbé y me contestó desde media ladera del otro lado de la montaña. Bajé por el sendero. Era estrecho y sombreado por árboles. Abuelo me explicó que ya, prácticamente, había sacado con sus llamadas a Mr. Chunk y a Mr. Slick de la grieta. Dijo que le contestaban con bastante regularidad y que pronto podríamos verlos.

Cogió el saco de ellos y lo colgó de una rama sobre el sendero, en un lugar donde era imposible que no lo vieran. Nosotros subimos un poco por el camino y nos sentamos bajo unos arbustos para comer. El sol estaba prácticamente en su cénit.

Hizo que los perros se tumbaran, y nos comimos el pan de maíz con el pescado. Me contó que le había costado algún tiempo hacer que comprendiesen qué dirección debían tomar, según los gritos que daba, pero que al final estaban viniendo. Entonces los vimos.

De no haber sabido que eran ellos, nunca los hubiera reconocido. Tenían grandes cortes y raspaduras en los brazos y en la cara. Abuelo dijo que parecía que habían estado corriendo entre zarzas. Añadió que no comprendía cómo les habían salido esos ronchones rojos tan grandes en la cara. Yo no expliqué nada, para no meterme donde no me llamaban, pero me imaginé que era por haber estado tumbados sobre la hiedra

venenosa. Mr. Chunk había perdido un zapato. Subieron por el sendero lentamente, con las cabezas bajas.

Cuando vieron el saco colgado de la rama, lo cogieron y se sentaron. Se comieron todo el pescado y discutieron mucho sobre quién debía comer más. Les podíamos oír claramente.

Cuando terminaron de comer, se tumbaron a la sombra. Creí que abuelo bajaría a recogerlos, pero no fue así. Nos quedamos sencillamente sentados, observándolos. Al poco tiempo me explicó que era mejor dejarles descansar un rato. No descansaron mucho.

Mr. Chunk dio un salto. Estaba doblado y se agarraba el estómago. Corrió entre los matorrales que bordeaban el camino y se bajó los pantalones. Se puso en cuclillas y comenzó a gritar:

—¡Maldición, se me salen las entrañas!

Mr. Slick hizo lo mismo. También chilló. Gruñeron y gritaron y rodaron por el suelo. Al cabo de un rato, ambos salieron a gatas de entre los arbustos y se quedaron tumbados en el sendero. No estuvieron tumbados mucho tiempo. Enseguida volvieron a saltar y repitieron todo otra vez. Eran tan ruidosos, que los perros se excitaban y abuelo tuvo que calmarlos.

Le dije a abuelo que me parecía que estaban tumbados sobre hiedra venenosa. Me contestó que él también lo creía así.

También le dije que se estaban azotando el uno al otro con ramas de hiedra venenosa.

Una vez, Mr. Slick corrió hacia los matorrales, pero no pudo bajarse los pantalones a tiempo. Después de eso tuvo algunos problemas con las moscas que zumbaban a su alrededor. Esto duró casi una hora. Después se quedaron tumbados en el camino, descansando. Abuelo aseguró que probablemente habían comido algo que no les había sentado bien.

Salió al sendero y les silbó. Se levantaron los dos, apoyándose en las manos y en las rodillas, y miraron hacia arriba, hacia donde estábamos. Pienso que nos miraron, pero sus ojos estaban casi cerrados. Ambos gritaron.

—Espera un momento —chilló Mr. Chunk; Mr. Slick también gritó—: Espera, hombre. ¡Por lo que más quieras!

Se pusieron de pie y, tambaleándose, subieron por el sendero. Abuelo y yo anduvimos por el camino hasta la cima. Cuando miramos hacia atrás, los vimos cojeando detrás de nosotros.

Abuelo dijo que podíamos volver a la cabaña a nuestro paso, pues ahora sabían ya el camino de vuelta y pronto estarían allí. Así lo hicimos.

Era ya bastante tarde cuando llegamos a la cabaña. Nos sentamos en el porche de atrás con abuela y esperamos a que aparecieran Mr. Chunk y Mr. Slick. Dos horas

más tarde, cuando ya había oscurecido y estaba empezando a anochecer, aparecieron en el claro. Mr. Chunk había perdido el otro zapato y parecía andar de puntillas.

Dieron un gran rodeo para esquivar la cabaña, lo que me sorprendió bastante, pues yo creía que querían ver a abuelo, pero habían cambiado de opinión. Le pregunté a abuelo si podía quedarme con el dólar. Me contestó que sí, porque había hecho mi parte del trabajo. No era culpa mía si ellos habían cambiado de idea.

Los seguí alrededor de la cabaña. Cruzaron el puente sobre el riachuelo y yo les grité y les hice señas con las manos:

—Adiós, Mr. Chunk. Adiós, Mr. Slick. Gracias por el dólar, Mr. Chunk.

Mr. Chunk se volvió y pareció que me amenazaba con el puño. Se cayó del puente al riachuelo. Se agarró a Mr. Slick y casi le arrastró tras él, pero mantuvo el equilibrio y llegó hasta el otro lado. Recordó a Mr. Chunk que era un hijo de perra y el aludido, mientras salía como podía del riachuelo, dijo que cuando volviera a Chattanooga —si es que alguna vez podía llegar— le mataría. A pesar de todo, yo no alcanzaba a comprender por qué se habían enfadado el uno con el otro.

Se perdieron de vista por el camino del valle. Abuela quería mandar los perros tras ellos, pero abuelo dijo que no, que creía que ya estaban totalmente agotados.

Dijo que se figuraba que todo había ocurrido por un malentendido por parte de aquellos tipos, que pensaban que trabajaríamos para ellos en el negocio del güisqui.

El asunto nos había hecho perder dos días. Sin embargo, yo salí ganando un dólar. Le dije a abuelo que todavía quería y estaba dispuesto a repartirlo con él, puesto que éramos socios, pero dijo que no. El dólar lo había ganado yo con un asunto que no tenía nada que ver con el negocio del güisqui. Además, considerándolo bien, el trabajo no me lo habían pagado mal.

15 *Willow John*

LA época de sembrar es un tiempo muy ocupado. Abuelo decidía cuándo íbamos a empezar. Metía un dedo dentro de la tierra y sentía su calor. Luego movía la cabeza, lo que significaba que no íbamos a comenzar la siembra.

Teníamos que ir a pescar, o a recoger bayas u otros frutos a los bosques, siempre que no se tratara de la semana en que trabajábamos en el negocio del güisqui.

Una vez que se ha comenzado a sembrar, hay que ser cuidadoso. Hay veces en las que no se puede sembrar. Lo primero que hay que recordar es que cualquier cosa que crece bajo la tierra, como los nabos o las patatas, hay que sembrarlos en la oscuridad. En caso contrario, los nabos o las patatas no serían más gruesos que un lápiz.

Cualquier cosa que crece sobre la tierra, como el grano, las judías, los guisantes y otras cosas por el estilo, deben sembrarse a la luz de la luna. Si no es así, no se consigue una cosecha demasiado buena.

Cuando se ha aprendido esto, hay que seguir aprendiendo otras cosas. La mayoría de la gente se rige por los signos del almanaque. Por ejemplo, siembran judías cuando el almanaque indica que es buen momento para sembrar judías. Pero están equivocados. Las judías florecen bien, pero no llegan a sazón.

Hay signos para todo. Abuelo, sin embargo, no necesitaba almanaque. Se guiaba directamente por las estrellas.

Nos sentábamos en el porche las noches de primavera y estudiaba las estrellas. Se guiaba en sus observaciones viéndolas salir sobre la cima de la montaña. A veces decía:

—Las estrellas están bien para sembrar judías. Lo haremos mañana si no sopla viento del este.

Incluso si las estrellas se mostraban favorables, no sembraba judías si soplaba viento del este. Decía que entonces no habría cosecha.

Luego, además, podía haber demasiada humedad, o poca, para sembrar. Si los pájaros se callaban, tampoco se podía. Sembrar es una bonita labor, aunque bastante pesada.

A veces nos levantábamos por la mañana, preparados para sembrar, guiándonos por las estrellas de la noche anterior. Pero, de repente, veíamos que el viento no era bueno, o que los pájaros no cantaban, o que había demasiada humedad o no había suficiente. Entonces teníamos que ir de pesca.

Abuela creía que algunos de los signos estaban relacionados con las ganas de pescar que tuviera abuelo. Pero él decía que las mujeres no podían comprender las cosas complicadas. Creían que todo era simple y sencillo. Y no es así. Añadió que las mujeres no podían remediarlo, porque ya nacían siendo suspicaces. Había visto a

niñas de días que ya parecían suspicaces cuando estaban mamando.

Cuando el día era bueno, sembrábamos el grano. Era nuestra principal cosecha, pues dependíamos de ella para comer y para alimentar al viejo «Sam», y, además, era la que nos proporcionaba el dinero en el negocio del güisqui.

Abuelo preparaba los surcos con el arado y con el viejo «Sam». Yo no hacía ningún surco. Me explicó que yo era necesario principalmente para remover la tierra. Abuela y yo echábamos las semillas en los surcos y las cubríamos. En las laderas de las montañas, abuela sembraba el grano con un palo usado por los cheroquis para sembrar. Se clava sencillamente el palo en el suelo, se saca y se echa la semilla en el agujero.

Sembrábamos también muchas otras cosas: judías, patatas, nabos y guisantes; los guisantes, alrededor de los campos, cerca de los bosques. Esto atraía a los ciervos en el otoño. Se vuelven locos por los guisantes y llegan a andar más de veinte millas por las montañas para llegar a una plantación de guisantes. Siempre conseguíamos fácilmente cazar ciervos para tener la carne necesaria en invierno. También plantábamos sandías.

Abuelo y yo escogimos una esquina sombreada del campo y plantamos bastantes sandías. Abuela nos dijo que era una extensión demasiado grande. Pero abuelo le contestó que las sandías que no nos comiésemos podríamos llevarlas siempre a la tienda del cruce y ganar mucho dinero vendiéndolas.

Pero resultó que cuando maduraron las sandías, vimos que había habido una superproducción. Lo máximo que podía obtenerse en el mercado por la mayor de las sandías eran cinco centavos, si es que podía venderse, que era bastante improbable.

Estuvimos pensando en ello una noche, sentados alrededor de la mesa de la cocina. Si un galón de güisqui pesaba ocho o nueve libras, más o menos, y obteníamos por ellas dos dólares, abuelo no tenía ninguna utilidad en transportar a la tienda del cruce una sandía de doce libras por el precio de cinco centavos, a no ser que hubiera una superproducción en el mercado del güisqui, lo que no parecía probable. Le dije que me parecía que íbamos a tener que comernos todas las sandías.

Son la cosa que más despacio crece: maduran las judías, los guisantes, los nabos y casi todo lo demás, y las sandías siguen ahí, siempre verdes y siempre creciendo. Yo las vigilaba mucho.

Cuando ya estás seguro de que están maduras, no es así. Encontrar y probar una sandía madura es casi tan complicado como sembrarla.

Varias veces durante la comida le dije a abuelo que sospechaba que había encontrado una sandía madura. Las miraba todas las mañanas y todas las tardes —a veces también a la hora de cenar— si pasaba por allí. Cada vez que íbamos al sembrado abuelo las inspeccionaba. Nunca estaban maduras. Una tarde, a la hora de cenar, le dije que estaba casi seguro de que habíamos encontrado la sandía que

habíamos estado buscando, y él me contestó que iríamos a verla a la mañana siguiente.

Me levanté temprano y estuve esperando. Llegamos al campo antes de que saliera el sol y se la enseñé. Era de color verde oscuro y muy grande. Nos pusimos en cuclillas al lado de la sandía y la observamos. Yo ya la había estudiado mucho la noche anterior, pero ahora volvía a hacerlo, esta vez con abuelo. Después de examinarla un rato, decidió que parecía lo suficientemente madura para hacer la prueba del golpe.

Hay que saber lo que se está haciendo para hacer la prueba del golpe con una sandía y sacar algún provecho de ella. Si se la golpea y suena parecido a *tink*, está completamente verde; si suena *tank*, está verde, pero ya va madurando; si suena *tunk*, entonces está madura. Se tienen dos posibilidades contra una a favor, que, como dijo abuelo, es lo que ocurre con todas las cosas.

Golpeó la sandía con fuerza. No dijo nada, pero yo estaba observando su cara de cerca y vi que no movía la cabeza, lo cual era una buena señal. No significaba que la sandía estuviese madura, pero el que no hubiese movido la cabeza quería decir que no abandonábamos la partida y seguíamos probando. Volvió a golpearla.

Le dije que aquello me sonaba como un *tunk*. Se apoyó sobre los talones y la estudió un poco más. Yo también lo hice.

El sol había salido. Una mariposa se posó sobre la sandía y se mantuvo allí, abriendo y cerrando las alas. Le pregunté si aquello era una buena señal, porque me parecía haber oído en alguna parte que una mariposa que se posa sobre una sandía quería decir que ésta estaba madura. Nunca había oído hablar de ese signo, aunque no negaba el que fuera verdad.

Él creía que era un caso intermedio. El sonido estaba entre un *tank* y un *tunk*. Le dije que a mí también me sonaba de esa forma, pero creía que se inclinaba más al *tunk*. Respondió que había otra forma de probar; se fue y vino con una hoja de palmito.

Si colocas una hoja de palmito sobre una sandía, a lo ancho, y la hoja no se mueve, entonces la sandía está verde. Pero si la hoja se mueve y se pone orientada a lo largo de la sandía es que ya está madura. Abuelo puso la hoja sobre la sandía. Se quedó quieta un momento; luego se movió un poco y se paró. Nos sentamos, observándola. Pero no se movió más. Le dije que creía que la hoja era demasiado larga, lo cual hacía que la parte madura de la sandía tuviese que trabajar demasiado para moverla. Cogió la hoja y la acertó. Lo volvimos a intentar. Esta vez giró un poco más y casi llegó a orientarse a lo largo.

Abuelo estaba dispuesto a abandonar la sandía, pero yo no lo estaba. Me tumbé de forma que podía ver la hoja desde muy cerca, y le dije que parecía que se estaba moviendo, lenta, pero segura, y que pronto estaría bien orientada. Opinó que yo

estaba respirando sobre ella y, por tanto, la prueba no valía. Pero decidió no abandonar la sandía. Me dijo que si la dejábamos reposar hasta que el sol estuviese en el cénit, más o menos a la hora de la comida, podríamos cogerla.

Vigilé el sol fijamente. Parecía que daba vueltas sobre sí mismo y siempre estaba sobre la cima de la montaña, dispuesto a que fuera una mañana muy larga. Abuelo me explicó que el sol actuaba así algunas veces, como cuando estábamos arando y esperábamos el atardecer para ir a lavarnos al riachuelo.

Dijo que si hacíamos algo y estábamos ocupados, y no nos importaba nada la velocidad del sol, éste, entonces, se movería deprisa, con normalidad.

Nos entretuvimos cortando malvavisco. Crece deprisa y hay que mantenerlo corto. Cuanto más cortes de una planta, tanto más crecerá luego.

Me moví delante de abuelo y corté todo el malvavisco que crecía en la parte de abajo de la planta. Él me seguía y cortaba la parte alta. Decía que sospechaba que él y yo éramos los únicos que se las sabían arreglar para cortar malvavisco sin tener que agacharse o estirarse para cortar las ramas altas. Estuvimos toda la mañana cortándolo.

Llegamos al final de la fila y abuela estaba allí. Sonrió:

—La comida está lista.

Abuelo y yo salimos corriendo hacia la mata donde estaba la sandía. Yo llegué el primero y corté el tallo, pero no pude levantarla. Abuelo la llevó al riachuelo y me dejó echarla al agua. Era tan pesada que se hundió.

Anochecía cuando la sacamos. Abuelo se tumbó en la orilla, metió los brazos en el agua y la saco del riachuelo. La transportó hasta la sombra de un gran olmo y le seguimos. Allí nos sentamos en círculo, viendo cómo escurría el agua fría por la corteza verde. Era todo un ceremonial.

Sacó su cuchillo largo y lo levantó. Nos miró y se rió porque yo tenía la boca abierta y los ojos como platos. Cortó la sandía, que parecía abrirse antes de que le clavase el cuchillo, señal de que era buena. Cuando la abrió, el jugo formó pequeñas bolitas en la pulpa roja.

Partió rodajas. Mis abuelos se rieron cuando el jugo se me escurrió de la boca a la camisa. Era mi primera sandía.

Llegó el verano, mi estación favorita por celebrarse en ella mi cumpleaños. Es una costumbre cheroqui. Por eso mi cumpleaños no duraba un día, sino todo un verano.

Es tradición que durante tu estación te hablen del lugar de tu nacimiento, de lo que hace tu padre, del amor de tu madre.

Abuela me contó que yo tenía suerte, que probablemente a uno de cada cien millones le ocurría lo que a mí. Me dijo que yo había nacido de la naturaleza —de *Mon-o-lah*— y, por tanto, todos los seres de los que ella me había hablado en mi

primera noche en las montañas eran mis hermanos.

Muy pocos habían sido elegidos para tener todo el amor de los árboles, los pájaros, las aguas, la lluvia y el viento. Mientras yo viviera, siempre podría estar con ellos como en casa. Mientras otros niños que habían perdido a sus padres se sentirían solos, yo nunca lo estaría.

En los atardeceres de verano nos sentábamos en el porche de atrás. La oscuridad empezaba en los valles, mientras abuela hablaba suavemente. A veces hacía una pausa y guardaba silencio durante mucho tiempo. Luego se tocaba la cara con las manos y hablaba un poco más.

Le dije que me sentía muy orgulloso, y entonces me di cuenta de que ya no tenía miedo de la oscuridad.

Abuelo me dijo que yo era superior a él, por ser especial y por muchas más razones. Confesó que a él también le gustaría haber sido elegido. Él siempre había tenido la desventaja de tener miedo a la oscuridad y que, de ahora en adelante, dependería totalmente de mí para guiarle. Le prometí que así lo haría.

Tenía ya seis años. Quizá fue mi cumpleaños lo que hizo recordar a abuela que el tiempo estaba pasando. Encendía la lámpara casi todas las noches y leía. También me hacía avanzar en mis estudios del diccionario. Estaba en la letra B. Una de las páginas había sido arrancada. Abuela dijo que aquella página no era importante, y la vez siguiente que fuimos al pueblo compramos un diccionario. Costó setenta y cinco centavos.

Abuelo no tuvo inconveniente en dar el dinero. Dijo que siempre había querido tener un diccionario así. Como no sabía leer ninguna de las palabras que estaban escritas en el diccionario, imaginé que lo usaría para alguna otra cosa, pero nunca le vi tocarlo.

Billy Pino apareció por casa. Comenzó a venir más a menudo después de que las sandías madurasen. A Billy Pino le gustaban las sandías. No estaba nada engreído ni por el dinero que había recibido de la compañía de tabaco Águila Roja, ni por la recompensa del criminal de la gran ciudad. Nunca habló de ello y, por tanto, nunca le preguntamos.

Billy Pino nos contó que creía que el fin del mundo estaba llegando. Todo parecía indicarlo así. Había rumores de guerras y el hambre se extendía por el país. La mayoría de los bancos estaban cerrados y los que no lo estaban eran atracados continuamente. Billy Pino siguió diciendo que no existía casi dinero. Que la gente todavía se tiraba por las ventanas en las grandes ciudades cuando se enteraban de lo que pasaba. En Oklahoma, dijo, el viento se estaba llevando la tierra.

Eso ya lo sabíamos nosotros. Abuela había escrito a un pariente nuestro que estaba en Las Naciones; siempre llamábamos a Oklahoma «Las Naciones», pues eso es lo que era hasta que se lo quitaron a los indios y se hizo un Estado. Nos habían

hablado sobre ello en las cartas, de cómo el hombre blanco había arado terrenos de pastos, tierras que no debían haberse arado nunca. El viento se las estaba llevando.

Billy Pino había decidido salvarse, visto que el final estaba cerca. Nos dijo que fornicar había sido siempre su mayor problema para salvarse. Fornicaba en los bailes, pero la mayor parte de la culpa la tenían las mujeres. Nunca le dejaban en paz. Había intentado ir a servicios religiosos para salvarse, pero siempre estaban llenos de mujeres que le tentaban para seguir fornicando. Una vez encontró a un viejo predicador, que debía de ser ya muy viejo para fornicar —creía él—, pues predicaba duramente contra la fornicación.

Billy Pino explicaba que ese viejo predicador hacía que se sintiera, en ese momento, sin ningún deseo de volver a fornicar. Eso era lo que le salvaba: pensar en aquel momento que iba a dejar de fornicar por completo. Buscaría de nuevo a ese predicador para salvarse, pues el mundo tocaba a su fin. Una vez que ya estabas justificado, según creencias de los baptistas primitivos, estabas salvado para siempre. Si después se fornicaba un poco, seguías salvado y ya no había que preocuparse por nada.

Billy Pino dijo que se inclinaba más hacia la religión de los baptistas primitivos que hacia la suya propia.

No me disgustó esta opinión.

Tocaba su violín al anochecer de aquellos días del verano. Quizá a causa de la proximidad del fin del mundo, su música sonaba muy triste.

Hacía que nos sintiéramos como si éste fuera el último verano que ya habíamos vivido, pero queríamos vivirlo otra vez. Me hubiese gustado que no hubiera empezado a tocar porque dolía, pero luego no quería que terminara. Era muy triste.

ÍBAMOS A LA IGLESIA todos los domingos por el mismo camino que utilizábamos abuelo y yo para entregar nuestra mercancía. La iglesia estaba a una milla, después de pasar la tienda.

Teníamos que salir al amanecer, porque era un largo camino. Abuelo se ponía su traje negro y su camisa de saco de harina, que abuela había blanqueado. Yo también tenía una y encima me ponía unos pantalones de peto limpios. Nos abrochábamos los botones superiores de nuestras camisas, lo que nos daba un buen aspecto para ir a la iglesia.

Abuelo se ponía sus zapatos negros, que engrasaba bien para que brillaran. Hacían ruido al andar. Estaba acostumbrado a los mocasines. Pensé que el camino debía de ser doloroso para el abuelo, pero nunca dijo nada. Se limitaba a andar haciendo ruido.

Para abuela y para mí era más fácil. Llevábamos mocasines. Me sentía orgulloso de lo guapa que iba abuela. Todos los domingos se ponía un vestido que era naranja,

dorado, azul y rojo. Le quedaba algo ajustado por los tobillos y luego se hinchaba a su alrededor. Parecía una flor primaveral andando por el camino.

De no haber sido por el traje, y porque a abuela le gustaba mucho salir, sospecho que abuelo nunca hubiese ido a la iglesia. Sin tener en cuenta los zapatos, nunca le gustó demasiado ir a misa.

Decía que el predicador y los diáconos hacían, más o menos, la religión como querían. Decidían quiénes debían ir al infierno y quiénes no, y si no se prestaba mucha atención, te veías de pronto adorando al predicador y a sus diáconos. «¡Al infierno con todo aquello!», terminaba diciendo. Pero no protestaba.

A mí me gustaba el paseo hasta la iglesia. No teníamos que llevar la carga de nuestra mercancía y, mientras íbamos por el atajo, nos topábamos con la luz del nuevo día. El sol se reflejaba en el rocío del valle, bajo nosotros, e iluminaba los árboles por donde pasábamos.

La iglesia estaba fuera de camino, entre unos árboles. Era pequeña y no estaba pintada, pero era bonita. Todos los domingos, cuando entrábamos en el claro de la iglesia, abuela se paraba a hablar con algunas mujeres, pero abuelo y yo nos dirigíamos directamente hacia Willow John.

Siempre estaba detrás, entre los árboles, apartado de la gente y de la iglesia. Era más viejo que abuelo, pero igual de alto, cheroqui puro, con el pelo blanco y trenzado que le caía por debajo de los hombros, y llevaba un sombrero de ala muy ancha que se metía hasta los ojos... como si sus ojos fueran privados. Cuando miraba a alguien, la persona lo sabía.

Tenía los ojos negros, como dos heridas abiertas. No eran heridas encolerizadas, pero sí heridas muertas y desnudas, sin vida. No podía saberse si sus ojos estaban nublados o si miraba lejos, hacia una niebla distante. Una vez, años más tarde, un apache me enseñó una fotografía de un hombre viejo. Era Gokhla-yeh, Jerónimo. Tenía los mismos ojos que Willow John.

Willow John tenía más de ochenta años. Abuelo me contó que hacía mucho tiempo Willow John había ido a Las Naciones. Anduvo por las montañas, sin subir nunca ni a un coche ni a un tren. Estuvo allí tres años y volvió. Nunca hablaba de aquello. Para él no existían Las Naciones.

Siempre íbamos con él y nos quedábamos detrás, entre los árboles. Abuelo y Willow John se abrazaban y se mantenían así mucho tiempo: dos hombres viejos, altos y con grandes sombreros, y no se decían nada. Entonces llegaba abuela. Willow John abrazaba a abuela durante mucho rato.

Vivía más allá de la iglesia, lejos, en las montañas. Al estar la iglesia a mitad de camino entre las dos casas, era el lugar en donde nos podíamos encontrar.

Parece un cuento de niños. Le dije a Willow John que pronto habría muchos cheroquis, que yo iba a ser un cheroqui, que abuela me había dicho que había nacido

como las montañas y tenía el sentimiento de los árboles. Willow John me tocó en el hombro y sus ojos brillaron desde muy dentro. Abuela me dijo que era la primera vez que había estado así desde hacía muchos años.

No entrábamos en la iglesia hasta que todos los demás estaban dentro. Nos sentábamos siempre en la última fila, primero Willow John, luego abuela, después yo, y abuelo se sentaba al lado del pasillo. Abuela cogía la mano de Willow John durante la misa y abuelo alargaba el brazo y tocaba el hombro de la abuela. Yo cogía la mano libre de abuela y ponía mi otra mano sobre la pierna de abuelo. De esta forma no me quedaba fuera, a pesar de que los pies se me quedaban siempre dormidos porque casi no sobresalían del asiento del banco.

Una vez, cuando llegamos a nuestro sitio, encontré un largo cuchillo en mi asiento. Era tan largo como el de abuelo y estaba metido en una funda de piel de ciervo. Abuela dijo que Willow John me lo daba. Así es la manera que tienen los indios de dar regalos. No los entregan personalmente, a no ser que no sea un regalo verdadero y lo hagan por alguna otra razón. Lo dejan para que uno se lo encuentre. No se ofrece un regalo a quien no se lo merece. El que lo recibe no tiene que dar las gracias, pues es tonto agradecer algo que se ha merecido.

Le di a Willow John cinco centavos y una rana-toro. El domingo que se lo llevé había colgado su chaqueta de un árbol mientras nos esperaba. Decidí meter ambas cosas en su bolsillo. Era una gran rana-toro; la había cazado en el riachuelo y la había estado alimentando con insectos hasta que se había hecho poco menos que gigante.

Willow John se puso la chaqueta y se metió en la iglesia. El predicador pidió a la gente que inclinara la cabeza. Había un gran silencio, se podía oír respirar a la gente. El predicador dijo: «Señor...», y entonces la rana dijo «Larrrrrrrupp», fuerte y sonoro. Todos se sobresaltaron y un hombre salió de la iglesia. Un tipo gritó: «¡Dios todopoderoso!», y una mujer chilló: «¡Alabad al Señor!».

Willow John también se asombró. Se metió la mano en el bolsillo, pero no sacó la rana. Se volvió hacia mí, me miró y en sus ojos volvió a aparecer el brillo, aunque esta vez no salía de tan adentro. Luego sonrió. La sonrisa se fue abriendo en su cara, cada vez más, ¡y se rió! Una risa profunda y estridente que hizo que todo el mundo le mirara. Él no prestó atención a nadie. Yo tenía miedo, pero también me reí. Las lágrimas comenzaron a humedecerle los ojos y a caerle por las arrugas de la cara. Willow John lloró.

Todo el mundo se calló. El predicador se quedó boquiabierto mirándole. Willow John no prestó atención a nadie. No hizo ningún ruido, pero hipó y sus hombros se estremecieron; lloró largo rato. La gente miró hacia otro lado, pero Willow John y mis abuelos miraron al frente.

El predicador lo pasó mal intentando volver a empezar. No mencionó la rana. Una vez, hacía ya tiempo, había intentado hacer un sermón dedicado a Willow John, pero

éste nunca le había prestado la más mínima atención. Siempre miraba al frente, como si el predicador no estuviese allí. El sermón versó sobre el respeto debido a la casa de Dios. Willow John no inclinaba la cabeza para rezar, ni se quitaba el sombrero.

Abuelo nunca hizo ningún comentario sobre el tema. Reflexionó sobre esto durante años. Creo que era la forma de Willow John de decir lo que tenía que decir. Su gente estaba perdida y perseguida, alejada de estas montañas que eran su hogar, donde ahora vivían el predicador y otros que estaban en la iglesia. Él no podía luchar y por eso no se quitaba el sombrero.

Quizá cuando el predicador dijo «Señor...» y la rana contestó «Larrrrrrrupp», la rana estaba contestando por Willow John. Por eso lloraba. Se rompió algo de su amargura. Desde entonces, los ojos de Willow John siempre brillaban y mostraban pequeñas luces negras cuando me miraba.

En aquel momento lo sentí, pero luego me alegré de haberle dado la rana.

Todos los domingos, después de misa, íbamos a sentarnos entre los árboles de detrás del claro y nos repartíamos la comida. Willow John llevaba siempre algo de caza en un saco. A veces era una codorniz, o venado, o algún pez. Abuela llevaba pan de maíz y verduras. Comíamos allí, a la sombra de los grandes olmos, y hablábamos.

Willow John decía que los ciervos se estaban alejando cada vez más hacia las montañas. Abuelo hablaba de la pesca con cestas. Abuela le decía que le trajera la ropa que necesitase reparar.

Cuando el sol comenzaba a caer, nos preparábamos para marchar. Yo me volvía para mirar a Willow John. Nunca miraba hacia atrás. Andaba sin balancear los brazos, manteniéndolos rectos a los lados de su cuerpo, dando largas y extrañas zancadas. Sin mirar a ninguna parte y sintiéndose fuera de lugar en ese trocito de civilización del hombre blanco. Desaparecía entre los árboles sin seguir ningún camino visible. Yo me apresuraba a alcanzar a mis abuelos. Era triste andar por el atajo de vuelta a casa los domingos por la tarde, y no hablábamos.

Willow John, siempre iremos juntos, nunca estarás lejos.

Un año cualquiera; es tan corto el tiempo.

Mi lenguaje será mi silencio. Los años amargos quedaron atrás olvidados. Habrá algún motivo de llanto, o quizá nos regalen el gozo perdido.

Willow John. ¿Hablares? Un lenguaje mudo.

La palabra se midió en la tierra en breves segundos.

Nuestros ojos serán elocuentes. Ya no habrá secretos.

Sentir será amar. Así, cuando duerma la luna en el cielo, velará nuestros sueños de hermanos. Será todo tan puro.

*Willow John. Partiremos. Mas tú nunca serás viajero.
Quiero que estés siempre muy cerca, a mi lado.
Cuando el llanto abraza mi rostro en su fuego
viviré sólo en tu nube y recuerdo.
Mi corazón será un huracán amansado.*

16 Camino de la iglesia

ABUELO decía que los predicadores eran tan engreídos, que llegaban a creer que eran ellos los que manejaban personalmente el picaporte de la puerta del paraíso, y sin su permiso no podría entrar nadie.

Pensaba que los predicadores se imaginaban que Dios no tenía nada que ver con aquello.

Los predicadores deberían trabajar y aprender lo que costaba ganar un dólar. De esa forma, no despreciarían el dinero como si su uso fuese a terminarse mañana. Un trabajo bien duro, ya fuera la fabricación de güisqui u otro cualquiera, cambiaría mucho las cosas que éstos decían.

Como la gente estaba tan dispersa, no había fieles suficientes para mantener más de una iglesia. Esto producía algunas complicaciones, pues había muchos tipos de religiones. La gente creía en tantas cosas distintas que, a veces, se producían problemas.

Por un lado estaban los baptistas, que creían que lo que iba a ocurrir ocurriría y no había nada que lo pudiera evitar. Había presbiterianos irlandeses que se enfurecían cuando oían decir aquello. Cada grupo podía probar perfectamente sus creencias basándose en la Biblia. Eso, a mi modo de ver, causaba confusiones acerca del contenido de la Biblia.

Los baptistas primitivos creían en las ofrendas de dinero a los sacerdotes, y los baptistas duros pensaban que no se les debía dar nada a los predicadores. Abuelo se inclinaba hacia los baptistas duros en lo referente a este punto.

Todos los baptistas creían en el bautismo, es decir, en el de inmersión total en las aguas de un arroyo. Decían que no había salvación sin eso. Los metodistas decían que estaban equivocados, que con echar unas gotas de agua sobre la cabeza ya bastaba. Todos blandían su Biblia en el jardín de la iglesia para probar lo que decían.

Parece ser que la Biblia lo decía de ambas formas, pero cada vez que lo dice, avisa que es mejor no hacerlo de la otra forma, porque se iría al infierno. Bueno, eso es lo que ellos aseguraban que decía.

Había un tipo que era de la Iglesia de Cristo. Decía que si alguien llama al predicador «reverendo», iría al infierno directamente. Podía llamársele «señor» o «hermano», pero nunca podía decirse «reverendo». Podía probar esto por unas cosas que había escritas en la Biblia; pero otro grupo probó, también usando la Biblia, que había que llamarle «reverendo», o de otra forma se iría al infierno.

El tipo de la Iglesia de Cristo era uno sólo, y los demás gritaban más que él, pero era muy testarudo y no se daba por vencido. Para ser consecuente con su teoría, todos los domingos por la mañana se acercaba al predicador y le llamaba «señor». Esto dio

origen a que se estableciera una gran enemistad entre el predicador y él. Una vez casi se pegan a la salida de la iglesia, pero los separaron.

Decidí no tomar ninguna postura referente al agua del bautismo. Y tampoco iba a llamar al predicador de ninguna forma. Le dije a abuelo que me parecía lo más seguro, pues de lo contrario me podrían mandar directamente al infierno, dependiendo de lo que dijera la Biblia en aquel momento.

Me dijo que si Dios tenía una mente tan estrecha como aquellos idiotas que se pasaban el día discutiendo, entonces el cielo tampoco sería un buen lugar para vivir.

Había una familia episcopaliana. Eran ricos. Venían a la iglesia en un automóvil. Era el único coche que se veía cerca de la iglesia. El hombre era gordo y se ponía un traje distinto casi todos los domingos. La mujer llevaba grandes sombreros; también era gorda. Tenían una niña pequeña que siempre iba vestida de blanco y con sombreritos. Miraba siempre hacia algo que había arriba, aunque nunca pude ver qué era. Siempre echaban un dólar cuando pasaban el cestillo para que la gente diese dinero. Era el único que había siempre en el cestillo. El predicador los recibía cuando llegaban en el automóvil y les abría la puerta. Se sentaban en la fila de delante.

Cuando el predicador hablaba, miraba a la primera fila y decía:

—¿No es así, Mr. Johnson? —Mr. Johnson movía la cabeza ligeramente, certificando más o menos que aquello era cierto.

La gente se inclinaba hacia delante para ver si se movía la cabeza de Mr. Johnson, y luego volvían a echarse hacia atrás, satisfechos de que así fuese.

Abuelo me explicó que los episcopalianos conocían bien todo el asunto y no tenían que discutir sobre cosas pequeñas, como el agua. Sabían dónde iban y no querían dejar que nadie más entrase con ellos.

El predicador era un hombre flaco. Vestía todos los domingos el mismo traje negro. El pelo le sobresalía por todas partes y tenía el aspecto de estar siempre nervioso. Realmente, lo estaba.

Era simpático con la gente en el jardín de la iglesia, aunque yo nunca hablé con él. Pero cuando tomaba la palabra, de pie en el púlpito, se volvía malo. Abuelo decía que esto lo hacía porque sabía que iba contra las reglas el que alguien se levantara y le contestara mientras predicaba.

Nunca dijo nada acerca del agua, cosa que me decepcionó mucho, pues yo estaba interesado en ese asunto. Pero atacó duramente a los fariseos. Empezaba a meterse con los fariseos, bajaba del púlpito y corría por el pasillo hacia nosotros. A veces casi perdía el aliento de furioso que se ponía.

Una vez estaba atacando a los fariseos y había bajado al pasillo. Gritaba mucho y aspiraba luego el aire como si su garganta fuera a romperse. Se acercó a donde estábamos nosotros y nos señaló a abuelo y a mí con su dedo, y dijo:

—Vosotros sabéis lo que hacían...

Parecía que nos estaba acusando de tener algo que ver con los fariseos. Abuelo se enderezó en su asiento y lanzó al predicador una mirada asesina. Willow John también le miró y abuela le sujetó del brazo. El predicador se volvió y señaló a otra persona.

Abuelo dijo después que nunca había conocido a ningún fariseo y no iba a consentir que un hijo de perra le acusara de saber nada de lo que ellos hubieran hecho. El predicador había hecho bien en señalar a otra persona. Me di cuenta de que lo había hecho después de ver la mirada de abuelo. Willow John afirmó que el predicador estaba loco y había que vigilarle bien. Willow John llevaba siempre su cuchillo largo.

Al predicador tampoco le gustaban ni lo más mínimo los filisteos. Continuamente sacaba a relucir sus faltas. Decía que eran, más o menos, tan malos como los fariseos. A lo que Mr. Johnson inclinaba la cabeza, asegurando que así era.

Abuelo dijo que ya estaba cansado de que el predicador siempre estuviese atacando a alguien. No veía ninguna razón para meterse tanto con los fariseos y con los filisteos. Ya había bastantes complicaciones para estar buscando otras nuevas.

Abuelo siempre echaba algo en el cestillo de la colecta, a pesar de que estaba en contra de pagar a los predicadores. Decía que suponía que lo hacía para pagar el uso de nuestro banco. A veces me daba cinco centavos para que yo los pusiera. Abuela nunca echó nada y Willow John ni siquiera miraba el cestillo cuando lo pasaban.

Abuelo me explicó que si seguían pasándole el cestillo bajo las narices continuamente, Willow John acabaría cogiendo algo del cestillo, imaginándose que se lo estaban ofreciendo.

Una vez al mes era el día de la confesión pública. Entonces, la gente se levantaba uno por uno y contaba cuánto querían al Señor y todas las cosas malas que habían hecho. Abuelo nunca lo hacía. Decía que aquello sólo servía para causar problemas. Conocía personalmente a varios hombres a los que habían disparado después de que contaran en la iglesia algo que habían hecho a algún tipo y de lo que éste no se había enterado hasta oírlo allí. Opinaba que eso era un asunto privado que no le importaba a nadie. Abuela y Willow John tampoco se levantaban nunca.

Yo le dije a abuelo que, más o menos, tenía la misma opinión que él y que tampoco iba a ponerme de pie y confesarme públicamente.

Un hombre anunció que se había salvado. Dijo que iba a dejar de beber, que había estado bebiendo bastante durante muchos años, pero ahora ya no iba a volverlo a hacer. Esto hizo que todo el mundo se sintiera bien. La gente gritó:

—¡Alabado sea el Señor! Amén.

Siempre que alguno se levantaba y comenzaba a contar las cosas malas que había hecho, un hombre que estaba en una esquina gritaba:

—¡Cuéntalo todo! ¡Cuéntalo todo! —y chillaba cada vez que parecía que alguien

iba a parar.

Esto hacía que el que se confesaba volviese a pensar alguna otra cosa mala que hubiese hecho. A veces acababan diciendo cosas bastantes malas que habían hecho y que nunca hubiesen confesado de no haber estado ese tipo allí gritando. Él nunca se levantaba para confesarse.

Una vez se levantó una mujer. Dijo que el Señor la había salvado de los caminos del pecado. El hombre del rincón gritó:

—¡Cuéntalo todo!

Su cara se puso roja y explicó que había estado fornicando, pero que ya iba a dejarlo, pues estaba convencida de que aquello no estaba bien. El hombre gritó:

—¡Cuéntalo todo!

Ella añadió que había estado fornicando con Mr. Smith. Hubo una gran conmoción mientras Mr. Smith se levantaba del banco en el que estaba y se marchaba andando por el pasillo. Andaba muy deprisa y salió por la puerta de la iglesia. Casi al mismo tiempo, dos tipos de los bancos de atrás se levantaron y salieron por la puerta casi sin ser notados.

Ella dijo otros dos nombres de personas con las que había estado pecando. Todos la alababan y le decían que había hecho muy bien en decirlo.

Cuando salimos de la iglesia, todos los hombres se alejaron de la mujer y nadie hablaba con ella. Abuelo me explicó que tenían miedo de que los vieran hablando con ella. Sin embargo, algunas mujeres se agruparon a su alrededor, le dieron golpecitos en la espalda y le dijeron que había obrado bien.

Abuelo me dijo que aquéllas eran mujeres que querían saber cosas de sus maridos y creían que si demostraban lo bueno que era confesar y lo bien que le trataban a uno cuando lo hacía, podían animar a más mujeres pecadoras a que se confesasen.

Y añadió que, si lo hacían, se armaría mucho jaleo.

Dijo que esperaba que la mujer no cambiase de idea y decidiese volver a pecar, pues se llevaría una gran desilusión porque no iba a encontrar a nadie que quisiera fornicar con ella, a no ser que estuviese borracho y hubiera perdido el juicio.

Todos los domingos, antes de que comenzara el sermón, había un rato en el que la gente podía levantarse y hablar de personas que necesitaban ayuda. A veces se trataba de algún aparcerero que tenía que cambiar de lugar, que no tenía comida para su familia, o alguien a quien se le había quemado la casa.

Toda la gente que iba a la iglesia llevaba cosas para ayudar. Nosotros, en verano, llevábamos muchos vegetales, pues los teníamos en abundancia. En invierno llevábamos carne. Una vez, abuelo hizo una silla de madera de nogal con el asiento de piel de ciervo para una familia que había perdido sus muebles en un incendio. Abuelo se llevó aparte al hombre, a un lado del atrio de la iglesia, para darle la silla y explicarle cómo se hacía. Pensaba que es mucho mejor explicar a la gente cómo se

hacen las cosas que dáselas, pues si enseñas a un hombre a hacer él mismo una cosa, sabrá luego defenderse. Pero si simplemente se le da algo, habrá que estárselo dando continuamente hasta que se muera. Abuelo añadió que de esa manera se le hace un mal servicio, pues acaba por hacerse dependiente y pierde su carácter.

Abuelo dijo también que a algunos individuos les gustaba estar dando cosas continuamente, pues eso les hacía sentirse superiores y mejores que la persona a la que estaban dando las cosas, cuando todo lo que tenían que hacer era enseñarle a hacer algo con lo que pudiera ser independiente. Como la naturaleza humana era como era, había gente a la que le gustaba sentirse superior y otros a los que les gustaba depender de éstos. Llegaban incluso hasta preferir ser el perrillo faldero de Mr. Superior antes que ser hombres independientes; lloriqueaban continuamente pidiendo lo que necesitaban, cuando lo que verdaderamente necesitaban era una patada en el trasero.

De la misma forma que algunas naciones se sentían superiores, me explicó abuelo, y daban y daban para sentirse bien. Pero si tuvieran el corazón donde hay que tenerlo, enseñarían a la gente a hacer por sí mismos las cosas que les daban. Según abuelo, esas naciones obraban así porque entonces las demás no dependerían de ellos. Y era lo contrario lo que buscaban en primer lugar.

Estábamos lavando en el arroyo cuando comenzó a hablar de este tema. Meditó profundamente sobre ello y tuvimos que apartarnos de la orilla porque de lo contrario, probablemente, se hubiese ahogado en el agua. Le pregunté quién era Moisés.

Me dijo que nunca había tenido una idea muy clara de Moisés, pues el predicador siempre que hablaba gritaba y resoplaba, y era difícil entenderle. El predicador decía que Moisés era un discípulo.

Abuelo me avisó que no debía creer literalmente todo lo que me contara sobre Moisés, pues sólo sabía lo que había oído.

Según él, Moisés se hizo amigo de una chica entre unos juncos que él creía que crecían a orillas del río. Dijo que esto de la amistad era natural. Pero la chica era rica; de hecho pertenecía a un malvado hijo de perra llamado Faraón. Añadió que Faraón estaba siempre matando gente. Decidió perseguir a Moisés, probablemente a causa de la chica.

Moisés se escondió y se fue con la gente que Faraón quería matar. Se dirigió a un país donde no había agua. Golpeó una roca con un palo y comenzó a salir algo de agua. No tenía ni idea de cómo podía haberlo hecho..., pero así era como lo había oído.

Siguió explicando que Moisés estuvo vagando durante años, sin saber adónde ir. De hecho, nunca llegó al sitio que quería, aunque la gente que le había seguido sí que llegó. Abuelo no sabía cuál era el sitio. Moisés murió cuando todavía estaba vagando

por ahí.

De alguna forma —siguió su relato—, apareció por allí Sansón y mató a muchos filisteos, que estaban siempre causando problemas. Dijo que no sabía por qué peleaban, ni si los filisteos eran hombres de Faraón o no.

Una mujer mala emborrachó a Sansón y le cortó el pelo. La mujer dejó a Sansón de forma que sus enemigos pudieron cogerle. Abuelo no recordaba el nombre de la mujer, pero dijo que era una buena lección de la Biblia. Uno debe cuidarse siempre de las malas mujeres que intenten emborracharte. Le dije que así lo haría.

Abuelo se quedó muy contento de haberme enseñado esa lección de la Biblia. Probablemente yo era el único al que le había enseñado esto.

Mirando hacia atrás, veo que abuelo y yo éramos bastante ignorantes en lo referente a la Biblia. Me imagino que confundíamos las distintas formas necesarias para ir al cielo. Pensábamos que, más o menos, estábamos aparte de todo aquello, pues nunca lo entendimos bien y para nosotros no tenía ningún sentido.

Cuando uno abandona algo, se convierte en espectador. Éramos espectadores en lo referente a las partes técnicas de la religión y no teníamos mucho interés... puesto que la habíamos abandonado.

Me dijo también que podía olvidarme de la cuestión del agua. Él lo había olvidado hacía mucho tiempo y se sentía mejor desde entonces.

Hablando en confianza me dijo que no podía entender qué maldita importancia tenía el agua en todo aquello.

Asentí y me olvidé del agua.

17 Mr. Wine

HABÍA estado viniendo durante todo el invierno y la primavera regularmente una vez al mes, a la puesta del sol, y se quedaba a pasar la noche con nosotros. A veces se quedaba un día y otra noche. Mr. Wine era un vendedor ambulante.

Vivía en un pueblo, pero recorría los senderos de la montaña con su morral a la espalda. Sabíamos siempre el día que llegaría y, por tanto, cuando los perros ladraban, bajábamos por el camino del valle para recibirle. Le ayudábamos a transportar el morral hasta la cabaña.

Abuelo le cogía el morral. Mr. Wine solía traer un reloj, que me dejaba llevar. Arreglaba relojes. Nosotros no teníamos ninguno, pero le ayudábamos a trabajar en los suyos sobre la mesa de la cocina.

Abuela encendía la lámpara, él ponía el reloj sobre la mesa y nos enseñaba su interior. Yo no era lo suficientemente alto para ver estando sentado, así que siempre me ponía de pie sobre una silla, cerca de Mr. Wine, y le miraba cómo sacaba pequeños muelles y tornillos dorados. Abuelo y Mr. Wine hablaban mientras éste arreglaba los relojes.

Mr. Wine tenía quizá cien años, una larga barba blanca y vestía una chaqueta negra, a juego con un gorrito negro redondo que se ponía cubriendo su coronilla. Mr. Wine no era su verdadero nombre. Su nombre empezaba con Wine, pero era tan largo y complicado que nosotros no éramos capaces de pronunciarlo; por eso le llamábamos Mr. Wine. Decía que no importaba, que los nombres no eran importantes, lo que importaba era la forma en que se dijeran. Algunos nombres indios eran totalmente imposibles de pronunciar para él y se inventaba sus propios nombres.

Siempre llevaba algo en el bolsillo de la chaqueta, generalmente una manzana, a veces una naranja. Pero no podía recordar nada.

Cenábamos al anochecer. Mientras abuela quitaba la mesa, Mr. Wine y abuelo se sentaban en las mecedoras y hablaban. Yo ponía mi silla entre ellos y me sentaba allí también. Mr. Wine comenzaba a hablar y de pronto se interrumpía:

—Parece que me olvido de algo, pero no sé qué es.

Yo sabía lo que era, pero no se lo decía. Se rascaba la cabeza y peinaba sus cabellos con los dedos. Abuelo no le ayudaba lo más mínimo. Finalmente me miraba y decía:

—¿Puedes ayudarme a recordar qué era, *Pequeño Árbol*?

Yo se lo decía:

—Sí, señor, probablemente llevaba algo en el bolsillo y no se acuerda de ello.

Mr. Wine saltaba en la silla, golpeaba su bolsillo y decía:

—¡Qué tonto soy! Gracias, *Pequeño Árbol*, por recordármelo. Estoy llegando a

una edad en la que ya no puedo pensar.

Se sacaba una manzana roja del bolsillo, que era mayor que ninguna de las que crecen en las montañas. Siempre decía que se la había encontrado y la había cogido. Estaba pensando tirarla porque no le gustaban las manzanas. Le contestaba siempre que si la iba a tirar, yo la cogería. Quería repartirla con mis abuelos, pero a ellos tampoco les gustaban las manzanas. Siempre guardaba las semillas y las sembraba al borde del riachuelo, pensando tener muchos manzanos que diesen frutos como aquéllos.

Mr. Wine nunca podía recordar dónde había dejado sus gafas. Cuando arreglaba los relojes, llevaba unos pequeños lentes sobre la punta de la nariz. Se sujetaban con un alambre y las patillas estaban recubiertas con tiras de tela en la parte de detrás de las orejas.

Cuando hablaba con abuelo, dejaba de trabajar y se subía las gafas hasta apoyarlas sobre la cabeza. Al empezar a trabajar otra vez, nunca las encontraba. Yo sabía dónde estaban. Él buscaba sobre la mesa y miraba a mis abuelos diciendo:

—¿Dónde diablos están las gafas?

Todos sonreían haciéndose pasar por tontos por no saberlo. Yo señalaba su cabeza. Se daba un golpe en la frente, totalmente extrañado de haberlas dejado allí, y decía que no habría podido arreglar sus relojes si yo no hubiese estado allí para ayudarle a buscar sus gafas.

Me enseñó a leer la hora. Movía las agujas del reloj y me preguntaba qué hora era. Se reía siempre que me equivocaba. No tardé mucho en aprender.

Decía que yo estaba recibiendo una buena educación. Que apenas había ningún niño de mi edad que supiese algo de Macbeth o de Napoleón, o que estudiase diccionarios. Me enseñó los números.

Ya sabía calcular un poco el dinero por el negocio del güisqui, pero Mr. Wine sacaba un papel y un lápiz y escribía algunos números. Me enseñó cómo había que escribirlos y cómo sumarlos, restarlos y multiplicarlos. Abuelo me dijo que era quizá la persona que él había visto hacer mejor los números.

Mr. Wine me dio un lápiz. Era largo y amarillo. Había que afilarlo de manera que la punta no quedara demasiado fina. Si se hacía demasiado fina, se rompía y había que volver a afilarlo, lo cual lo gastaba sin ninguna utilidad.

Me explicó que la manera de afilar el lápiz que él me había enseñado era la forma ahorrativa, y que había una gran diferencia entre ser tacaño y ser ahorrativo. Ser tacaño es ser tan malo como algunos peces gordos, que adoran el dinero y no lo utilizan para lo que deben. Si uno es así, el dinero es su Dios y eso no conduce a nada bueno.

También me explicó que si uno es ahorrativo, usa su dinero para lo que debe, pero no lo derrocha. Un hábito trae consigo otro hábito, y si son malos hábitos, producen

mal carácter. Si se malgasta el dinero, se malgasta el tiempo, los pensamientos y prácticamente todo lo demás. Si toda la gente se volviese así, los políticos se darían cuenta de que podrían hacerse con el control de todo. Pronto habría un dictador. Mr. Wine añadió que la gente ahorrativa nunca está dominada por un dictador.

Tenía las mismas ideas sobre los políticos que nosotros.

Normalmente, abuela compraba algún carrete de hilo a Mr. Wine. Los pequeños costaban cinco centavos el par y los grandes cinco centavos cada uno. A veces compraba botones, y una vez, una tela roja con flores.

En el morral llevaba cosas de todo tipo: cintas de cualquier color, telas bonitas, medias, dedales, agujas y pequeñas herramientas plateadas. Yo observaba el morral mientras lo abría sobre el suelo, cogía cosas y me explicaba lo que eran. Me dio un libro para hacer números.

El libro tenía todos los números y explicaba cómo hacerlos. Era para que yo pudiera hacerlos durante todo el mes. Avanzaba tanto, que cuando llegaba Mr. Wine se sorprendía mucho.

Decía que saber hacer números era importante. La educación, según él, constaba de dos partes. Una era técnica y era la que hacía avanzar en el negocio. Esa parte de la educación cambiaba y se modernizaba. Pero la otra parte era mejor aprenderla bien y no cambiarla. Él la llamaba valoración.

Opinaba que si uno aprendía valores, como ser honesto y ahorrativo o hacer lo mejor y respetar a los demás, era mucho más importante que cualquier otra cosa. Si no se aprenden esos valores, no importa lo moderno que se llegue a ser en lo técnico; nunca se llegará a ninguna parte.

De hecho, cuanto más adelantada llegase a estar una persona, sin tener en cuenta los valores, más probable era que usara sus conocimientos para hacer cosas malas, destruir y arruinar.

De vez en cuando teníamos dificultades arreglando los relojes y Mr. Wine se quedaba con nosotros un día y otra noche más. Una vez trajo una caja negra que dijo era una Kodak. Podía hacer fotografías con ella. Nos explicó que él no lo hacía demasiado bien. Unos tipos le habían encargado que se la llevase, y por eso se la llevaba, pero no hacía ningún daño a nadie si tomaba algunas fotos.

Hizo una en la que salía yo y otra de abuelo. La caja no sacaba las fotos a no ser que se mirase al sol de frente y Mr. Wine nos dijo que él no estaba demasiado enterado de cómo funcionaba aquello. Abuelo tampoco lo estaba. No confiaba en aquella cosa y sólo se dejó tomar una fotografía. Nunca se sabía lo que podía pasar con las cosas nuevas, y era mejor no usarlas hasta que pasase algún tiempo.

Mr. Wine quería que abuelo hiciese una foto en la que saliéramos él y yo. Estuvimos haciéndola toda la tarde prácticamente. Mr. Wine y yo nos preparábamos. Él ponía su mano sobre mi cabeza y ambos sonreíamos a la caja. Abuelo decía que no

podía vernos a través del pequeño agujero. Mr. Wine iba hasta donde estaba abuelo, nivelaba la caja y volvía. Nos colocábamos de nuevo. Abuelo decía que teníamos que corrernos un poco, pues sólo podía ver un brazo.

Se ponía nervioso con la caja. Yo sospechaba que se creía que había algo dentro de ella que estaba intentando salir. Mr. Wine y yo estuvimos tanto tiempo frente al sol, que ninguno de los dos podía ver nada hasta que por fin sacó la foto. Sin embargo, no salió bien. Al mes siguiente, cuando Mr. Wine trajo las fotos, la mía y la de abuelo estaban muy bien, pero ni Mr. Wine ni yo aparecíamos en la foto que había tomado abuelo. Pudimos ver las copas de algunos árboles y algunas manchas. Después de estudiar mucho la foto, abuelo dijo que eran pájaros.

Estaba orgulloso de la fotografía de los pájaros, y yo también lo estaba. La llevó a la tienda del cruce, se la enseñó a Mr. Jenkins y le explicó que él personalmente había hecho la fotografía de los pájaros.

Mr. Jenkins no veía bien. Estuvimos explicando la foto cerca de una hora, señalándole los pájaros hasta que finalmente los vio. Pensé que Mr. Wine y yo estábamos probablemente de pie bajo los árboles.

Abuela no quiso que le hicieran una fotografía. No decía por qué, pero desconfiaba de la caja y no la tocó.

Cuando recibimos las fotografías reveladas, a abuela le gustaron mucho. Las estudió detenidamente y las puso sobre el tronco de encima de la chimenea, y las miraba continuamente. Creo que entonces sí que hubiese aceptado que le hiciésemos una foto; pero ya no teníamos la Kodak, pues Mr. Wine se la había entregado ya a la gente que se la había encargado.

Dijo que iba a conseguir otra Kodak, pero no lo hizo, pues ése fue su último verano.

La estación estaba a punto de morir, acortándose al final más y más los días. El sol comenzó a cambiar. De ser un foco de vida blanco, empezó a volverse neblinoso, amarillo y dorado, difuminando los atardeceres y ayudando a morir al verano. Preparándose, como decía abuela, para el gran sueño.

Mr. Wine hizo su último viaje. Nosotros entonces no lo sabíamos, a pesar de que tuvimos que ayudarlo a cruzar el tronco sobre el riachuelo y a subir los escalones del porche. Quizá él lo supiese.

Cuando desempaquetó su morral sobre el suelo de la cabaña, sacó un abrigo amarillo. Lo sujetó y la luz de la lámpara brilló en él como si fuese de oro. Abuela dijo que le recordaba los canarios salvajes. Era el abrigo más bonito que nunca habíamos visto. Mr. Wine le dio muchas vueltas a la luz de la lámpara y todos lo miramos. Abuelo lo tocó, pero yo no.

Mr. Wine nos explicó que siempre se estaba olvidando de las cosas. Había hecho el abrigo para uno de sus bisnietos que vivían al otro lado de las grandes aguas, pero

lo había hecho del tamaño que su bisnieto tenía hacía algunos años. Después de haberlo hecho, se dio cuenta de que ya no le estaría bien. Ahora no había nadie que pudiera ponérselo.

Era un pecado tirar algo que podía ser utilizado por alguien. Estaba tan preocupado que no podía dormir, pues se estaba volviendo viejo y no podía permitirse cometer pecados. Que si no podía encontrar a nadie que le hiciera el favor de ponérselo, creía que estaba totalmente perdido. Todos estuvimos meditando un rato sobre el problema. Tenía la cabeza gacha y el aspecto de estar ya perdido. Le dije que yo podía probármelo.

Levantó la cabeza y una sonrisa apareció entre sus barbas. Me dijo que tenía tan mala cabeza que se le había olvidado completamente pedirme ese favor. Se animó mucho y bailó una pequeña danza dando vueltas, y añadió que yo le estaba quitando un pecado y un gran peso de encima.

Todos me pusieron el abrigo. Abuela me tiró de la manga cuando me lo puse, Mr. Wine alisó la parte de atrás y abuelo tiró de la parte inferior hacia abajo. Me estaba perfectamente, como si yo tuviera la misma talla que el bisnieto de Mr. Wine hacía unos años.

Di muchas vueltas bajo la lámpara para que abuela viera el abrigo por todas partes. Levanté los brazos para que abuelo pudiera ver las mangas y todos lo tocamos. Era suave y se deslizaba bajo nuestras manos. Mr. Wine estaba tan feliz que lloró.

Me puse el abrigo para cenar y tuve mucho cuidado de mantener la boca sobre el plato para no mancharme. Hubiese dormido con él, pero abuela dijo que si lo hacía, se arrugaría. Lo colgó de la esquina de mi cama para que pudiera verlo. La luz de la luna que entraba por la ventana hacía que brillara todavía más.

Mientras estaba allí, mirando el abrigo, decidí que me lo pondría siempre que fuera a la iglesia o al pueblo. Puede que también lo hiciera para ir a la tienda del cruce a entregar nuestras mercancías. Me parecía que cuanto más me lo pusiera, más pecado quitaría de encima a quien me lo había dado.

Mr. Wine dormía sobre un jergón. Lo ponía sobre el suelo del cuarto de estar, que estaba separado de nuestras habitaciones por la perrera. Le había dicho que podía utilizar mi cama, puesto que a mí me gustaba dormir sobre el jergón, pero nunca quiso.

Aquella noche, mientras estaba tumbado en mi cama, comencé a pensar que, a pesar de que estaba haciendo un favor a Mr. Wine, quizá debiera darle las gracias por el abrigo amarillo. Me levanté, anduve de puntillas por la perrera y abrí la puerta. Estaba arrodillado sobre su jergón y tenía la cabeza inclinada. Me imaginé que estaba diciendo sus oraciones.

Estaba dando gracias por un niño pequeño que le había dado mucha felicidad.

Pensé que se trataría de su bisnieto, al otro lado de las grandes aguas. Tenía una vela encendida sobre la mesa de la cocina. Me quedé quieto, pues abuela me había enseñado a no hacer ruido cuando la gente estaba rezando.

Al cabo de un rato levantó la cabeza y me vio. Me dijo que entrara. Le pregunté por qué había encendido la vela si teníamos una lámpara.

Me dijo que todos los suyos estaban al otro lado de las grandes aguas. Sólo había una forma de que él pudiera estar con ellos. Únicamente encendía la vela en algunas ocasiones, y ellos encendían otra vela al mismo tiempo. Al hacer esto, estaban juntos, pues lo estaban sus pensamientos.

Le dije que nosotros teníamos a nuestra gente en Las Naciones y que no habíamos descubierto ese sistema para estar con ellos. Le hablé de Willow John.

Le prometí hablar de la vela con Willow John. Me contestó que Willow John lo entendería. Me olvidé totalmente de agradecerle el abrigo amarillo.

Se marchó a la mañana siguiente. Le ayudamos a cruzar el tronco sobre el riachuelo. Abuelo había cortado un palo de nogal y Mr. Wine lo usaba como bastón mientras andaba.

Bajó por el camino, andando despacio, usando el palo de nogal, encorvado bajo el peso del morral. Ya se había perdido de vista cuando recordé que se me había olvidado darle las gracias. Corrí camino abajo, pero ya estaba muy lejos. Grité:

—¡Gracias por el abrigo amarillo, Mr. Wine!

No se dio la vuelta. No me había oído. Mr. Wine no sólo lo olvidaba todo, tampoco oía bien. Mientras volvía por el camino, pensé que como él tenía tan mala memoria, comprendería que yo también me hubiese olvidado.

Aunque realmente le estaba haciendo un favor poniéndome el abrigo amarillo.

18 *Fuera de la montaña*

AQUEL año, el otoño llegó pronto a las montañas. Primero en las partes altas comenzaron a caer las hojas rojas y amarillas, bajo un viento fuerte. El hielo las había tocado. El sol tomó un color ámbar y sus rayos se filtraban por entre los árboles hasta el valle.

Cada mañana, el hielo bajaba un poco más desde las montañas. Un hielo tímido, que no mataba, pero que hacía saber que no se podía uno aferrar al verano, igual que no se podía parar el tiempo y que la muerte invernal estaba llegando.

El otoño es el tiempo de gracia de la naturaleza. Es una época para poner las cosas en orden para la muerte. Al hacer esto, se piensa lo que se debe hacer..., y lo que no se ha hecho. Es un tiempo para recordar..., y para arrepentirse y desear haber hecho cosas que no se han hecho..., y haber dicho cosas que no se han dicho.

Yo hubiese querido haberle dado las gracias a Mr. Wine por el abrigo amarillo. No vino aquel mes. Nos sentábamos al atardecer en el porche, mirábamos el camino del valle y escuchábamos, pero no vino. Decidimos ir al pueblo a enterarnos de lo que había pasado.

El hielo rozó el valle, ligeramente, tan sólo como recordatorio. Algunos árboles se volvieron rojos y las hojas de los chopos y de los arces tomaron un color amarillo. Las criaturas que tenían que aguantar el invierno trabajaban mucho almacenando alimentos para no morir.

Los arrendajos formaban largas filas volando una y otra vez hacia los robles altos, llevando bellotas a sus nidos. Ahora no jugaban ni cantaban.

La última mariposa voló por el valle. Descansó sobre el tallo del grano que abuelo y yo habíamos cortado. No movía las alas, simplemente se quedó allí esperando. No tenía intención de almacenar comida. Iba a morir y lo sabía. Abuelo me dijo que era más sabia que la mayoría de la gente. No se alarmaba. Había cumplido su cometido en la vida y ahora su papel era morir. Por eso esperaba allí, bajo el último calor del sol.

Abuelo y yo recogimos madera para la estufa y leños para la chimenea. Dijo que durante todo el verano habíamos vivido como cigarras y ahora debíamos buscar madera para calentarnos en invierno. Eso era lo que hacíamos.

Arrastrábamos troncos de árboles muertos y pesadas ramas, desde la ladera de la montaña hasta el claro de la casa. El hacha de abuelo relucía bajo el sol del atardecer, golpeaba y producía eco en el valle. Yo transportaba pequeños trozos de madera para la cocina y ordenaba en filas pegadas a la pared de la cabaña los leños para la chimenea.

Esto es lo que estábamos haciendo cuando llegaron los políticos. Dijeron que no

eran políticos, pero sí lo eran. Un hombre y una mujer.

No quisieron sentarse en las mecedoras que les ofrecimos, pero se sentaron erguidos en sillas de respaldo alto. El hombre vestía un traje gris y la mujer un vestido, también gris. El vestido estaba tan abotonado alrededor del cuello, que me figuré que por eso tenía la mujer el aspecto que tenía. El hombre mantenía las rodillas juntas, como una mujer. Tenía el sombrero sobre las rodillas y estaba nervioso, pues continuamente daba vueltas al sombrero. La mujer no estaba nerviosa.

Dijo que yo debería irme del cuarto, pero abuelo contestó que yo me enteraba siempre de cualquier asunto que ocurría allí y que, por tanto, me quedaba. Me quedé, me senté en mi mecedora y comencé a mecarme.

El hombre tosió un poco y dijo que la gente estaba preocupada por mi educación. Debían cuidarme. Abuelo contestó que ya estaba cuidado. Les habló de lo que había dicho Mr. Wine.

La mujer le preguntó quién era Mr. Wine y él les contó todo acerca de Mr. Wine, aunque no mencionó que tenía muy mala memoria. La mujer aspiró aire por la nariz y se sacudió la falda, como si pensara que Mr. Wine estaba por allí e iba a ponerse sobre su falda.

Vi claramente que no le daba ningún valor a Mr. Wine, de la misma forma que no nos lo daba tampoco a nosotros. Entregó un papel a abuelo y éste se lo dio a abuela, que encendió la luz y se sentó en la mesa de la cocina para leer el papel. Comenzó a leerlo en voz alta, pero se detuvo. El resto lo leyó sólo para ella. Cuando acabó, se levantó, se inclinó y apagó la lámpara.

Los políticos sabían lo que aquello significaba. Yo también. Se levantaron en la penumbra y se fueron hacia la puerta. No dijeron adiós.

Esperamos en la oscuridad mucho tiempo después de que se hubiesen ido. Abuela encendió la lámpara y nos sentamos en la mesa de la cocina. No podía ver lo que había en el papel, pues mi cabeza sólo llegaba al borde de la mesa, pero escuché.

El papel decía que unas personas habían ido a decirle a la ley que yo no estaba bien atendido y que mis abuelos no tenían derecho a quedarse conmigo, que eran viejos y no tenían educación. Que abuela era india y abuelo mestizo. Abuelo, según el papel, tenía mala reputación.

Añadía que mis abuelos eran egoístas y que estaban perjudicándome para toda la vida. Eran egoístas porque sólo querían consuelo en su vejez y me tenían allí más o menos para eso, para que les proporcionase compañía.

También había cosas sobre mí, pero abuela no las leyó en voz alta. Mis abuelos tenían unos días para ir al juzgado y dar una respuesta a todo aquello. Si no lo hacían, me llevarían a un orfanato.

Abuelo estaba totalmente conmocionado. Se quitó el sombrero y lo puso sobre la mesa. Su mano temblaba.

Comenzó a jugar con el sombrero y se quedó así un buen rato, tocándolo y mirándolo.

Me senté en mi mecedora al lado de la chimenea. Les dije a mis abuelos que pensaba que podía avanzar con el diccionario hasta aprender diez palabras a la semana, y que probablemente podría avanzar más, quizá hasta cien. Estaba aprendiendo a leer. Veía claramente que iba a redoblar mis esfuerzos en la lectura y les recordé lo que Mr. Wine había dicho acerca de mis números; a pesar de que él no contase nada para los políticos, el hecho demostraba que estaba avanzando.

No podía dejar de hablar. Intenté callar, pero no pude. Me balanceé más y más fuerte, y hablé más y más deprisa.

Le aseguré a abuelo que no me estaban perjudicando de ninguna forma, que pensaba que tenía la suerte mayor del mundo al estar con ellos. No me contestó. Abuela cogió el papel y lo miró.

Vi que pensaban que eran lo que el papel decía que eran. Les dije que se equivocaban, que era justamente al contrario. Eran ellos los que me consolaban a mí, y que yo era probablemente una de las peores cosas que les podía haber ocurrido. Recordé a abuelo que yo le había causado muchas molestias y ellos a mí ninguna. Dije que estaba preparado para contarles esas cosas a los de la ley. Pero ellos no hablaban.

Estaba aprendiendo un oficio; lo cual, estaba seguro, no hacía ningún otro niño de mi edad.

Abuelo me miró por primera vez. Sus ojos estaban nublados. Me previno que, estando las cosas como estaban, quizá fuera mejor no decir nada relacionado con el negocio del güisqui.

Fui hacia la mesa y me senté sobre las piernas de abuelo. Les aseguré a los dos que yo no iría con la ley, que me adentraría en las montañas y viviría con Willow John, hasta que la ley se olvidase de mí. Le pregunté a abuela qué era un orfanato.

Me miró desde el otro lado de la mesa. Sus ojos tampoco parecían estar bien. Me respondió que un orfanato era un lugar donde estaban los niños que no tenían padre ni madre; allí había muchos niños. Añadió que la ley iría a buscarme si me marchaba con Willow John.

Vi claramente que la ley encontraría nuestro alambique si comenzaban a buscarme. No volví a mencionar a Willow John.

Abuelo dijo que a la mañana siguiente iríamos al pueblo a ver a Mr. Wine.

Salimos al amanecer bajando por el camino del valle. Abuelo llevaba el papel para enseñárselo a Mr. Wine. Sabía dónde vivía y cuando llegamos al pueblo bajamos por una calle lateral. Mr. Wine vivía encima de una tienda de alimentación. Subimos por las escaleras, que crujían cuando las pisábamos, y llegamos a la vivienda. La puerta estaba cerrada. Golpeó con los nudillos y la movió un poco... pero nadie

contestó. Había polvo en el cristal. Abuelo lo limpió y miró hacia adentro. Allí no había nadie.

Bajamos despacio los escalones. Seguí a abuelo y entramos en la tienda.

Viniendo del sol del mediodía, la tienda estaba oscura para nosotros. Nos estuvimos quietos un momento hasta que recuperamos la vista. Había un hombre apoyado en el mostrador.

—¡Hola! —dijo—. ¿Qué desean?

Su barriga colgaba sobre el cinturón de sus pantalones.

—¡Hola! —dijo abuelo—. Estábamos buscando a Mr. Wine, el tipo que vive encima de la tienda.

—No se llama Mr. Wine —dijo el hombre.

Tenía un palillo en la boca, que movía de un lado a otro. Chupó el mondadientes y luego se lo sacó de la boca y frunció el ceño mientras lo miraba, como si supiese mal.

—De hecho —dijo—, ya no se llama de ninguna forma. Está muerto.

Nos quedamos estupefactos. No dijimos nada. Sentí un vacío en mi interior y me temblaron las rodillas. Había dado mucha importancia a Mr. Wine, pues creía que era la única persona que podía arreglar nuestra situación. Pensé que abuelo había pensado eso también, pues ahora no sabía qué hacer.

—¿Es usted Wales? —preguntó el hombre gordo.

—Así es —dijo abuelo. El hombre gordo se movió tras el mostrador y cogió un saco de debajo. Lo colocó sobre el mostrador. Estaba lleno de cosas.

—El viejo dejó esto para usted.

Abuelo miró la etiqueta, a pesar de que no sabía leer.

—Tenía todo etiquetado —dijo el hombre gordo—. Sabía que iba a morir. Incluso tenía una etiqueta alrededor de la cintura indicando dónde había que mandar su cuerpo. También sabía cuánto iba a costar aquello... Dejó el dinero en un sobre... Hasta el último céntimo. Exacto. No sobró nada. Como un maldito judío.

Abuelo le miró duramente, desde debajo de su sombrero.

—Pagó lo que tenía que pagar, ¿no es así?

El hombre gordo se puso serio:

—Oh, sí... sí... Yo no tenía nada contra el viejo, no le conocía. Nadie le conocía mucho. Se pasaba el tiempo andando por las montañas.

Abuelo se colocó el saco sobre el hombro.

—¿Me puede usted decir dónde hay un abogado?

El hombre gordo señaló al otro lado de la calle.

—Justo enfrente de usted, subiendo las escaleras que hay entre aquellos edificios.

—¡Gracias! —dijo abuelo.

Salimos por la puerta.

—Es curioso —dijo el hombre gordo cuando salíamos—; el viejo judío, cuando le encontramos, lo único que no tenía etiquetado era una vela. El muy tonto la tenía encendida a su lado.

Yo sabía lo de la vela, pero no dije nada. También sabía lo del dinero. Mr. Wine no era tacaño, era ahorrativo y pagaba lo que tenía que pagar y cuidaba de que su dinero se gastara de la manera correcta.

Cruzamos la calle y subimos los escalones. Abuelo llevaba el saco. Dio unos golpecitos en la puerta que tenía una ventana de cristal con unas letras escritas.

—Entre..., entre —la voz sonaba como si no debiéramos haber llamado. Entramos.

Había un hombre echado hacia atrás, en una silla, detrás de un escritorio. Tenía el pelo blanco y parecía viejo. Cuando nos vio a abuelo y a mí se levantó lentamente. Abuelo se quitó el sombrero y dejó el saco en el suelo. El hombre se inclinó sobre el escritorio y alargó su mano.

—Mi nombre es Taylor —dijo—. Joe Taylor.

—Wales —dijo el abuelo. Tomó su mano, pero no la estrechó con fuerza. La soltó y le dio a Mr. Taylor nuestro papel.

Mr. Taylor se sentó y sacó unas gafas del bolsillo de su chaleco. Se inclinó sobre el escritorio y leyó el papel. Le observé. Frunció el ceño. Miró el papel durante un rato largo.

Cuando terminó, dobló el papel lentamente y se lo volvió a dar a abuelo. Levantó la vista.

—¿Ha estado usted en la cárcel por fabricar güisqui?

—Una vez —dijo abuelo.

Mr. Taylor se levantó y se dirigió hacia una gran ventana. Miró la calle durante un largo rato. Suspiró y no miró a abuelo.

—Podría aceptar su dinero, pero no serviría de nada. Los burócratas del gobierno que llevan estas cosas no entienden a la gente de la montaña. No quieren. No creo que esos hijos de perra entiendan nada.

Estuvo mirando mucho tiempo algo que había fuera de la ventana. Tosió.

—Ni tampoco a los indios. Perderíamos. Se llevarán al chico.

Abuelo se puso su sombrero. Sacó su bolsa del bolsillo de los pantalones, la levantó y miró dentro. Dejó un dólar sobre el escritorio de Mr. Taylor. Nos fuimos. Mr. Taylor continuaba mirando hacia afuera de la ventana.

Salimos del pueblo. Abuelo iba delante, cargando con el saco. Mr. Wine se había ido. Yo sabía que habíamos perdido.

Era la primera vez que podía ir a su paso con facilidad. Andaba despacio, los mocasines casi se arrastraban en la arena. Me imaginé que estaba cansado. Íbamos por el camino del valle cuando le pregunté:

—Abuelo, ¿qué es un maldito judío?

Abuelo se paró, pero no me miró. Su voz también parecía cansada:

—No sé. Algo se dice en la Biblia de ellos, de una forma u otra. Hay que retroceder mucho tiempo —abuelo se volvió—. Como los indios..., he oído que tampoco tienen una nación.

Abuelo bajó la mirada hacia mí. Sus ojos parecían los de Willow John.

Abuela encendió la lámpara. Abrimos el saco allí, sobre la mesa de la cocina. Había rollos de tela roja, verde y amarilla para abuela; agujas, dedales y carretes de hilo. Le dije a abuela que parecía que Mr. Wine había vaciado su morral dentro de este saco. Ella me dijo que sí, que eso era lo que parecía.

Había todo tipo de herramientas para abuelo, y libros. Un libro de números y un pequeño libro negro que dijo abuela que tenía cosas valiosas para mí. Había otro libro con dibujos de niños, niñas y perros. Tenía cosas escritas y estaba totalmente nuevo, pues todavía brillaba. Imaginé que Mr. Wine lo iba a traer en su próximo viaje, si no se le olvidaba. Eso era todo, pensamos.

Abuelo cogió el saco vacío y lo puso sobre el suelo. Algo hizo ruido dentro. Abuelo le dio la vuelta. Por la mesa rodó una manzana roja. Era la primera vez que Mr. Wine se había acordado de la manzana. Algo más rodó sobre la mesa y abuela lo cogió. Era una vela. Tenía una de las etiquetas de Mr. Wine. Abuela la leyó. Decía: Willow John.

No cenamos mucho. Abuelo habló de nuestro viaje al pueblo, de Mr. Wine y de lo que había dicho Mr. Taylor.

Abuela apagó la lámpara y nos sentamos todos cerca de la chimenea, en la penumbra de la luna nueva, cuya luz entraba por la ventana. No encendimos el fuego. Comencé a mecarme.

Les dije a mis abuelos que no debían sentirse mal. No me sentía deprimido. Probablemente me gustaría el orfanato con todos los niños que había allí; además, la ley se contentaría pronto y podría volver.

Abuela dijo que nos quedaban tres días; después me tendrían que llevar con la ley. No hablamos nada más. No sabía qué más decir. Los tres nos pusimos a mecernos; nuestras sillas crujían lentamente. Estuvimos así hasta muy tarde. Y no hablamos.

Cuando me fui a la cama lloré por primera vez desde que había muerto mamá, pero me puse la manta sobre la boca y mis abuelos no me oyeron.

Llenamos los tres días viviendo tan intensamente como pudimos. Abuela iba a todas partes conmigo y con abuelo, por El Estrecho, hasta el desfiladero colgado. Nos llevábamos a «Blue Boy» y a los otros perros. Una mañana temprano, cuando todavía todo estaba oscuro, subimos por el sendero alto. Nos sentamos arriba, en la montaña, y vimos amanecer el día sobre la cordillera. Les enseñé mi lugar secreto.

A abuela se le cayó azúcar prácticamente en todo lo que guisaba. Abuelo y yo

comimos muchas galletas.

El día antes de irme bajé por el atajo hasta la tienda del cruce. Mr. Jenkins me dijo que la caja verde y roja estaba vieja y que, por tanto, me la vendía por sesenta y cinco centavos. Le pagué. Compré también una caja de barritas de caramelo rojo para abuelo. Me costó veinticinco centavos. Me sobraron diez centavos del dólar que me había dado Mr. Chunk.

Aquella noche abuelo me cortó el pelo. Me explicó que era necesario porque quizá tuviese dificultades si parecía un indio. Le contesté que no me importaba, que me gustaba parecerme a Willow John.

No debía llevar mis mocasines. Estiró mis zapatos viejos. Cogió un trozo de hierro y apretó con él dentro del zapato, empujando hacia afuera el cuero del empeine. Mis pies habían crecido.

Les dije que iba a dejar mis mocasines debajo de mi cama, porque como probablemente iba a regresar muy pronto, así los tendría a mano. Puse la camisa de ciervo sobre la cama. Le dije a abuela que podía quedarse allí, pues nadie iba a dormir en mi cama hasta que yo volviera.

Escondí la caja verde y roja en el armario de la comida de abuela, donde era seguro que la encontraría al cabo de uno o dos días, y puse la caja de las barritas de caramelo en la chaqueta del traje de abuelo. La encontraría el domingo. Yo sólo había cogido un par de ellas, para probar si eran buenas. Lo eran.

Abuela no fue al pueblo cuando yo partí. Abuelo me esperó en el claro y ella se arrodilló en el porche y me cogió como cogía a Willow John. Yo también la cogí. Intenté no llorar, pero lloré un poquito. Llevaba puestos mis viejos zapatos, que no me hacían daño si encogía los dedos pulgares. Vestía mis mejores pantalones de peto y mi camisa blanca. También llevaba puesto mi abrigo amarillo. En mi saco ella había puesto otras dos camisas, los otros pantalones de peto y mis calcetines. No me llevaba nada más, pues sabía que volvería. Le dije a abuela que así lo haría.

Arrodillada allí en el porche, me dijo:

—¿Te acuerdas de la estrella Sirio, *Pequeño Árbol*? ¿La que miramos cuando cae la tarde?

Dije que sí me acordaba.

Abuela añadió:

—Dondequiera que estés, no importa dónde, al final de la tarde mira a Sirio. Abuelo y yo también estaremos mirando. Te recordaremos.

Respondí que yo también me acordaría. Era como Mr. Wine y su vela. Le pedí a abuela que le dijera a Willow John que mirara también a Sirio. Dijo que lo haría así.

—Los cheroquis —dijo— casaron a tu padre y a tu madre. ¿Te acordarás de esto, *Pequeño Árbol*? No importa lo que digan... tú, recuérdalo.

Dije que así lo haría. Abuela me soltó. Cogí mi saco y seguí a abuelo hacia el

claro. Cuando estábamos pasando el tronco sobre el riachuelo, miré hacia atrás. Abuela estaba de pie en el porche, mirando. Levantó la mano y se tocó el corazón, luego dirigió la mano hacia mí. Sabía lo que me quería decir.

Abuelo tenía puesto su traje negro. También llevaba sus zapatos y ambos caminábamos haciendo mucho ruido. Mientras bajábamos por el camino del valle, las ramas de los pinos se inclinaban y me cogían por los brazos. Una rama de roble alargó sus dedos y tiró del saco que llevaba al hombro. Un arbusto sujetó mi pierna. La corriente comenzó a correr más deprisa y a saltar haciendo mucho ruido, una corneja voló por delante de nosotros graznando sin cesar... Luego se posó en la copa de un árbol alto y continuó graznando. Todos ellos estaban diciendo: «No te vayas, *Pequeño Árbol...* No te vayas, *Pequeño Árbol...*». Sabía lo que decían y por eso se me nublaron los ojos mientras andaba torpemente detrás de abuelo. El viento comenzó a soplar y sujetó la parte de abajo de mi abrigo. Las zarzas moribundas se acercaron al sendero y se colgaron de mis piernas. Una paloma llamó con un sonido largo y triste y no fue contestada. Por eso supe que se quejaba por mí.

Abuelo y yo lo pasamos mal mientras bajábamos por el camino del valle.

Esperamos en la estación de autobuses. Nos sentamos sobre un banco. Coloqué el saco sobre mis piernas. Estábamos esperando a la ley.

Le dije a abuelo que no sabía cómo iba a poder arreglárselas sin mí en el negocio del güisqui. Me dijo que iba a ser difícil, que tendría que doblar el tiempo de trabajo. Le respondí que, probablemente, estaría de vuelta muy pronto y, así, él no tendría que trabajar el doble durante mucho tiempo. Abuelo afirmó que posiblemente sería así. No dijimos mucho más.

Había un reloj en la pared. Sabía decir la hora que era y se la dije a abuelo. No había mucha gente en la estación de autobuses. Sólo una mujer y un hombre. Siendo unos tiempos tan duros, dijo abuelo, la gente no tenía dinero para hacer viajes.

Le pregunté a abuelo si sabía si las montañas llegaban hasta el orfanato. Me contestó que no sabía. No había estado allí nunca. Esperamos un poco más.

La mujer llegó. Yo la conocía. Era la mujer del traje gris. Vino hacia donde estábamos, y cuando abuelo se levantó le entregó algunos papeles. Se los guardó en el bolsillo. El autobús estaba esperando. Ella dijo:

—Ahora no queremos ningún jaleo. Hagámoslo pronto. Lo que ha de hacerse, ha de hacerse. Es lo mejor para todos.

No sabía de qué estaba hablando. Abuelo tampoco lo sabía. Era todo burocracia. Sacó una cuerda de su bolso y la ató alrededor de mi cuello. Tenía una etiqueta, como las de Mr. Wine. La etiqueta tenía cosas escritas. Abuelo y yo la seguimos desde la parte de atrás de la estación hasta el autobús.

Yo llevaba mi saco sobre el hombro. Abuelo se arrodilló allí, delante de la puerta del autobús, y me cogió como cogía a Willow John. Me tuvo así abrazado un largo

rato, arrodillado en el suelo. Susurré algo a su oído. Le dije:

—Probablemente estaré de vuelta al instante.

Abuelo me apretó contra su corazón.

La mujer apremió:

—Ahora tiene que irse.

Yo no sabía si me hablaba a mí o a abuelo. Él se levantó. Se volvió y se fue andando. No miró hacia atrás.

La mujer me cogió y me puso sobre el escalón del autobús. Lo podría haber hecho solo. Le dijo al conductor del autobús que leyera mi etiqueta y yo me quedé allí de pie mientras él la leía.

Aseguré al conductor que no tenía billete y no estaba muy seguro si debía montarme, pues no llevaba dinero. Se rió y me dijo que la mujer le había dado mi billete. Tan sólo había tres personas en el autobús. Fui hacia atrás y me senté al lado de una ventana desde donde quizá pudiese ver a abuelo.

El autobús arrancó y salió de la estación. Vi a la mujer del traje gris mirando. Bajamos por la calle y no pude ver a abuelo por ninguna parte. Por fin le vi. Estaba de pie en la esquina de la calle, al lado de la estación. Llevaba el sombrero muy calado y sus manos colgaban de sus brazos.

Pasamos por su lado e intenté bajar la ventanilla, pero no supe cómo hacerlo. Hice señas, pero él no me vio.

Cuando el autobús pasaba por su lado, corrí hacia la parte de atrás y miré por la ventana trasera. Abuelo estaba allí todavía, mirando el autobús. Hice señas y grité:

—¡Adiós, abuelo! Probablemente estaré de vuelta muy pronto.

No me vio. Grité más:

—Probablemente volveré inmediatamente, abuelo.

Pero él siguió de pie, inmóvil, haciéndose cada vez más pequeño bajo el sol del atardecer. Tenía los hombros inclinados. Parecía muy viejo.

19 Sirio

CUANDO no se sabe adónde se va, siempre parece que es muy lejos. Nadie me lo había dicho. Supuse que abuelo tampoco lo sabía.

No podía ver por encima de los asientos de delante, así que me dediqué a mirar por la ventana las casas y los árboles que dejábamos atrás y después sólo los árboles. Se hizo de noche y ya no pude ver nada.

Me moví un poco alrededor de mi asiento, por el pasillo, y vi la carretera delante de nosotros, brillando con las luces del autobús. Todo parecía igual.

Paramos en una estación de un pueblo y estuvimos allí mucho tiempo, pero no me bajé ni me moví del asiento. Pensé que probablemente estaba más seguro donde estaba.

Después dejamos el pueblo, no había nada más que ver. Mantuve mi saco sobre las piernas, pues me recordaba a mis abuelos. Olía un poco como «Blue Boy». Me quedé dormido.

El conductor del autobús me despertó. Era por la mañana y lloviznaba. Habíamos parado delante del orfanato, y cuando me bajé del autobús una mujer me esperaba bajo un paraguas.

Llevaba un vestido negro que le llegaba hasta el suelo y se parecía mucho a la mujer del traje gris.

No dijo nada. Se agachó, cogió mi etiqueta y la leyó. Hizo señas al conductor del autobús y éste cerró la puerta y se marchó. Ella se enderezó, frunció el ceño y suspiró.

—Sígueme —dijo, y se metió dentro de la verja de hierro, andando despacio. Yo la seguí.

Cuando pasamos por la verja, unos olmos grandes que había a los lados susurraron y hablaron. La mujer no se enteró, pero yo sí. Los olmos habían oído hablar de mí.

Anduvimos por un gran patio hacia unos edificios. Podía seguir su paso con facilidad. Cuando llegamos a la puerta del edificio, la mujer se paró.

—Vas a ir a ver al reverendo —dijo—. Estate callado, no llores y sé respetuoso. Puedes hablar, pero sólo cuando te hagan una pregunta. ¿Entiendes?

Yo le dije que sí.

La seguí por una sala oscura y entramos en una habitación. El reverendo estaba sentado tras un escritorio. No levantó la cabeza. La mujer me sentó en una silla, delante del escritorio. Se fue de la habitación andando de puntillas. Me puse el saco sobre las rodillas.

El reverendo estaba ocupado leyendo unos papeles. Tenía la cara rosa y parecía

que se lavaba muy a menudo, pues brillaba. Podía decirse que no tenía ni un pelo, aunque al final me fijé que tenía un poco alrededor de las orejas.

Había un reloj en la pared y me fijé en qué hora era. No lo dije en alto. Podía ver la lluvia escurriendo por la ventana que estaba detrás del reverendo. Levantó la mirada:

—Para ya de mover las piernas —dijo.

Lo hizo en un tono muy duro, y yo paré.

Siguió estudiando los papeles durante un rato. Los dejó y cogió un lápiz al que comenzó a dar vueltas en la mano. Puso los codos en el escritorio y se inclinó para verme, pues yo no era demasiado alto.

—Estamos en unos tiempos muy duros —dijo. Frunció el ceño, como si fuese él personalmente responsable de que los tiempos fuesen duros—. El Estado no tiene dinero para estos asuntos. Nuestra secta ha decidido aceptarte, posiblemente obrando contra el sentido común, pero te hemos aceptado.

Comencé a odiar la secta, que estaba mezclada con todo aquel asunto. No dije nada, pues no me había hecho ninguna pregunta.

Continuó dando vueltas al lápiz, que no estaba afilado de una manera económica porque la punta era demasiado fina. Sospeché que era un derrochador. Comenzó a hablar otra vez:

—Tenemos un colegio al que puedes ir. Se te asignarán pequeños trabajos. Todos aquí hacen algún trabajo; algo a lo que probablemente no estarás acostumbrado. Tienes que seguir las reglas. Si las rompes serás castigado —tosió un poco—. No tenemos ningún indio aquí, ni mestizos ni nada de eso. Además, tu padre y tu madre no estaban casados. Tú eres el primero, el único bastardo que hemos aceptado nunca.

Le dije lo que me había dicho abuela, que los cheroquis habían casado a mis padres. Me contestó que lo que hacían los cheroquis no contaba para nada, y además no me había preguntado nada.

Estuvo meditando un rato sobre este asunto. Se levantó y dijo que su secta creía que había que ser bueno con todo el mundo. Bueno, con los animales y todos los demás seres.

Me explicó que no tenía que asistir a las misas ni a la capilla por la tarde; como era un bastardo, la Biblia decía que no podía salvarme. Añadió que, si quería, podía ir a escuchar, si estaba callado y me sentaba en la parte de atrás.

Todo aquello no me importó mucho, pues abuelo y yo habíamos dejado aparte los aspectos técnicos de la religión.

Me dijo también que veía en los papeles que tenía sobre el escritorio que abuelo no estaba preparado para criar a un niño y que, probablemente, yo nunca había tenido ningún tipo de disciplina. Eso último era cierto, porque yo no recordaba haberla tenido nunca. Añadió que abuelo había estado una vez en la cárcel.

Le conté que una vez había estado a punto de que me colgaran. Dejó de dar vueltas al lápiz y abrió mucho la boca:

—¿Estuviste a punto de qué? —dijo.

Dije que había estado a punto de ser colgado por la ley, pero conseguí escaparme. Le expliqué que, de no haber sido por los perros, suponía que me hubiesen colgado. No le dije dónde estaba el alambique porque esto podía haber sido el final de nuestro negocio, para abuelo y para mí.

Volvió a sentarse ante su escritorio y se cogió la cara con las manos, como si estuviese llorando. Movié la cabeza hacia delante y hacia atrás:

—Sabía que esto no era lo que debíamos haber hecho —dijo.

Lo repitió dos o tres veces. Yo no estaba muy seguro de qué era lo que no debían haber hecho.

Estuvo sentado tanto tiempo con la cabeza entre las manos, que sospeché que estaba llorando. Comencé a sentirme tan mal con aquel tipo como con toda aquella situación, y lamenté haber contado que casi me cuelgan una vez. Estuvimos así sentados un gran rato.

Le dije que no llorara, que no había sufrido ningún daño y que no debía preocuparse por eso; el viejo «Ringer» había muerto, pero no había sido culpa mía.

Levantó la cabeza y dijo:

—¡Cállate! No te he preguntado nada.

Volvió a coger los papeles.

—Veremos..., lo intentaremos, con la ayuda del Señor. Puede ser que tu sitio sea un reformatorio —dijo.

Hizo sonar una campana pequeña que había sobre su escritorio y la mujer llegó enseguida. Supuse que había estado al lado de la puerta todo el tiempo.

Me dijo que la siguiera. Cogí mi saco, lo puse sobre mi hombro y dije:

—¡Gracias! —pero no dije reverendo.

Aunque yo fuese un bastardo y, por tanto, fuera a ir al infierno, no quería ir más deprisa de lo necesario y todavía no había aclarado si había que decir «reverendo» o «señor». Como decía abuelo, si no se está totalmente obligado, no tiene sentido correr riesgos innecesarios.

Cuando bajamos a la habitación, se levantó el viento y golpeó la ventana con fuerza. La mujer se volvió y miró. El reverendo también miró hacia la ventana. Yo sabía que estaban llegando noticias mías desde las montañas.

Mi cama estaba en una esquina, separada de todas excepto de una, que estaba bastante cerca. Era una habitación grande y había veinte o treinta niños que dormían allí. La mayoría de ellos eran mayores que yo.

Mi trabajo consistía en ayudar a barrer la habitación todas las mañanas y todas las tardes. Lo hacía con facilidad, pero cuando no barría bien por debajo de las camas, la

mujer me hacía volver a barrer. Eso ocurría con bastante regularidad.

Wilburn dormía en la cama más cercana a la mía. Era mucho mayor que yo; quizá tuviese once años. Me dijo que tenía doce. Era alto y delgado y tenía pecas por toda la cara. Me explicó que nunca iba a ser adoptado por nadie, y que iba a quedarse allí casi hasta que tuviera dieciocho años; que aquello no le importaba lo más mínimo y que, cuando saliese de allí, iba a volver para quemar el orfanato.

Tenía un pie postizo. Era el pie derecho, y cuando andaba se le metía hacia dentro, golpeándole la pierna izquierda. La parte derecha de su cuerpo tampoco se movía con normalidad.

Wilburn y yo no jugábamos a ningún juego en el patio. Él no podía correr y yo era muy pequeño y no sabía jugar. Decían que los juegos no eran para los bebés.

Los dos nos sentábamos bajo un gran roble en la esquina del patio durante el tiempo de juego. A veces, cuando la pelota se iba lejos, yo corría, la cogía y se la volvía a lanzar a los niños que estaban jugando. Era un buen lanzador.

Hablé con el roble. Wilburn no lo sabía, pues yo no utilizaba palabras. Era un roble viejo. Con la proximidad del invierno había perdido la mayoría de sus hojas parlantes, pero usaba sus dedos desnudos en el viento para hablarme.

Me susurró que empezaba a quedarse dormido, pero que iba a esforzarse en mantenerse despierto para decir a los árboles de la montaña que yo estaba allí. Les mandaría la noticia con el viento. Le contesté que se lo contase también a Willow John. Así lo haría.

Me encontré una canica azul debajo del árbol. Se podía ver a través de ella, y cuando uno se la ponía en un ojo y cerraba el otro todo parecía azul. Wilburn me explicó lo que era, pues yo nunca había visto una canica.

Me aseguró que las canicas no eran para mirar a través de ellas, sino para empujarlas con el dedo y meterlas en un agujero que se hacía en el suelo; pero si yo hacía eso con la mía, alguien me la quitaría. Suponía que alguien la había perdido.

Wilburn dijo que las cosas son para el que se las encuentra, y que los otros podían irse al infierno. Metí la canica en mi saco.

De vez en cuando todos los niños se ponían en fila en la sala, cerca de la oficina, y llegaban unos hombres y mujeres y los miraban. Estaban buscando a alguien a quien adoptar. La mujer del pelo blanco que nos tenía a su cargo me dijo que yo no tenía que ponerme en la fila. Nunca me puse.

Yo los miraba desde la puerta. Podía adivinarse a quién escogían. Se paraban delante del que querían y le hablaban. Luego iban todos a la oficina. Nadie habló nunca con Wilburn.

Me explicó que no le importaba en absoluto; no era así. Todos los días que tenían que ponerse en fila, Wilburn se ponía una camisa limpia y pantalones de peto. Yo lo miraba.

Cuando estaba en la fila, sonreía siempre a los que pasaban y escondía el pie postizo detrás de la otra pierna. Pero no hablaban con él. Todas las noches, después de las ocasiones en que había que ponerse en fila, Wilburn se hacía pis en la cama. Decía que lo hacía deliberadamente para indicar lo que pensaba de las malditas adopciones.

Cuando Wilburn se hacía pis en la cama, la mujer del pelo blanco le hacía llevar su colchón y sus sábanas afuera y tenderlas al sol. Decía que no le importaba y que si le fastidiaban mucho se haría pis en la cama todas las noches.

Me preguntó qué iba a hacer yo cuando fuera mayor. Le contesté que iba a ser un indio, como abuelo y Willow John, e iba a vivir en las montañas. Me asustó al decirme que él iba a asaltar bancos y orfanatos. Añadió que también robaría las iglesias si averiguaba dónde guardaban el dinero. Probablemente mataría a todos los que mandaban en los bancos y los orfanatos, pero no me mataría a mí.

Lloraba por las noches. Nunca le dije que lo sabía, pues él se ponía la manta sobre la boca y, por tanto, me imaginé que no quería que nadie se enterara. Le animé diciéndole que probablemente le podrían curar el pie cuando saliera del orfanato. Le di mi canica azul.

Las misas de la capilla se celebraban al atardecer. Yo no iba; tampoco iba a la cena. Esto me daba la oportunidad de mirar hacia Sirio. Había una ventana en la pared de mi cuarto, delante de mi cama, y desde allí podía ver muy bien la estrella. Aparecía al anochecer con una luz muy débil y brillaba más y más a medida que la noche iba avanzando.

Sabía que mis abuelos la estarían mirando y también Willow John. Estaba delante de la ventana una hora cada noche, mirando hacia Sirio. Le dije a Wilburn que si no iba a la cena alguna noche, podría mirar la estrella conmigo, pero le hacían ir a la capilla y no quería dejar la cena. Nunca la miró.

Al principio, cuando comencé a mirarla, intentaba pensar cosas durante el día para recordarlas por la noche, pero me di cuenta de que no era necesario.

Todo lo que tenía que hacer era mirar. Abuelo me mandaba recuerdos de cuando él y yo estábamos sentados en la cima de la montaña viendo nacer el día, con el sol iluminando el hielo y lanzando destellos. Le oía claramente decir:

—¡Está naciendo el día!

Luego llegaba el viento y yo decía:

—Sí, señor. ¡Está naciendo!

Abuelo y yo volvíamos a perseguir zorros, mirando a Sirio, con «Blue Boy» y «Little Red» y el viejo «Rippitt» y «Maud». Nos moríamos de risa observando al viejo «Rippitt».

Abuela mandaba recuerdos de cuando recogíamos raíces y de las veces que derramaba azúcar en la comida que hacía con las bellotas. También de la vez en que

nos vio a abuelo y a mí de rodillas en el sembrado rebuznando al viejo «Sam», como si fuéramos mulas.

Me mandaba imágenes de mi lugar secreto. Todas las hojas se habían caído, estaban en el suelo y eran marrones, del color del óxido, y amarillas. Las hojas rojas de un zumaque rodeaban el lugar, como si fuesen un círculo de antorchas encendidas que no dejaban pasar a nadie más que a mí.

Willow John me enviaba imágenes de los ciervos de la parte alta de la montaña. Nos reíamos de aquella vez en que yo le puse la rana en el bolsillo de la chaqueta. Las imágenes de Willow John eran algo borrosas, pues sus sentidos estaban alterados. Él estaba enfadado.

Todos los días miraba las nubes y el sol. Si estaba nublado no me era posible mirar hacia Sirio. Cuando esto ocurría, me ponía frente a la ventana y escuchaba el viento.

Me matricularon en un colegio. Hacíamos operaciones con números, que yo ya sabía hacer, pues Mr. Wine me había enseñado. Una mujer grande y gorda daba las clases. Era dura y no toleraba ninguna tontería.

Una vez nos enseñó un dibujo de una manada de ciervos saliendo de una corriente de agua. Estaban unos sobre otros y parecía que se estaban empujando para salir. Preguntó que si alguien sabía lo que estaban haciendo.

Un niño dijo que estaban escapando de algo, probablemente de un cazador. Otro, que no les gustaba el agua y se daban prisa para salir de ella. La profesora dijo que, efectivamente, era eso lo que estaban haciendo. Levanté la mano.

Dije que se veía claramente que se estaban apareando, pues los que estaban arriba eran ciervos machos, y hembras las de abajo; también podía saberse por los árboles y los matorrales que era la época del año en que se aparean.

La mujer gorda se quedó estupefacta. Abrió la boca, pero no dijo nada. Alguien se rió. Se puso la mano en la frente, cerró los ojos y soltó el dibujo. Vi claramente que estaba enferma.

Dio un par de pasos hacia atrás antes de recuperar sus sentidos. Luego corrió hacia mí. Todos se callaron. Me cogió del cuello y comenzó a zarandearme. Su cara se puso roja y empezó a gritarme:

—¡Debería haberlo sabido..., todos deberíamos haberlo sabido..., suciedad..., suciedad... es lo único que saldrá de ti..., pequeño bastardo!

No tenía ni idea ni podía imaginarme a qué se refería ni por qué gritaba, así que me quedé sin hacer nada. Me zarandeo un poco más y luego me dio un golpe con la mano en la parte de atrás del cuello y me echó a empujones del aula.

Fuimos por el pasillo hasta el despacho del reverendo. Me hizo esperar fuera y cerró la puerta detrás de ella. Les pude oír hablar, pero no entendía lo que decían.

Al cabo de un rato salió del despacho del reverendo y se fue por el pasillo sin

mirarme. El reverendo estaba de pie en la puerta. Dijo en voz muy baja:

—Entra —y yo entré.

Sus labios estaban un poco abiertos, como si fuera a sonreír, pero no sonrió. Se pasaba la lengua por los labios. Tenía gotas de sudor en la cara. Me dijo que me quitara la camisa, y así lo hice.

Tuve que bajarme los tirantes del pantalón de peto y cuando me quité la camisa tuve que sujetarme los pantalones con las manos. El reverendo sacó un palo largo de detrás del escritorio.

Me dijo:

—Has nacido del mal y, por tanto, sé que el arrepentimiento no forma parte de ti, pero alaba a Dios. Vas a aprender a no contagiar tu mal a otros cristianos. No puedes arrepentirte..., ¡pero debes gritar!

Me azotó la espalda con el palo. La primera vez me dolió; pero no lloré ni grité. Abuela me había enseñado. Una vez que me machaqué la uña del pie me enseñó cómo los indios aguantan el dolor. Dejan que su parte física duerma y con su parte espiritual se van del cuerpo y ven el dolor, en lugar de sentirlo.

La parte física sólo siente el dolor físico. La parte espiritual siente únicamente el dolor espiritual. Por tanto, dejé dormir a mi parte física.

El palo golpeó una y otra vez mi espalda. Al cabo de un rato se rompió. El reverendo cogió otro palo. Jadeaba mucho:

—El mal es testarudo —dijo mientras jadeaba—. Pero alaba a Dios. El bien permanecerá.

Continuó azotando hasta que me caí. No estaba demasiado fuerte, pero me puse de pie. Abuelo decía que si uno podía mantenerse de pie, era que probablemente estaba bien.

El suelo se movía un poco, pero vi claramente que resistiría. El reverendo se había quedado sin aliento. Me dijo que me pusiera la camisa. Así lo hice.

La camisa absorbió algo de la sangre. La mayor parte había escurrido por mis piernas hasta los zapatos, pues no llevaba ropa interior que la empapara. Esto hizo que los pies se me quedaran pegajosos.

El reverendo dijo que me tenía que ir a la cama y que estaría castigado sin cenar durante una semana. De todas maneras, nunca cenaba. Añadió que no podría volver a clase ni salir de la habitación durante esa semana.

Me sentí mejor sin usar los tirantes, de modo que aquella noche me sujeté los pantalones de peto con las manos mientras miraba a Sirio desde la ventana.

Les hablé a mis abuelos y también a Willow John de lo que me había ocurrido. Les dije que no tenía ni la menor idea de lo que había hecho para que la mujer se pusiera enferma, ni de por qué estaba así el reverendo. Les dije que quería ser bueno, pero que el reverendo decía que no podía serlo, pues había nacido del mal y no podía

cambiar.

Le conté también a abuelo que me parecía que probablemente no podía hacer nada en aquella situación, y que quería volver a casa.

Fue la primera vez que me quedé dormido mirando a Sirio. Wilburn me despertó y me levantó de debajo de la ventana cuando volvió de cenar. Me dijo que había dejado la cena tan pronto como pudo para venir a ver qué me pasaba. Aquella noche tuve que dormir sobre mi estómago.

Wilburn dijo que cuando fuese mayor y dejase el orfanato y se dedicara a asaltar bancos, orfanatos y cosas así, mataría al reverendo. Y que no le importaba ir al infierno por eso.

Todas las noches después de aquello, cuando el anochecer traía a Sirio, les decía a mis abuelos y a Willow John que quería volver a casa. No veía las imágenes que me mandaban, ni oía nada. Quería volver a casa. Sirio se volvió roja, luego blanca y luego roja otra vez.

Tres noches después, Sirio estaba escondida entre grandes nubarrones. El viento tiró un poste de la luz y el orfanato se quedó a oscuras. Supe que me habían oído.

Comencé a esperarlos. El invierno avanzó. El viento se hizo más frío y gemía por la noche alrededor del edificio. A algunos no les gustaba aquello, pero a mí sí.

Fuera, yo pasaba todo el tiempo bajo el roble. Debía estar durmiendo, pero me contestó que no lo estaba para poder estar conmigo. Hablaba despacio y bajo.

Cuando ya era tarde, justo antes de que entrásemos todos, creí ver a abuelo. Era un hombre alto y llevaba un gran sombrero negro. Se alejaba de mí, bajando por la calle. Corrí hacia la verja de hierro y grité:

—¡Abuelo! ¡Abuelo! —pero él no se dio la vuelta.

Corrí siguiendo la verja hasta que se acabó. Le vi que desaparecía. Grité lo más alto que pude:

—¡Abuelo! ¡Soy yo, *Pequeño Árbol!* —pero no oyó nada y se fue.

La mujer del pelo blanco nos dijo que la Navidad estaba muy cerca y que todos debíamos sentirnos muy felices y cantar. Wilburn estaba fastidiado porque cantaban muchas canciones en la capilla, tenían que aprenderse las canciones y los favoritos se ponían de pie alrededor del reverendo, como si fueran pollitos, vestidos con sábanas blancas. Mientras cantaban, tocaban campanitas. Yo los oía.

La mujer del pelo blanco nos aseguró que iba a venir Papá Noel. Pero para Wilburn todo aquello era un montón de porquería.

Dos hombres trajeron un árbol y lo metieron dentro. Estaban vestidos como los políticos. Se reían y bromeaban. Dijeron:

—Mirad esto que os hemos traído, chicos. ¿No es bonito? Ahora ya tenéis vuestro propio árbol de Navidad.

La mujer del pelo blanco pensó que era muy bonito e hizo que todos dijesen a los

políticos que era muy bonito y les diesen las gracias. Todos lo hicieron.

Yo no. No había ninguna razón para que hubiesen cortado el árbol. Era un pino macho y murió allí, en el pasillo, lentamente.

Los políticos miraron sus relojes; no podían quedarse mucho tiempo, pero querían que todos fuesen felices. Querían que cogiésemos papel rojo y lo pusiéramos en el árbol. Todos lo hicieron, excepto Wilburn y yo.

Los políticos se fueron gritando «¡Felices Pascuas!», mientras salían por la puerta. Todos nos quedamos allí mirando el árbol un rato.

La mujer del pelo blanco se entusiasmó diciendo que el día siguiente era Nochebuena y Papá Noel llegaría con regalos hacia el mediodía. Wilburn dijo:

—¿No es ésa una hora muy rara para Papá Noel?

La mujer del pelo blanco se enfadó con Wilburn. Le dijo:

—Wilburn, dices eso todos los años. Sabes muy bien que Papá Noel tiene que ir a muchos sitios. También sabes que él y sus ayudantes tienen el derecho de estar con sus familias en Nochebuena. Deberías estar agradecido de que tengan tiempo, a cualquier hora, para venir y darte un regalo.

Wilburn respondió groseramente:

—¡Y una mierda!

Efectivamente, al día siguiente llegaron cuatro o cinco automóviles a la puerta. Se bajaron unos hombres y mujeres que llevaban paquetes. Iban con gorros pequeños y algunos llevaban campanillas en las manos. Hacían sonar las campanas y gritaban:

—¡Felices Navidades!

Lo gritaron una y otra vez. Eran los ayudantes de Papá Noel, que llegó el último.

Llevaba un traje rojo y tenía almohadones metidos bajo su cinturón. La barba no era de verdad, como la de Mr. Wine. La llevaba atada y colgaba flácida bajo su boca. No se movía cuando hablaba. Gritaba:

—¡Ho, ho, ho! —y continuó haciéndolo igual todo el rato.

La mujer del pelo blanco nos dijo que todos debíamos sentirnos felices y gritar «¡Felices Navidades!».

Todos lo hicieron. Una mujer me dio una naranja y yo le di las gracias. Se quedó de pie a mi lado y me dijo:

—¿No quieres comerte una naranja tan buena?

Para que se pusiera contenta, me la comí mientras me miraba. Estaba buena. Le volví a dar las gracias. Le dije que era una buena naranja. Me preguntó que si quería otra. Le contesté que creía que sí. Se marchó a alguna parte y nunca me dieron otra naranja. A Wilburn le dieron una manzana. No era tan grande como las que Mr. Wine olvidaba siempre que tenía en el bolsillo.

Pensé que hubiese sido bueno guardar un trozo de naranja, y lo tendría si la mujer no me hubiese forzado a comérmela. Lo hubiese cambiado por un trozo de la

manzana de Wilburn. También me gustaban las manzanas.

Las mujeres comenzaron a hacer sonar las campanas y a gritar:

—¡Papá Noel va a dar los regalos! ¡Poneos en círculo! ¡Papá Noel tiene algo para ti!

Todos nos pusimos en círculo.

Cuando Papá Noel decía un nombre, el niño tenía que ponerse de pie mientras Papá Noel le daba golpecitos en la cabeza y le acariciaba el pelo. Luego había que darle las gracias.

Una de las mujeres gritaba sin cesar:

—¡Abre tu regalo! ¿No vas a abrir tu bonito regalo?

Con esto se armó una gran confusión cuando ya habían repartido bastantes regalos, pues las mujeres iban en todas direcciones, intentando seguir a todo el mundo.

Recibí mi regalo y di las gracias a Papá Noel. Me acarició la cabeza mientras decía:

—¡Ho, ho, ho!

Una mujer comenzó a decirme que lo abriera, que era justamente lo que yo estaba intentando hacer. Por fin pude quitarle el papel.

Era una caja de cartón con un dibujo de un animal. Wilburn dijo que era el dibujo de un león. La caja tenía un agujero y había que tirar de una cuerda que tenía. Entonces sonaba como un león, según decía Wilburn.

La cuerda estaba rota, pero yo la arreglé haciendo un nudo. El nudo no pasaba por el agujero y el león no rugía mucho. Le dije a Wilburn que a mí aquello me recordaba más el sonido de una rana.

A Wilburn le regalaron una pistola de agua, pero tenía un agujero. Intentó disparar con ella, pero el agua salía mal. Wilburn dijo que él llegaba más lejos haciendo pis. Le animé diciéndole que probablemente podríamos arreglarla si tuviésemos algo de caucho, pero yo no sabía dónde habría un árbol de caucho por allí cerca.

Pasó una mujer dando una barrita de caramelo a cada uno. Me dio una. Volvió a cruzarse conmigo y me dio otra barrita. La compartí con Wilburn.

Papá Noel comenzó a gritar:

—¡Adiós a todos! ¡Os veré el próximo año! ¡Felices Navidades!

Todos los hombres y las mujeres comenzaron a gritar la misma cosa y a tocar sus campanas.

Salieron por la puerta de delante, se metieron en sus coches y se fueron. Todo se quedó tranquilo desde ese momento. Wilburn y yo nos sentamos en el suelo, cerca de nuestras camas.

Wilburn me contó que los hombres y las mujeres formaban parte de una

asociación que había en la ciudad, y de un club de campo.

Venían todos los años para sentirse bien y a tranquilizar sus conciencias y poder así luego irse a emborrachar. Añadió que estaba cansado de todo aquello. Cuando saliese del orfanato no iba a prestarle la menor atención a la Navidad.

Justo cuando comenzaba a anochecer, tuvieron que ir todos a misa. Me quedé solo, y cuando fue oscureciendo les oí cantar. Me acerqué a la ventana. El aire estaba limpio y el viento callado. Cantaban algo sobre una estrella, pero no era Sirio, pues los escuché con atención. Vi salir a Sirio. Brillaba.

Estuvieron mucho tiempo cantando en la capilla, así que pude mirar a Sirio hasta que se elevó mucho. Les dije a mis abuelos y a Willow John que quería volver a casa.

El día de Navidad tuvimos una gran comida. Nos dieron una pata de pollo a cada uno y un cuello o una molleja. Wilburn dijo que siempre era así, y que se imaginaba que criaban pollos especiales, que sólo tenían patas, cuellos y mollejas. A mí me gustó el mío y me lo comí entero.

Después de la cena nos dejaron hacer lo que quisiéramos. Hacía frío fuera y todos se quedaron dentro, menos yo. Me fui al jardín con mi caja de cartón y me senté bajo el roble. Estuve allí mucho tiempo.

Ya estaba casi anocheciendo y tenía que irme ya para dentro cuando miré hacia el edificio.

¡Allí estaba abuelo! Salía de la oficina y venía hacia mí. Solté la caja de cartón y corrí hacia él todo lo deprisa que pude. Abuelo se arrodilló, nos abrazamos y no dijimos nada.

Estaba oscureciendo y no podía ver la cara de abuelo bajo su gran sombrero. Me dijo que había venido a verme, pero que tenía que volver a casa. Abuela no había podido venir.

Yo me quería ir con él —nunca me había sentido peor—, pero tenía miedo de que eso le causara problemas a abuelo. Por eso no le dije que me quería ir a casa. Anduve con él hasta la verja. Nos volvimos a abrazar, pero abuelo se fue andando. Caminaba despacio.

Estuve allí un momento, mirando cómo se alejaba en la oscuridad. Se me ocurrió que, probablemente, abuelo tuviese problemas para encontrar la estación de autobuses. Le seguí, porque, a pesar de que no sabía dónde estaba la estación, quizá pudiera ayudarle.

Dejamos la carretera. Yo iba siempre siguiéndole y luego fuimos por unas calles. Le vi cruzar una calle y llegar a la estación de autobuses. Había luces donde él estaba. Me quedé parado en la esquina.

Todo estaba en silencio, pues era el día de Navidad y, prácticamente, no había nadie en la calle. Esperé un poco y grité:

—Abuelo, probablemente puedo ayudarte a leer los letreros de los autobuses.

Abuelo no pareció sorprendido. Me hizo señas de que me acercase. Corrí. Nos quedamos en la parte de atrás de la estación, pero yo no sabía bien qué autobús teníamos que tomar.

Al cabo de un rato, un altavoz le dijo a abuelo que aquél era su autobús. Fuimos juntos hasta él. La puerta estaba abierta y nos quedamos allí un momento. Abuelo miraba a alguna parte. Le tiré de los pantalones. No tiré como lo había hecho después del funeral de mamá, pero tiré. Abuelo me miró. Le dije:

—Abuelo, quiero volver a casa.

Me miró durante mucho rato. Se agachó, me cogió en brazos y me depositó en el autobús. Se subió y sacó su bolsa.

—Pago por mí y por mi chico —dijo abuelo, y lo dijo con voz dura. El conductor del autobús le miró y no se rió.

Abuelo y yo fuimos a la parte de atrás del autobús. Yo esperaba que el conductor se diese prisa y cerrase la puerta. Al cabo de un rato lo hizo y arrancamos, dejando atrás la estación.

Abuelo puso sus brazos alrededor de mí y me senté sobre sus piernas. Apoyé la cabeza en su pecho, pero no me dormí. Observé el viento. Estaba frío a causa del hielo. No había calefacción en la parte de atrás del autobús, pero no nos importaba.

Íbamos a casa.

*Las montañas despiertan, noria de feria en lo alto;
arrojan al niño menudo, en mantillas: nace un nuevo día.
El sol arrastra perezas, borra mil cañadas.
Montañas que cubren con niebla sus verdes rodillas,
peinan el helado viento con sus largos brazos,
troncos desnudos, la muerte escondida en sus ramas,
alivian dolores, ofreciendo al cielo sus anchas espaldas.*

*Las nubes, barcos perdidos, varados en rocas y cimas,
recogen los ecos, murmullos de arbustos y el río;
escucha el latido de profundos valles añorando vida.
Irán sintiendo el calor de su cuerpo, poco antes tan frío,
el dulzor de su aliento, su fuerza feliz creadora
que estremece entrañas, vendaval de pasión loca.*

*Dentro palpitan sus venas, ríos de agua cristalina;
pellizcan las raíces, como un niño la placenta
por donde el corazón de la madre le está dando vida.
Acuna con amor sus criaturas,
regalándoles la fuerza de su mente,*

melodía del agua, versos de cantar de cuna.

Abuelo y yo volviendo a casa.

20 De vuelta a casa

LAS horas pasaron mientras íbamos en el autobús con mi cabeza apoyada sobre su pecho, sin hablar ni dormir. El autobús paró dos o tres veces. No nos bajamos. Quizá tuviésemos miedo de que ocurriera algo que nos retuviera allí.

Era por la mañana temprano, pero todavía no había amanecido cuando nos bajamos del autobús al lado de la carretera. Hacía frío y había hielo en el suelo.

Comenzamos a andar por la carretera y al cabo de un rato giramos para ir por el camino de carretas. Vi las montañas. Sobresalían, grandes y más oscuras que la oscuridad que nos rodeaba. Me faltó poco para empezar a correr.

Cuando dejamos el camino de carretas para coger el camino del valle, la oscuridad comenzaba a hacerse gris. Le dije a abuelo de repente que algo no andaba bien.

Se paró.

—¿Qué es, *Pequeño Árbol*?

Me senté y me quité los zapatos.

—No podía sentir el camino, abuelo —dije.

Se sentía el suelo cálido y subió por mis piernas a todo mi cuerpo. Abuelo se rió. Se sentó también. Se quitó los zapatos y metió sus calcetines dentro. Luego, se levantó y tiró los zapatos en dirección a la carretera, con toda la fuerza que pudo.

—¡Puedes quedarte con esos trastos! —gritó abuelo.

Yo también tiré los míos hacia la carretera y grité lo mismo. Comenzamos a reírnos. Nos reímos hasta que me caí. Abuelo también rodaba por el suelo y las lágrimas le corrían por las mejillas.

No sabíamos con exactitud de qué nos reíamos, pero era más divertido que cualquier cosa de la que nos hubiéramos reído antes. Le dije que si nos viera alguien, pensaría que estábamos borrachos de güisqui. Dijo que suponía que sí, pero que quizá estuviésemos borrachos de alguna forma.

Cuando subíamos por el sendero, la primera mancha rosa tocó la cima. Comenzó a calentarse el día. Los brotes de pino se inclinaron sobre el sendero, tocaron mi cara y sintieron mi cuerpo. Abuelo me dijo que querían asegurarse de que era yo.

Oí la corriente, que estaba susurrando. Corrí y metí la cara en el agua, mientras abuelo esperaba. La corriente me golpeó con suavidad, corrió por mi cabeza y me sintió. Cantó más y más alto.

Ya había bastante luz cuando vimos el tronco sobre el riachuelo. El viento había empezado a soplar. Abuelo me explicó que no estaba lamentándose ni suspirando. Estaba cantando entre los pinos y diciéndoles a todas las cosas de la montaña que yo estaba en casa. La vieja «Maud» ladró.

Abuelo le gritó:

—¡Cállate, «Maud»! —y aparecieron todos los perros atravesando el riachuelo por el tronco.

Todos saltaron sobre mí al mismo tiempo y me tiraron de espaldas. Me lamieron la cara, y cada vez que intentaba ponerme de pie, uno de ellos saltaba sobre mí y volvía a caerme.

«Little Red» quiso hacerse notar saltando con las cuatro patas y girando en el aire. Ladraba cada vez que saltaba. «Maud» comenzó a hacerlo también, y el viejo «Rippitt» lo intentó y acabó cayéndose en el riachuelo.

Nosotros gritábamos, nos reíamos y dábamos golpes cariñosos a los perros cuando pasamos el tronco. Miré hacia el porche, pero abuela no estaba allí.

Ya estaba a la mitad del tronco y me asusté, pues no la veía. Algo me dijo que debía volverme. Allí estaba.

Hacía frío, pero ella sólo tenía puesto su vestido de piel de ciervo. Su pelo brillaba bajo el sol de la mañana. Estaba en la ladera de la montaña, bajo las desnudas ramas de un roble blanco. Miraba como si quisiera vernos sin ser vista.

Grité:

—¡Abuela! —Y me caí del tronco al riachuelo.

No me hice daño. Chapoteé en el agua, que estaba caliente comparada con el frío de la mañana.

Abuelo saltó y abrió las piernas. Gritó:

—¡Whoooooooooooooo!

También se cayó al agua. Abuela corrió ladera abajo. Corrió por dentro del río y se tiró sobre mí. Todos rodamos, chapoteando, gritando y llorando.

Abuelo estaba sentado dentro del riachuelo, lanzando agua al aire. Los perros estaban sobre el tronco y nos miraban extrañados de todo aquello. Se figuraban que estábamos locos, según dijo abuelo. Ellos también saltaron.

Una corneja comenzó a graznar posada sobre un pino. Voló bajo, justo por encima de nosotros, y se dirigió al valle. Abuela dijo que iba a decirles a todos que yo había vuelto a casa.

Colgó mi abrigo amarillo al lado del fuego para que se secase. Lo tenía puesto cuando abuelo vino al orfanato. Fui a mi cuarto y me puse mi camisa de ciervo y mis pantalones... y mis mocasines.

Salí corriendo por la puerta hacia el camino del valle. Los perros se vinieron conmigo. Miré hacia atrás y vi a mis abuelos de pie en el porche de atrás, mirando. Abuelo estaba todavía descalzo y tenía un brazo alrededor de abuela. Corrí.

El viejo «Sam» relinchó cuando pasé por el establo y trotó un poco detrás de mí. Subí por el camino, hasta El Estrecho, y luego llegué hasta el Desfiladero Colgado. No quería dejar de correr. El viento cantó a mi lado. Las ardillas, los mapaches y los

pájaros salieron a las ramas de los árboles para verme y gritar cuando pasaba. Era una luminosa mañana de invierno.

Volví despacio por el sendero y encontré mi lugar secreto. Estaba exactamente igual que la imagen que abuela me había mandado. Había muchas hojas del color del óxido sobre el suelo, bajo los árboles desnudos, y las hojas rojas del zumaque formaban una frontera imaginaria. Me tumbé un buen rato en el suelo y hablé con los árboles dormidos mientras escuchaba el viento.

Los pinos murmuraron, el viento aumentó y comenzaron a cantar: «*Pequeño Árbol* está en casa... *Pequeño Árbol* está en casa. Escuchad nuestra canción. *Pequeño Árbol* está en casa».

Lo murmuraron primero muy bajo y después lo cantaron más alto, y la corriente lo repitió con ellos. Los perros lo notaron, pues dejaron de olisquear el suelo y se pusieron de pie, con las orejas tiesas, escuchando. Los perros lo sabían, se acercaron más a mí y luego se tumbaron, contentos con lo que sentían.

Todo aquel corto día de invierno estuve allí, en mi lugar secreto. Mi espíritu ya no me dolía. Se había purificado al sentir la canción del viento, los árboles, el riachuelo y los pájaros.

A ellos no les importaba ni sabían cómo funcionaban las mentes humanas, de la misma forma que los hombres no los entendían ni les importaban ellos. Por eso no me hablaron del infierno, ni me preguntaron de dónde venía, ni dijeron nada acerca del mal. No conocían esas palabras y, al poco tiempo, yo también las olvidé.

Cuando el sol se había puesto tras la cima y había mandado su última luz al Desfiladero Colgado, volví a casa con los perros, por el camino del valle.

Cuando éste fue haciéndose azul, vi a mis abuelos sentados en el porche trasero, mirando hacia mí, esperando. Cuando llegué, nos abrazamos todos. No necesitábamos palabras. No las dijimos. Lo sabíamos. Yo estaba en casa.

Cuando aquella noche me quité la camisa, abuela vio las marcas de los palos y me preguntó. Les conté lo que me había pasado, pero dije que no me había dolido.

Abuelo dijo que se lo diría al sheriff, y nadie volvería por mí. Yo sabía que cuando abuelo estaba decidido y lo decía, significaba que nadie vendría. Me explicó que sería mejor no hablarle a Willow John de los latigazos, y le contesté que así lo haría.

Cuando aquella noche estábamos los tres sentados alrededor del fuego, abuelo lo contó. Explicó que habían empezado a sentir cosas malas mientras miraban a Sirio, y entonces, una tarde, al anochecer, apareció Willow John en la puerta.

Había venido andando hasta la cabaña, a través de las montañas. No dijo nada, pero comió sopa con ellos a la luz del fuego. No encendieron la lámpara y Willow John no se quitó el sombrero. Durmió en mi cama aquella noche, pero cuando se despertaron a la mañana siguiente, abuelo dijo que ya se había marchado.

Aquel domingo, cuando él y abuela fueron a la iglesia, Willow John no estaba allí. En una rama del gran olmo, donde siempre nos reuníamos, abuelo encontró un mensaje. Decía que volvería y todo se serenaría. Al domingo siguiente, el mensaje continuaba allí; pero el domingo después de eso, Willow John los esperaba. No dijo dónde había estado y nadie le preguntó.

Abuelo dijo que el sheriff le había mandado un mensaje que decía que era requerido en el orfanato, y allí fue. Me explicó que el reverendo parecía enfermo y le dijo que iba a firmar unos papeles para que yo pudiera volver a casa. Durante dos días le había seguido un salvaje, que había llegado hasta su despacho y le había dicho que *Pequeño Árbol* debía volver a su casa, a las montañas. Eso fue todo lo que dijo el salvaje. Luego se fue. El reverendo añadió que no quería tener problemas con salvajes ni con paganos.

Entonces supe quién era el que yo había visto andando por la carretera, y al que confundí con abuelo.

Abuelo me dijo que, cuando salió del despacho del reverendo, ya sabía que podía volver, pero no sabía si me gustaba más estar rodeado de chicos... o prefería volver a casa... y, por tanto, me había dejado decidir a mí.

Le expliqué que en cuanto llegué al orfanato ya sabía claramente lo que quería hacer.

Les hablé a mis abuelos de Wilburn. Había dejado mi caja de cartón debajo del roble y sabía que Wilburn la encontraría. Abuela dijo que le mandaría a Wilburn una camisa de ciervo.

Abuelo, por su parte, prometió mandarle un cuchillo largo, pero yo le dije que probablemente Wilburn mataría al reverendo con él. No lo mandó. Nunca volvimos a oír nada más acerca de Wilburn.

Cuando fuimos a la iglesia aquel domingo, yo fui el primero que llegó al roble. Corrí muy por delante de mis abuelos. Willow John estaba de pie, retirado entre los árboles, donde yo sabía que estaría, con el viejo sombrero de ala ancha sobre su cabeza. Corrí lo más deprisa que pude y cogí a Willow John por las piernas y le abracé. Le dije:

—¡Gracias, Willow John!

Él no dijo nada, pero me tocó en el hombro. Cuando levanté la cabeza, sus ojos brillaban, muy adentro.

21 *Canción de despedida*

PASAMOS bien el invierno, a pesar de que abuelo y yo teníamos que ponernos al día cortando leña. Fue un invierno de grandes heladas. Casi todos los días que queríamos utilizar el alambique, teníamos que hacer fuego para descongelarlo.

Abuelo me explicó que los inviernos duros eran necesarios de vez en cuando. Era la forma que tenía la naturaleza para limpiar las cosas y hacer que crecieran mejor. El hielo rompió las ramas débiles de los árboles, para que sólo las fuertes crecieran. Limpiaba las bellotas blandas y las nueces y las avellanas, para producir una cosecha resistente en las montañas.

Llegó la primavera y el tiempo de la siembra. Sembramos un poco más de grano, pensando aumentar algo nuestra producción de mercancía en el otoño.

Eran tiempos duros y Mr. Jenkins nos dijo que el negocio del güisqui estaba aumentando mientras todo lo demás estaba bajando. Suponía que la gente tenía que beber más güisqui para olvidarse de lo mal que iban las cosas.

En el verano cumplí siete años. Abuela me dio el palo de boda de mis padres. No tenía muchas marcas hechas, pues mis padres no habían estado casados mucho tiempo. Lo puse en mi habitación, a la cabecera de mi cama.

El verano dio paso al otoño, y un domingo Willow John no apareció. Fuimos al claro, pero no le vimos de pie bajo el olmo. Corrí bajo los árboles gritando: «¡Willow John!». No estaba allí. Nos dimos la vuelta y no fuimos a la iglesia. Volvimos a casa.

Todos estábamos preocupados. No había dejado ninguna señal. Abuelo dijo que algo andaba mal.

Decidimos ir a buscarle.

Salimos antes del amanecer aquel lunes por la mañana. Cuando aparecieron las primeras luces ya habíamos pasado la tienda del cruce y la iglesia. Después comenzamos a subir casi en línea recta. Era la montaña más alta que yo he subido nunca. Abuelo tenía que ir despacio y yo podía ir a su paso con facilidad. Era un sendero antiguo y, con la débil luz que había, apenas se le podía distinguir, subiendo y dirigiéndose hacia otra montaña. El sendero iba siempre ascendiendo.

Los árboles se iban haciendo más bajos y retorcidos. En la cima de la montaña había una pequeña hondonada, que no era lo suficientemente amplia para ser llamada valle. Los árboles crecían por sus laderas y las agujas de los pinos alfombraban el suelo. Allí estaba la cabaña de Willow John.

No estaba construida con grandes troncos como la nuestra, sino con palos más pequeños, y estaba metida entre los árboles, apoyada contra la ladera de la montaña.

Habíamos llevado a «Blue Boy» y a «Little Red» con nosotros. Cuando vieron la cabaña, levantaron sus hocicos y comenzaron a lloriquear. No era una buena señal.

Abuelo entró el primero. Tuvo que agacharse para entrar por la puerta. Yo le seguí.

Sólo había una habitación en la cabaña. Willow John estaba tumbado sobre una cama de pieles de ciervo y ramas. Estaba desnudo. El largo cuerpo cobrizo estaba marchito como un árbol viejo y tenía una mano sobre el suelo de tierra.

Abuelo murmuró:

—¡Willow John!

Abrió los ojos. Su mirada estaba ausente, pero sonrió.

—Sabía que vendrías —dijo— y por eso esperé.

Abuelo vio un puchero de hierro y me mandó a buscar agua. La encontré escurriendo por unas rocas detrás de la cabaña.

Había un agujero para hacer fuego, justo al lado de la puerta, y abuelo echó trozos de carne de ciervo en el agua. Cuando había hervido mucho tiempo, apoyó la cabeza de Willow John en su brazo y le dio el caldo con una cuchara.

Encontré mantas en un rincón y cubrimos con ellas a Willow John. No abrió los ojos. Llegó la noche. Mantuvimos el fuego encendido. El viento silbaba en la cima de la montaña y parecía que lloriqueaba en las esquinas de la cabaña.

Abuelo se sentó con las piernas cruzadas delante del fuego; la luz iluminaba su cara, transformándola de vieja en más vieja..., haciendo aparecer grietas y precipicios en las sombras de sus pómulos, hasta que lo único que vi fueron sus ojos mirando el fuego: negros, ardientes, no como llamas, sino como ascuas mortecinas. Me acurruqué al lado del fuego y me dormí.

Me desperté por la mañana. El fuego empujaba hacia fuera la niebla que el viento metía dentro. Abuelo continuaba sentado al lado del fuego, como si no se hubiese movido en absoluto en toda la noche, aunque yo sabía que había mantenido el fuego encendido.

Willow John se movió. Nos acercamos a su lado. Sus ojos estaban abiertos. Levantó las manos y señaló:

—Sacadme fuera.

—Hace frío —dijo abuelo.

—Ya lo sé —susurró Willow John.

A abuelo le costó mucho trabajo levantar a Willow John, pues estaba débil, sin fuerzas. Yo intenté ayudar.

Abuelo lo sacó fuera y yo saqué su catre. Abuelo subió por la ladera hasta un punto muy alto y allí pusimos a Willow John sobre las ramas. Lo envolvimos en mantas y le pusimos los mocasines en los pies. Abuelo dobló algunas pieles y le levantó la cabeza, apoyándosela sobre ellas.

El sol salió por detrás de nosotros y se llevó la niebla hasta los valles, buscando la sombra. Willow John miraba hacia el oeste, a través de las montañas salvajes y los valles profundos, tan lejos como podía abarcar la vista, en dirección a Las Naciones.

Abuelo fue a la cabaña y volvió con el cuchillo largo de Willow John. Lo puso en su mano. Willow John levantó el cuchillo y señaló hacia un viejo abeto doblado y retorcido. Dijo:

—Cuando me vaya, poned mi cuerpo ahí, cerca de él. Es el padre de muchos árboles jóvenes y me ha dado calor y protección. Estaré bien. La comida le dará vida otras dos estaciones.

—Así lo haremos —dijo abuelo.

—Díselo a Bee —susurró Willow John—, será mejor la próxima vez.

—Así lo haré —dijo abuelo.

Se sentó cerca de Willow John y cogió su mano. Yo me senté al otro lado y le cogí la otra mano.

—Os esperaré —dijo Willow John a abuelo.

—Llegaremos —contestó abuelo.

Le dije a Willow John que probablemente tenía gripe. Abuela me había contado que la epidemia se extendía por todas partes. Era casi seguro que podíamos ponerle de pie y llevarle montaña abajo para que pudiera quedarse con nosotros. Todo consistía en comenzar a andar, y luego probablemente no habría problemas.

Me sonrió y apretó mi mano:

—Tienes buen corazón, *Pequeño Árbol*, pero yo no quiero quedarme. Quiero irme. Te esperaré.

Lloré. Le dije a Willow John que se quedara un poco más, que el próximo año sería más cálido. Le dije que la cosecha de nueces sería muy buena aquel invierno, que se podía ver claramente que los ciervos estarían gordos.

Sonrió, pero no me contestó.

Miró a lo lejos, sobre las montañas, hacia el oeste. Como si abuelo y yo ya no estuviéramos allí. Comenzó a cantar su canción de la muerte.

Surgió un tono bajo de su garganta y se fue haciendo cada vez más agudo.

Al cabo de un rato no se sabía si era el viento o era Willow John lo que se oía. Sus ojos se nublaron más y los músculos de su garganta se debilitaron.

Vimos el espíritu irse cada vez más dentro de sus ojos y le sentimos dejar el cuerpo. Hasta que se fue.

El viento sopló por donde estábamos nosotros y movió el viejo abeto. Abuelo aseguró que era Willow John, que tenía un espíritu muy fuerte. Lo miramos, doblando la copa de los árboles, sobre la cima de la montaña, bajando por la ladera y espantando una bandada de cornejas que levantaron el vuelo. Se fueron graznando montaña abajo con Willow John.

Abuelo y yo le vimos perderse de vista sobre las cimas de las montañas. Estuvimos allí sentados mucho tiempo.

Abuelo me dijo que Willow John volvería y le sentiríamos en el aire y le oiríamos

en los dedos parlantes de los árboles. Así ocurriría.

Sacamos nuestros largos cuchillos e hicimos el agujero lo más cerca del abeto que pudimos. Lo hicimos muy profundo. Abuelo puso otra manta alrededor del cuerpo de Willow John y lo metimos en el agujero. Puso también dentro del agujero el sombrero de Willow John y dejó el cuchillo largo en su mano, que lo estaba agarrando con fuerza.

Pusimos unas pesadas rocas sobre su cuerpo. Abuelo me explicó que era para mantener alejados a los mapaches, pues Willow John había decidido que debía ser el árbol el que recibiera la comida.

El sol se estaba poniendo al oeste cuando seguí a abuelo bajando por la ladera. Habíamos dejado la cabaña igual que la habíamos encontrado. Abuelo llevaba una camisa de piel de ciervo de Willow John para dársela a abuela.

Cuando llegamos al valle, había pasado ya la media noche. Oí a la paloma plañidera llamando a lo lejos. No le contestaron. Yo sabía que lloraba por Willow John.

Abuela encendió la lámpara cuando entré. Abuelo puso la camisa de Willow John sobre la mesa y no dijo nada.

Después de esto, no volvimos a la iglesia. A mí no me importaba, pues Willow John no estaba allí.

TODAVÍA ESTUVIMOS otros dos años juntos: abuelo, abuela y yo. Quizá supiéramos que se estaba acercando el momento, pero no hablamos de ello. Ahora, abuela iba a todas partes con abuelo y conmigo. Vivíamos intensamente. Mencionábamos cosas, como el color rojo de las hojas durante el invierno —para asegurarnos de que los demás lo veían también— o la violeta más azul de la primavera. De esta forma todos compartíamos los mismos sentimientos.

Abuelo comenzó a andar más despacio. Sus mocasines se arrastraban un poco mientras andaba. Yo llevaba más botes de mercancía en mi saco y comencé a hacer la mayor parte del trabajo duro. No hablamos sobre ello.

Abuelo me enseñó a manejar bien el hacha, de forma que se deslizase por el tronco. Recogía más grano que él, dejando las mazorcas más fáciles de recoger a su alcance, pero nunca dije nada. Recordaba lo que abuelo me había dicho del viejo «Ringer», y hacía que se sintiese útil todavía. Aquel último invierno murió el viejo «Sam».

Le dije a abuelo que suponía que tendríamos que buscar otra mula, pero me contestó que todavía faltaba mucho tiempo para la primavera; era mejor esperar y luego veríamos.

Íbamos más a menudo por el sendero alto: abuelo, abuela y yo. La subida se hacía cada vez más lenta para ellos, pero les encantaba sentarse y contemplar las crestas de

las montañas.

Fue en el sendero alto donde abuelo se escurrió y se cayó. No se levantó. Abuela y yo lo bajamos hasta la casa, mientras él repetía:

—Estaré bien dentro de un momento.

Pero no fue así. Lo metimos en la cama.

Billy Pino vino a vernos. Se quedó con nosotros y se sentó al lado de abuelo. Quería oír un violín y Billy Pino lo tocó. Allí, a la luz de la lámpara, con el pelo cortado por él mismo que le caía sobre las orejas, y su largo cuello que sobresalía por encima del violín, Billy Pino tocó. Las lágrimas corrían por su violín y caían sobre sus pantalones de peto.

Abuelo dijo:

—Para de llorar, Billy Pino. Estás estropeando la música. Yo quiero escuchar tu violín.

Billy Pino bromeó y dijo:

—No estoy llorando. He cogido un res-res-resfriado.

Soltó su violín y se tiró a los pies de la cama de abuelo, poniendo la cabeza sobre la colcha. Lloró ruidosamente. Billy Pino nunca podía aguantarse nada.

Abuelo levantó la cabeza y gritó, débilmente:

—¡Maldito idiota! ¡Estás tirando tabaco Águila Roja sobre mi cama!

Yo también lloré, pero no dejé que abuelo me viera.

La parte física de abuelo comenzó a dormirse. Su parte espiritual salió a flote. Habló mucho con Willow John. Abuela le cogió la cabeza entre sus brazos y le murmuró cosas al oído.

La parte física de abuelo volvió. Quería su sombrero y se lo dimos. Se lo puso en la cabeza. Le cogí la mano y sonrió:

—Ha estado bien. *Pequeño Árbol*. La próxima vez seré mejor. Te veré.

Y se fue de la misma manera que Willow John lo había hecho.

Yo sabía que eso iba a ocurrir, pero no podía creérmelo. Abuela se tumbó en la cama de abuelo, agarrándole con fuerza. Billy Pino lloraba a los pies de la cama.

Salí de la cabaña. Los perros estaban aullando y lloriqueando, pues sabían lo que pasaba. Bajé por el camino del valle y seguí por el atajo. No iba detrás de abuelo y entonces comprendí que el mundo se había terminado.

Estaba ciego, me caí y me levanté. Anduve y me volví a caer. No sé cuántas veces. Llegué a la tienda del cruce y le dije a Mr. Jenkins que abuelo estaba muerto.

Mr. Jenkins era demasiado viejo para caminar y mandó a su hijo, un hombre ya adulto, que fuese conmigo. Me cogió de la mano y me llevó, como si fuese un bebé, pues yo no podía ver el camino ni sabía adónde íbamos.

El hijo de Mr. Jenkins y Billy Pino hicieron la caja. Intenté ayudar. Recordé que abuelo decía que estábamos obligados a ayudar cuando otros intentaban hacer algo

por uno. Pero yo no servía de mucha ayuda. Billy Pino lloraba tanto que tampoco servía mucho. Se golpeó el dedo pulgar con un martillo.

Llevaron a abuelo por el sendero alto. Abuela iba delante, y Billy Pino y el hijo de Mr. Jenkins llevaban la caja. Yo iba detrás, con los perros. Billy Pino seguía llorando, lo que hacía muy difícil que yo me contuviera. No quería preocupar a abuela. Los perros aullaban.

Sabía dónde llevaba abuela a abuelo. Le llevaba a su lugar secreto, arriba, en el sendero alto, donde contemplaba nacer el día y nunca se cansó de ello ni de decir: «¡Está naciendo!». Como si cada vez fuese la primera vez que lo veía. Quizá fuese así. Quizá cada nacimiento es diferente y abuelo podía ver que era así y lo sabía.

Era el sitio donde abuelo me había llevado la primera vez y por eso supe que me quería.

Abuela no miró cuando lo enterramos. Volvió la mirada hacia las montañas, muy lejos, y no lloró.

El viento era fuerte en la cima y levantó sus trenzas y las balanceó detrás de su cabeza. Billy Pino y el hijo de Mr. Jenkins bajaron por el sendero. Los perros y yo miramos a abuela un rato; luego, nos fuimos.

Esperamos sentados bajo un árbol, a medio camino del sendero, a que viniera abuela. Cuando llegó, estaba empezando a anochecer.

INTENTÉ LLEVAR la mercancía de abuelo y la mía. Trabajé en el alambique, pero sabía que nuestra mercancía no era tan buena como antes.

Abuela sacó todos los libros de Mr. Wine y me forzó a aprender. Fui solo al pueblo y llevé a casa otros libros. Ahora los leía yo al lado de la chimenea, mientras abuela escuchaba y miraba el fuego. Decía que lo hacía muy bien.

El viejo «Rippitt» se murió y, más tarde, aquel mismo invierno, la vieja «Maud».

Era justo antes de la primavera. Yo venía por El Estrecho, bajando el camino del valle. Vi a abuela sentada en el porche de atrás. Había sacado allí su mecedora.

No me miró cuando bajé por el valle. Estaba mirando hacia arriba, hacia el sendero alto. Yo sabía que se había ido.

Se había puesto el vestido naranja y verde, rojo y dorado que tanto le gustaba a abuelo. Había escrito una nota y la había sujetado a su pecho. Decía:

Pequeño Árbol, debo irme. De la misma manera que sientes los árboles, siéntenos a nosotros cuando escuches. Te esperamos. La próxima vez será mejor. Todo está bien. Abuela.

Llevé su pequeño cuerpo a la cabaña, lo puse sobre la cama y me senté con ella todo el día. «Blue Boy» y «Little Red» también se sentaron allí.

Aquella tarde fui a buscar a Billy Pino y le encontré. Pasó allí la noche conmigo y con abuela. Lloró y tocó su violín. Sonaba como el viento... y Sirio... y las cimas de

las montañas... y el día naciendo... y muriendo. Billy Pino y yo sabíamos que abuela y abuelo nos estaban escuchando.

Hicimos la caja a la mañana siguiente. Subimos a abuela por el sendero alto y la pusimos al lado de abuelo. Cogí el viejo palo de boda y enterré los extremos en montones de piedras que Billy Pino y yo pusimos sobre cada tumba.

Vi las marcas que habían hecho por mí, justo al final del palo. Eran marcas profundas y felices.

Me quedé allí hasta el final del invierno, con «Blue Boy» y «Little Red». En la primavera fui al Desfiladero Colgado y enterré el caldero de cobre del alambique y el serpentín. Yo no hacía demasiado bien el güisqui y no había aprendido el negocio como debería haberlo hecho. Sabía que a abuelo no le hubiese gustado que alguna persona hubiese usado el alambique para producir mala mercancía.

Cogí el dinero del negocio del güisqui que abuelo había dejado para mí y decidí ir hacia el oeste, a través de las montañas, hasta Las Naciones. «Blue Boy» y «Little Red» vinieron conmigo. Simplemente, un día cerramos la puerta de la cabaña y nos marchamos andando.

Yo preguntaba si tenían trabajo en las granjas. Si no me dejaban quedarme con «Blue Boy» y «Little Red», me iba. Abuelo decía siempre que un tipo le debe mucho a sus perros.

«Little Red» se cayó por un agujero en un arroyo helado, en Arkansas, y murió como debe morir un perro, en las montañas. «Blue Boy» y yo llegamos a Las Naciones, donde no había ninguna nación.

Trabajamos en las granjas, yendo hacia el oeste, y luego lo hicimos en los ranchos de la llanura.

Una tarde, «Blue Boy» se puso al lado de mi caballo. Se tumbó y ya no pudo volver a levantarse. No podía seguir andando. Lo cogí y lo puse sobre la silla. Dimos la espalda al rojo sol poniente. Nos dirigimos hacia el este.

Perdería el trabajo yéndome de esta manera, pero no me importaba. Había comprado el caballo y la silla por quince dólares y eran míos.

«Blue Boy» y yo íbamos en busca de una montaña.

Antes del amanecer vimos una. No era una montaña demasiado alta. Era más bien una colina, pero «Blue Boy» lloriqueó al verla. Lo llevé hasta la cima cuando el sol apareció por el este. Le cavé una tumba, mientras él miraba tumbado.

No podía levantar su cabeza, pero me hizo saber que lo comprendía, pues estiró una oreja y mantuvo sus ojos fijos en mí. Después cogí la cabeza de «Blue Boy» y lo acaricié. Chupó mi mano todo el tiempo que pudo.

Poco después se fue, suavemente. Dejó caer la cabeza sobre mi brazo. Lo enterré a bastante profundidad y lo cubrí con piedras para protegerlo de los animales.

Con el olfato que tenía, imaginé que «Blue Boy» estaría ya, probablemente, a

mitad de camino de nuestras montañas.

No tendría ningún problema para alcanzar a abuelo.



FORREST CARTER (Oxford, Alabama, 1925 - Abilene, Texas, 1979). Forrest Carter, seudónimo usado por el político segregacionista y miembro del Ku Klux Klan, Asa Earl Carter, para desarrollar su carrera literaria, en la que renegó de su nombre verdadero y trató de ocultar su verdadera identidad.

Asa Earl Carter, nació en 1925 en Oxford, Alabama. Formó parte de la Marina de Guerra y estudió periodismo en la Universidad de Colorado. Posteriormente, trabajó como locutor en una radio de Denver. En 1952 regresó a Alabama, donde se casó y fue padre de cuatro hijos. Participó en la American States Rights Association y escribió varios discursos políticos. Se retiró de la escena pública en 1970 y, junto con su mujer, se marchó con destino a Florida dispuesto a cambiar la vida política por la literatura.

Escritor autodidacta, adoptó el seudónimo de Forrest Carter y se dio a conocer con obras como *Cry Geronimo* y *The Outlaw Josey Wales*, llevada al cine por Clint Eastwood en 1976. Ese mismo año, con la publicación de *La estrella de los cheroquis*, se convirtió en el autor favorito de muchísimos lectores. Dos años más tarde publicó *Watch for me on the Mountain* y empezó a escribir *Wanderings of Little Tree*, una secuela de *La estrella de los cheroquis*. Murió en 1979, en Abilene, Texas, prácticamente alejado de la vida social.

Notas

[1] El autor juega aquí con el doble significado de la palabra «kin», que puede significar amado y pariente. (N. del T.) <<

[2] «Cómo», en inglés, se dice «how». (N. del T.) <<